



LOS QUE VIVEN DE LO AJENO

EN BUENOS AIRES

SUS ARDIDES Y SUS PRÁCTICAS

UNA EXCURSION POR EL MUNDO LUNFARDO

ILUSTRADA CON GRABADOS

PRIMERA EDICIÓN

BUENOS AIRES

1896

PORQUÉ SE PUBLICA ESTE LIBRO

Más de una preocupación ha de suscitar este libro, compuesto de los artículos que *La Prensa* publicó bajo el título de *Los que viven de lo ajeno*, que destinamos, como á la simple vista se advierte, á revelar, para gobierno y salvaguardia de la propiedad, contra la inmensa turba de ladrones que han hecho su residencia habitual en Buenos Aires.

No han dejado de llegar á nuestros oídos algunas observaciones en el sentido de considerar peligrosa la divulgación de estas que llamaremos las artes del robo, porque así se las enseñaríamos á muchos inhábiles, induciéndolos á ponerlas en práctica. Pero aparte de que esta es la eterna razón de los timoratos, nunca triunfante, el efecto que se teme es ilusorio, y muy positivo el provecho que todos obtendrán al conocer en sus menores detalles, con el auxilio del grabado, todo lo que constituye la vida y modo de operar de la clase que en su mismo dialecto se llama *lunfarda*.

Ninguna persona bien nacida, bien educada, bien inclinada, ninguna persona honrada, en fin, ha de sentir la tentación del delito por el sólo hecho de leer el arte de ejercerlo, porque esa tentación no es obra sola de la voluntad, sino que nace de más adentro, de la organización ó del carácter del que ha nacido delincuente ó tiene disposiciones para servirse de tal arte en determinadas circunstancias de la vida. El hecho de saber cómo roban los ladrones, no puede ser sino de la mayor

utilidad para no dejarse robar, puesto que con toda la teoría no podría ejercer ese odioso oficio quien no tuviese á la vez la predisposición, ó el aprendizaje práctico.

En cambio, las ventajas de esta divulgación son evidentes; porque es infinito el número de las personas despreocupadas ó distraídas, que hacen abandono ó se olvidan de si mismos, cuando van por parajes concurridos; cuyas ocupaciones ó meditaciones les impiden ir atentos á los peligros de parte de sus vecinos; por cuyo modo de vivir, por sus trabajos fuera de casa, por sus estudios, por su edad, por mil razones, no pueden consagrarse á la vigilancia de las cosas que poseen.

Luego el conocimiento de las costumbres, el idioma, los procedimientos, las herramientas, los diversos tipos de ladrones y sus agentes auxiliares, la manera como se aproximan y engañan á la víctima, así como los distintos escalones de esta verdadera *magia negra* del siglo XIX, ejercida por millares de hombres, por un residuo ó baja clase social, sobre que deben hallarse siempre abiertos los ojos de la policía y de todas las personas honestas, para apartarse de su contacto, tienen la mayor importancia y utilidad como sistema profiláctico, ó sea para precaverse contra sus asechanzas y ataques.

Y ya que se nos ocurre comparar estas cosas con las enfermedades, el mejor justificativo de esta publicación es la experiencia de lo que pasa en materia de higiene. Por causa de la ignorancia la humanidad ha sido devastada, barrida, aniquilada por las pestes; y cuando la cultura y los conocimientos científicos han sido popularizados, los terribles efectos de las epidemias han perdido una inmensa parte de su poder. Ahora cada individuo, cada sociedad, cada país, hace de su parte casi tanto como la ciencia misma en su propia defensa.

Eso mismo sucede con estas enfermedades sociales,

entre las que el robo es una de las más persistentes y tenaces. ¿Por cuanto tiempo la narración de un robo ha hecho el efecto de un cuento fantástico en la débil imaginación de las gentes sencillas, hasta convertir en seres sobrenaturales á los autores de los más grandes y audaces robos? Así como la vulgarización de las reglas higiénicas nos ha preservado, pues, de los flagelos físicos, así también la amplia divulgación de las artes de que se valen los enemigos de la propiedad ajena, servirá, no lo dudamos, para que ese funesto gremio pierda la mayor parte de su prestigio aterrador y de su fuerza ofensiva, porque cada uno sabrá conocerlos á tiempo, y la manera de evitar sus atentados.

Por lo que se refiere á la forma, como en todas las cosas que se han de leer, tiene este libro la ventaja de hallarse escrito sin pretensiones literarias, con toda la sencilla claridad de una crónica y con una variedad de incidentes, episodios y escenas que le dan amenidad é interés extraordinario, para que se una así, el entretenimiento á la utilidad.

LOS EDITORES.

LOS QUE VIVEN DE LO AJENO

I

Entre las diversas clases que forman la población de Buenos Aires, hay un grupo digno de ser estudiado, no por mero entretenimiento literario, sino porque de la publicidad que se dé á los procedimientos que emplea en su extraña vida, resultarán saludables advertencias para las víctimas de sus hazañas,—condición poco envidiable en que puede ser colocado cualquier habitante.

Aunque desde hace mucho tiempo se haya escrito sobre el modo de ser de esas gentes, creemos estar en posesión de datos completamente nuevos, y de verdadero interés, que han de llamar la atención del público; pues para conseguirlos nos hemos valido de elementos de reconocida eficacia, hasta ahora no utilizados.

En el caló que esos individuos emplean, se adjudican el nombre de *lunfardos*, estableciendo así una diferencia social,—tan justa como necesaria, con los demás hombres; y la verdad es que esta plaga temible forma un mundo aparte, introducido clandestinamente dentro del nuestro, con sus costumbres típicas, su argot ó lenguaje propio, su moral de un convencionalismo que no resiste el análisis, y hasta rasgos fisonómicos que no escaparían al escalpelo de Lombroso.

Pudiera decirse de la generalidad de los que viven desbalijando al prójimo, que nacen predestinados para tan ingrata ocupación. La experiencia adquirida por aquellos que han tenido contacto con esas gentes durante largos años, permite asegurar que los que entran á formar parte de esta colectividad, rara vez la abandonan, á pesar de los amargos días y los momentos de angustia y de peligros en que viven, para desaparecer al fin prematuramente, en la generalidad de los casos, bajo el puñal homicida de un socio ó colega de bandidaje, abandonado en el lecho de un hospital, en la misma vía pública, ó en la cárcel, que á la postre, es el vestibulo del cementerio á donde van á parar sus restos, y en el que quedan olvidados, sin que una mano amiga coloque allí una modesta cruz, ni una lágrima surque el rostro de un ser que va á orar por la redención del que llevara una vida tan tormentosa.

La mayoría de estos individuos vienen al mundo sin padres conocidos, ni nadie que le dé nombre; crecen en la miseria, que genera las más de las veces el crimen; se desarrollan en el vicio, y sin Dios, sin ley, sin respeto por una sociedad á la que no los une ningun vínculo, entregan su nombre á la posteridad en las galerías de retratos que existen en las oficinas policiales, y que son una constancia de los componentes que entran en la estadística del mundo *lunfardo*.

Aunque el ladrón es un tipo universal, encontrándose cierto parecido entre los de diversos países, y en el nuestro la emigración ha traído con los de procedencia europea, muchas de esas costumbres, el *lunfardo*, aunque tenga algunos rasgos propios de aquellos, forma un tipo especial que lo diferencia sustancialmente de los criminales de ese género que actúan en el viejo mundo.

La vida de estos delincuentes entre nosotros, ofrece curiosidades dignas del estudio de un sociólogo, y dejando á otros esa tarea, vamos á presentar al público varios tipos de los más notables del gremio, describiendo

do algunas de sus fechorías, la forma en que combinan sus planes, los medios de que se valen para hacer sus investigaciones, los instrumentos que emplean en la realización de los robos y, en una palabra, cuanto se relaciona con estos enemigos de la propiedad.

Para adquirir estos datos de la vida íntima de los lunfardos, hemos llevado á cabo una excursión por los lugares que ellos frecuentan, visitando los tugurios que le sirven de madriguera, y hasta presenciando los preparativos de robos que la policía sorprendió, y en los que se demuestra la sagacidad con que proceden los que emplean tales medios de vida.

Así, las gentes honradas se darán cuenta exacta de los manejos de los que son sus enemigos naturales, previéndose, en el límite que es posible, contra sus asechanzas; pues la acción de la policía combinada con la iniciativa particular, es de una eficacia grande para obtener aquel fin.

Esta opinión la debemos á un antiguo empleado policial que goza merecida fama como conocedor de los componentes del mundo lunfardo, y quien se ha prestado galantemente á acompañarnos en nuestra excursión á través de los sombríos calabozos, los infectos bodegones y otros lugares en que hemos observado los cuadros y detalles íntimos que describiremos, conservando en muchos casos el lenguaje de los lunfardos,—explicando el significado de las palabras para la mejor comprensión, á fin de que tengan su verdadero colorido.

Antes de ponernos en contacto con los delincuentes que actúan como principales personajes en esta crónica, solicitamos del empleado policial que nos servía de *cicerone*, algunas explicaciones respecto á la organización de los ladrones, entablando al efecto el siguiente diálogo:

—¿Qué cifra calcula V. á la población lunfarda de Buenos Aires?

—Le diré: si se computan únicamente los que forman la activa del «ejército del robo», no excederá de cinco

mil, pero bien puede aumentarse esa cifra haciendo figurar en el censo á los que de una manera indirecta coadyuvan á la realización de esos atentados, y viven de la estafa, por más que rara vez llegan á figurar en la galería de retratos de la policía: estos son personajes hábiles, de una categoría superior, y á quienes no tardaremos en conocer.

—Y dígame V. ¿los ladrones forman grupos de hombres, sin clasificaciones ni especialidades determinadas, que proceden según las circunstancias, ó tienen señalado un puesto de antemano en los trabajos que realizan?

—Su organización es tan perfecta como la de un ejército, y también en ellos hay armas y clases: las primeras son cuatro, y éstas, muchas, teniendo sus correspondientes divisiones y subdivisiones.

La palabra «lunfardo» comprende á todos aquellos que roban, pero como los medios que emplean generalmente son cuatro, se ha dado á estos el nombre de armas.

Lo común es que cada uno se dedique especialmente estudio práctico de una de estas, pero entre los que llevan algunos años de carrera, hay ejemplares de maestros consumados en el ejercicio de las cuatro en que se divide el ejército.

Las denominaciones de cada arma, son, según su categoría: 1º *scruchantes*, 2º *punguistas ó lanceros*, 3º *schacador de otario*, 4º *biabista*.

—¿Y qué papel tiene en la comisión del robo el que pertenece á cada una de estas especialidades?

—Podríamos pasar á los calabozos, y allí, estudiando en la misma persona los ejemplares de cada uno de esos tipos, se dará exacta cuenta de lo que son, como y por qué están comprendidos en cada clase.

Y aceptando gustosos la invitación del funcionario policial, nos encaminamos á las prisiones, donde observamos detalles que despertaron nuestra curiosidad por conocer todo lo que se relaciona con el mundo lunfardo.

II

LAS CUATRO ARMAS DEL EJÉRCITO

El portero que vigilaba la cuadra hizo mover aquella mole de fierro, á través de cuyos gruesos barrotes solo el aire puede cruzar; y mientras á nuestra espalda la puerta giraba sobre sus goznes, para cerrarse, como movidos por un resorte, todos los presos abandonaron la posición que ocupaban: es que un guarda les había anunciado la llegada de un alto funcionario policial.

Sin embargo, el movimiento no fué tan rápido que no pudiéramos observar el conjunto de las cuadras y patios: unos locales sombríos, donde por no penetrar luz alguna, no llegan jamás los rayos que iluminen los cerebros, presentándoles la imágen del arrepentimiento.

Allí, sobre el pavimento, unos resguardándose de la humedad con las calchas que forman su lecho, otros en cuclillas, y los ménos en pié; aquel apurando un mate, éste exponiéndose á perder sus carrillos al aspirar un pito que por nada del mundo quiere arder; y otros manoseando una naranja que luego deberían depositar en su estómago, se ofrecían á la vista del observador los tipos más extraños; siendo pocos, muy contados, los que no reveláran en su persona la profesión á que estaban dedicados.

En aquel monton abigarrado que se formó en el patio, á la entrada del funcionario policial, llamaron nuestra atención ciertos grupos de individuos en relativo aislamiento de los demás.

— Eso tiene su explicación, — nos dijo al interrogarle. al respecto, nuestro *cicerone*: ni en las prisiones está solo el lunfardo: en la calle van siempre dos, uno delante y otro atrás, — por razones que ya le explicaré; cuando se les incomunica, les acompaña la idea de un nuevo golpe; y aquí en las cuadras, buscan en seguida compañero de tareas, aparte de que es frecuente que estén reunidos varios de una misma gavilla.

—Allí, por ejemplo, dijo señalándonos un grupo de cuatro, tiene usted representadas todas las armas.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Eso lo adivinamos por el tipo: hay rasgos característicos que denuncian á estas gentes.

Aquel que usted ve allí, y cuya mirada no se puede encontrar, de pómulos salientes, frente deprimida, barba cuadrada, labios gruesos, sensuales...

—Es un asesino ¿no es cierto?

—A ese extremo le lleva frecuentemente la forma en que realiza sus robos; y por ello debe considerársele uno de los tipos más criminales del mundo lunfardo: es el *scruchante artillero*;—nombre que retrata fielmente la misión que está llamado á desempeñar.

—Así que ese tipo forma la categoría del *scruchio*?

—Ese y otros más: dicha arma es una de las que tienen más divisiones.

El *scruchante* en general es el que penetra en las casas forzando puertas, escalando ú horadando paredes, con las armas necesarias para romper ó violentar una cerradura, un mueble, ó una caja de fierro; teniendo el aditamento de *artilleros* aquellos que, sorprendidos por los moradores de la casa, matan sin compasión á los que le sirven de estorbo para consumir el robo.

Scruchante mischioti, ó ratero,—aquel de saco color plomo con una cara que ofrece pocos rasgos criminales, es el que únicamente realiza robos cuando se le ofrece la oportunidad de introducirse en una casa, cuya puerta halla abierta, apoderándose del objeto que encuentra más á mano; pero sin que sea capaz de cometer un crimen á fin de garantizar el éxito del robo, y ni siquiera de violentar una cerradura.

El nombre que llevan estos delincuentes, refleja el tipo: *mischioti*, significa pobre, de poco valor, y los lunfardos consideran pobre de espíritu al ratero, y de poco mérito sus *trabajos* y los resultados que de ellos obtienen:

sin hacerlo despreciable, es un elemento al que dan poca importancia.

El *campana*,—del que usted tiene un ejemplar acabado en aquel de tipo *acompadrado*, con un sombrero gacho y pañuelito al cuello, cuya mirada insegura no se fija en ningún sitio y está en todos, desempeña una función importante en la cuadrilla; es el ayudante que hace la guardia en la calle mientras los demás efectúan un robo.

Cuando se trata de organizarlo, él sigue á las personas y hace las averiguaciones que son necesarias respecto á su vida; examina el terreno en que los demás deben actuar, y en una palabra, desempeña el papel de una verdadera campana, que da el toque de alarma á sus compañeros cuando se acerca la policía; valiéndose de gritos, silbidos, protestas en alta voz,—sí los detienen, gestos, golpes de tos, movimientos de las manos y otros medios de comunicación, según sea el lugar en que operen, en las habitaciones ó en la vía pública.

El *entregador*, tipo vulgar y de apariencia simpática comunmente, es el que facilita los datos que se precisan respecto á las personas y á la casa que debe ser objeto de un robo: se le llama así porque es el que entrega lo que la cuadrilla precisa para maniobrar con eficacia.

El *constructor* de llaves ganzúas, ocupación en que frecuentemente se encuentran individuos que han sido cerrajeros, ó scruchantes que han estudiado esta parte de la mecánica, tiene la misión que su nombre indica: fabricar las llaves y ganzúas con que se abren las puertas y las cajas de fierro.

Terminan con éste los *complementos* de la categoría pel *scruchio*.

Punguista ó *lancero*, perteneciente á la segunda arma, es el que escamotea el dinero ó relojes de los bolsillos: los hay muy hábiles, y aquel lampiño, de rostro agraciado y porte elegante, es un maestro en el arte.

Hermann y toda su gran familia de escamoteadores

de teatro, se quedarían miopes viéndole actuar en un teatro apropiado á sus mañas, como por ejemplo: la iglesia, una manifestación, undesfile, ó cualquier otro acto donde haya aglomeración de gentes. El *punguista* tiene también sus categorías que observaremos oportunamente.

Schacadores de otario, la tercera arma, son los que el código penal clasifica de estafadores, y cuya característica es la serenidad que guardan durante sus manipulaciones: andan siempre á la caza de un tonto,—de los que cada día nacen dos, y se apoderan de su dinero, (*vento* en caló criollo, *guita* en caló español), por medio del cuento de la limosna del tío ú otro engaño semejante.

Por último, la cuarta arma, ofrece el tipo del *biabista*, los salteadores de la vía pública, que tienen sus puntos de contacto con los *scruchantes artilleros*, superándolos en lo criminal de sus procedimientos

Fijese en el conocido por el sobrenombre de *Campaña*, aquel trigüeño, alto, delgado y de barba llena, que tiene un tipo entre orillero de los alrededores de Buenos Aires y gaucho de pueblo de campaña en la provincia: es uno de los que caracterizan mejor esta clase.

Su mirada baja, rara vez la fija en una persona, pero cuando lo hace la sostiene con una insolencia que revela su carácter criminal.

Ese, que mañana pasará á la Penitenciaría, ha sido el terror de los lecheros; teniendo como teatro de sus fechorías los alrededores de la ciudad; cuando no traía caballos robados en la campaña.

Las dos cicatrices que presenta la cabeza, y las varias que tiene en las manos, demuestran que el hombre es de agallas.

Para desempeñar este puesto se precisa mucha audacia y valor, pues unas veces dan la *biaba seca*, que es una trompada ó golpe de puño, y otras la *biaba con caldo*, que consiste en una puñalada, la más de las veces mortal.

En uno y otro caso, el ataque tiene por objeto inuti-

lizar á la víctima para que no se defienda, mientras lo saquean sin compasión.

Esta categoría es tan peligrosa como la del *scruchante artillero*, aunque se compone de un número menor de individuos que cualquiera de las otras; lo que obedece, sin duda, al peligro que les ofrece su trabajo, que pagan con la propia vida en muchos casos.

Aunque como le manifesté ya,—continuó nuestro *ciceronne*, —hay algunos que practican conjuntamente tres ó cuatro armas, son pocos los casos de ese género enciclopédico.

Esto se explica por la suma de condiciones que requiere cada uno de los trabajos, y que es difícil encontrar reunidas en un solo hombre.

Además, hay especialidades que tienen funciones muy diversas, y así, mientras existen *punguistas* que son á la vez *schacador de otario*,—por cierta analogía que guardan sus ocupaciones, rara vez se vé á estos desempeñándose como *scruchantes*.

Hasta aquí llegaban las explicaciones del funcionario policial, cuando comenzó el reparto del pan, que indica el comienzo de la distribución de los alimentos: abandonamos la cuadra para continuar nuestra excursión al siguiente día, y observar cómo trabajan, viven y se divierten los principales personajes del mundo lunfardo, que acabamos de presentar.

III

LAS COSTUMBRES

—Antes de iniciar el estudio de cada uno de los tipos que hemos observado en las prisiones, y relatar hechos concretos de la vida de determinados lunfardos, no le parece oportuno que hablemos algo respecto á sus cos-

tumbres en general, dijo nuestro *cicerone*, reanudando la conversación del día anterior.

—La idea es excelente: así se observa la gradación establecida para los estudios, á fin de que éstos sean más provechosos.

—Y á propósito ¿son muchas las gavillas de ladrones que existen en Buenos Aires?

—En el perfeccionamiento que ha alcanzado entre nosotros el arte de robar, como si se sujetara también á las leyes del progreso, figura principalmente la organización que se han dado los *lunfardos*.

Seis ó siete años atrás, era raro encontrarlos formando gavillas, con su jefe correspondiente; ahora gran parte de ellos trabajan unidos, por aquello de que la unión hace la fuerza.

—¿Y hay hechos recientes que denoten la existencia de agrupaciones de esa clase, que deben reputarse terribles?

—Sí, señor: puede citarse la «gavilla negra», de que es jefe el Tuerto Pesano, actualmente preso en la Penitenciaría, la de Ortiz, la de los Silvani y la del Madrileño, últimamente descubiertas por la comisaria de pesquisas, y de las que nos hemos de ocupar en oportunidad.

Todas ellas han estado haciendo un daño inmenso; habiéndoseles probado muchos robos valiosos.

Una de estas gavillas se ha dedicado exclusivamente á robar cajas de fierro, empleando instrumentos especiales para perforarlas; otra, por intermedio de un antiguo ladrón que había sido olvidado por la policía, vendía esas cajas en los remates, y se quedaba con un juego de llaves.

Una vez que era comprada por alguien, averiguaba su destino, y se ha dado el caso de que estos ladrones se hayan ido hasta Tucumán y otras provincias á donde se envió aquella, para robarla cuando, por informes que habían conseguido, les constaba que en ella guardaban

cantidades importantes de dinero sus actuales poseedores.

—Veo que el tema de las gavillas es interesante y merece un capítulo aparte; además nos habíamos propuesto ocuparnos hoy de las costumbres de los lunfardos en general.

—Efectivamente: doy principio. No ofrecen menos interés que estas gavillas aquellos scruchantes que solo se acompañan de una ó dos personas, indistintamente, y con quiénes *caminan y trabajan*,—pues trabajar llaman al robar; y así es muy frecuente oírles decir: *Peorropato* anda trabajando ahora con *Salta Paredes*.

Lo hacen así para complementarse, pues si uno es hábil para abrir una caja de fierro, el otro sabe hacer bien una llave, es un astuto *campana*, ó tiene una cabeza bien organizada y espíritu enérgico para dirigir y ejecutar un plan, infundiendo confianza y valor á los compañeros.

—¿Y jamás trabaja uno solo?

—Si tal: en estas operaciones no siempre es de imprescindible necesidad el compañero.

Hay más de uno que es capaz de lanzarse en cualquier aventura, exceptuando la estafa, en que siempre, tras del *grupo* está el *filo*.

—¿Y cuáles son los entretenimientos más comunes en los lunfardos, para aprovechar los ratos de ocio que le deja su agitada labor?

—Su tiempo lo dedican al amor y al juego,—detalles importantes de su vida que reclaman un capítulo especial.

Desprendidos para el dinero, salvo raras excepciones, con sus hábitos licenciosos, no hay plata que dure en sus manos.

Lo que han robado ayer, lo tendrán gastado mañana, para vivir después de prestado.

—¿Y encuentran quién les preste?

—La sociedad *lunfarda* lo es de socorros mútuos, aun

cuando no se les ha ocurrido nunca redactar sus estatutos.

Se socorren por compañerismo casi siempre, y algunas veces por temor.

En el círculo en que viven se sabe inmediatamente quienes son los autores de los robos que anuncian los diarios, pues si tienen al principio la simple sospecha, más tarde, cuando los ven concurrir á sus centros de reunión, la plata que gastan, juegan ó prestan, los denuncia

Así pues, uno de los que andan *mischiotis* (pobres), cuando ha conseguido saber que X ha hecho un buen trabajo, y que anda con *vento á la giurda*, (mucho dinero), le pide *toco* (parte), y se lo dan, sinó por caridad, por temor de que se resienta y lo *bata* (denuncie) á un *mayorengo*, (empleado de policía).

—¿Y no procuran nunca el trato de gentes honradas?

—Solo por conveniencia se reúnen con personas que no sean de su oficio; pues como en todos los gremios, tienen el espíritu de asociación y se buscan y ponen de acuerdo sobre los parajes donde deben entregarse juntos á sus diversiones.

—Estos serán seguramente, al aire libre, para poder escapar con más facilidad.

—No crea: con frecuencia eligen una casa de mujeres de vida alegre, ó una fonda donde se pasan el tiempo jugando, hasta que la policía los conoce y los desbanda con sus persecuciones.

Pocas vidas más intranquilas que la de estos desgraciados: siempre con el temor de que la justicia les ponga las manos encima, viven en continuo sobresalto.

—Y por la vía pública ¿cómo transitan?

—Si caminan por la calle van siempre mirando lejos y deteniéndose frecuentemente cada vez que les parece divisar á un empleado de policía.

Es para ellos una vergüenza que vayan á encontrarse de manos á boca con uno de ellos.

El lunfardo vivo debe saber pegar el *esquinazo* (esconderse antes de ser visto), y *embrocar* (reconocer), antes que lo *embroquen*.

Al llegar á las boca-calles donde existen vigilantes de facción, se detienen á esperar que un tramway ó un carro los oculte á sus ojos, para atravesar la esquina.

Esta precaución la usan más estrictamente aquellos muy conocidos, y que están *escrachados* (retratados), por la policía.

Cuando tienen dinero, el carruaje es para ellos el vehículo preferido: así pueden cruzar toda la ciudad, y es menos probable que los vean.

—¿Y es fácil descubrir á un lunfardo cuando malicia que no pisa terreno firme?

—Sí señor: la zozobra en que están, mirando siempre á todos lados, les dá á los ojos una vivacidad que les es característica.

Una persona que tenga práctica policial, fácilmente conoce en la calle á un ladrón, aún cuando no lo haya visto nunca, si se pone á observarle.

—¿Y viven estos individuos satisfechos con sus medios de vida?

—Ellos se lamentan de estas zozobras y penurias. Muchas veces los hemos oído quejarse de «la vida perra del lunfardo».

«Yo preferiría, contaba uno de ellos, poder comer tranquilo todos los días un puchero, á estar de ave y buen vino, que con frecuencia se nos anuda en la garganta, cuando al ir á tragar nos parece ver entrar á un representante de la justicia».

—Y entonces—le dije—¿por qué continúa usted en esta vida, por qué no se transforma en hombre honrado?

—«Es que no podemos,—decía *Rata-carcelera*:—hemos nacido para lunfardos.

«Cuando pienso que necesito trabajar 30 días del mes para ganar 50 pesos, y que puedo conseguir dos mil en

una hora, la tentación me asalta y es imposible contenerme.»

— Ahí tiene V. — agregó nuestro *cicerone*, — toda la argumentación de estas gentes para justificar el empleo de esos medios de vida.

— ¿Y es costumbre que se radiquen en una población determinada, ó cambian frecuentemente el teatro de sus hazañas.

— El lunfardo es viajero, más por necesidad de garantizarse contra la persecución policial, que por placer.

Cuando pertenecen á los que componen el número de los conocidos por la policía, una vez que han conseguido realizar un buen *trabajo*, tratan de ausentarse, llevados por el temor de ser aprehendidos.

Es entonces que se van á efectuar un viaje por el Rosario de Santa-Fé, Montevideo ó el Brasil.

Toman también esta resolución cuando, acosados por la policía, no les es posible transitar por las calles y dedicarse al oficio.

Se lanzan entonces á otro país donde pueden hacer de las suyas, mientras pasan por gente honrada. Es lo que ha sucedido en la Argentina en estos últimos años.

Así como el jornalero que nota la falta de trabajo en su país, averigua el punto á que puede dirigirse para establecer su hogar sin las privaciones que tenía, y poder, por medio de una ocupación honesta, formarse un porvenir, el lunfardo europeo, acosado por las autoridades de su residencia, se ha mezclado entre la corriente inmigratoria que llegaba á Buenos Aires, entusiasmado por la fama de riqueza de que gozamos en Europa.

Muchos de ellos han venido espontáneamente, otros aconsejados por las mismas autoridades de su residencia, que en bien de la sociedad porque tienen encargo de velar, han tratado de dar salida para la América del Sud á esos elementos peligrosos.

Los pasajes llamados subsidiarios, han sido una oportunidad no despreciada en este caso.

En Montevideo, por ejemplo, cuya policía hemos tenido oportunidad de observar, se toma un ladrón que acaba de introducirse en el país, y después de hacerlo reconocer por todo el personal, le dan pasaporte y el pasaje correspondiente para el puerto que elija.

Demás está decir que ellos piden venir á Buenos Aires.

La medida no será muy constitucional, pero es eficaz para salvar á la sociedad: la ponen en práctica algunos países: el nuestro hasta ahora no ha hecho otra cosa que sufrir las consecuencias del sistema, recibiendo esos huéspedes, que son un verdacero presente griego.

—Antes de terminar hoy nuestra conservación ¿podría decirme algo respecto á la indumentaria de los lunfardos?

—Poca novedad ofrece el tema: en esto son exactamente igual á los artistas de teatro.

—Por la mañana vé V. á un individuo limpiando el llamador de la puerta de la casa en donde presta sus servicios: es posible que sea un entregador que hace de mucamo para averiguar lo que á la cuadrilla conviene conocer.

Que cruza la calle Florida, elegantemente vestido, confundiéndose con los *dandy*. Lo mismo puede ser un punquista, que un *schacador de otario*. Si no se cuida bien el reloj ó la cartera, es posible que desaparezcan suavemente entre sus hábiles dedos, cubiertos por la gamuza ó la cabritilla de un guante.

Si el elegido para víctima no es lo suficientemente listo para descubrirlos á tiempo, y pone atención á sus cuentos, no ha de faltar un *grupo* que disminuya su capital por medio de un legado, que resulta un presente griego.

Y es en esa calle ó en sitios análogos, donde hacen mejor presa: abundan los ignorantes venidos de la campaña, que se quedan ensimismados delante de los escaparares, y es á esos que les hacen «pagar el piso»,—como dicen los lunfardos.

Hay entre los scruchantes, y aun entre los biabistas, algunos que transforman su persona por medio del traje; pero no es tan común.

En general puede decirse respecto á trajes, que los emplean de toda clase, según las necesidades, y que muchas veces se debe á ellos el éxito de sus trabajos.

—¿Y queda algo olvidado respecto á las costumbres de estas gentes?

—Sí, pero me imagino que V. por el momento no desea escribir un libro, sino un reportaje de diario.

—Efectivamente. Sin embargo, desearia conocer algo respecto al juego y á los amores de los lunfardos.

—Entonces trataremos mañana esas dos fases de su vida, que son en extremo interesantes.

IV

CÓMPLICES Y COMPAÑERAS

—Este es un estafador muy inteligente, dijo nuestro *cicerone* señalándonos un hombre de maneras educadas y de tipo simpático, á pesar de que le daba cierto aspecto de atorrante la forma en que llevaba el traje: lo tenía puesto del revés, precaución que toma todo ladrón, cuando se halla preso, á fin de conservarlo en buen estado. Esto es característico en ellos.

—Entonces,—le contestamos, ¿no le parece oportuno que le haga algunas preguntas respecto al concepto que tiene de la mujer y del amor?

—Es una excelente idea, pues aparte de sus habilidades lunfardas, tiene sus aficiones literarias.

—Entonces á la obra.

Y dirigiéndonos al preso, que se entretenía en hojear un libro, entablamos el siguiente diálogo:

—Tengo buenas recomendaciones respecto á su vasta

ilustración, y supongo que la obra que lee ha de ser escogida.

—Efectivamente, no sé cómo, dando vueltas, ha llegado á mis manos: es el tratado de las *Leyes* de Cicerón.

—Y estudiaba, ¿qué punto?

—El que se refiere á la ley natural y á las positivas.

—¿Y está con sus teorías?

—Sí, pero voy más lejos aún.

—¿Conque esas tenemos?

—Sí señor, lo que él presenta como hipótesis, yo declaro verdad indiscutible: como el derecho lo fundan las voluntades de los pueblos y los jefes de Estado, el robo es de derecho.

—Y como consecuencia...-

—Yo me apodero de lo que me corresponde, y que retienen indebidamente los demás.

—Forzando la lógica....

—Y las puertas y cerraduras,—agregó el funcionario policial.

—Siempre materializando las cosas—prosiguió el preso, con una impavidez admirable: lo hago para evitar que en la práctica «se dé la razón á todas las tiranías», como dice Cicerón.

Además, el señor empleado de policía me confunde: no soy yo de los torpes que exponen su vida forzando puertas y cerraduras: á fin de evitarme esos trabajos de bestia, Dios me dió ingenio, que lo aplico para conseguir por medio del engaño lo que á otros cuesta lo existencia muchas veces.

—Tiene razón,—dijo el funcionario policial: éste es incapaz de exponerse en un entrevero con su víctima, y menos de matar ni herir á nadie; pero en cambio imita las firmas con tanta habilidad, que para que descubrieran la falsificación en el Banco, fué necesario que lo denunciase un compañero.

—Me place,—continuamos, dirigiéndonos al preso, su

ingenio, y ya que es afecto á los estudios superiores, y hace compañía á los libros de los grandes filósofos ¿cuál es el concepto del amor que tienen los que juzgan con aquel criterio la derivación de las leyes morales de las civiles?

—Se rien del platonismo de Platon cuando dice que el amor no es mas que el entusiasmo de lo bello.

—Y no admiran ésto?

—Si se considera como expresión de la belleza un billete de Banco.

—Y para qué les sirve, si á mas, de ser tan mal habido; lo derrochan?

—Para eso precisamente, para satisfacer nuestros deseos «y que estos no sean un amor impotente separado de su objeto».

—Eso es respecto del amor en general ¿no es cierto?

—Sí pues, pero en todas las especialidades obramos con el mismo criterio.

—Aún tratándose de la mujer?

—Mas que en ninguna otra circunstancia: son útiles, pero también muy exigentes, á veces: las aprovechamos en el primer caso, y en todo momento burlamos su buena fè.

—De modo que la mujer no les inspira ninguna pasión noble?

—Ninguna. Por si pudiera ser cierto lo que sostiene Bossuet respecto al nacimiento de las pasiones con la aparición del amor, *encanamos* á éste, (encanar: poner preso) cuando pretende sacar la cabeza.

—Y ya que ha dicho *encanar*, que es del caló lunfardo, ¿no querría recitarme alguna de las canciones escritas por ustedes, y que por su uso puedan considerarse sancionadas en su significado por el asentimiento del gremio?

—Como no!—Allá va una, que es del tema más favorito en nuestra literatura, y que encierra el fundamento del juicio que hacemos sobre la mujer y su amor:

Cuando el *bacan* está en *cana*
 La *mina* se peina *rizo*:
 No hay *mina* que no se *espiente*
 Cuando el *bacan* anda *misho*.

Este en prosa castellana quiere decir: los dos primeros versos: que cuando está preso, (encanado) el amante, (bacan), su mujer, (mina) se engalana para coquetear con otros: prueba de su infidelidad, que debe compensarse en la misma moneda.—Los dos últimos versos expresan: que cuando cualquier mujer observa que el amante está pobre, (misho), lo abandona, (espiente): prueba del positivismo de su amor, que sería ridículo que nosotros no imitásemos, siquiera para ser lógicos.

—Me admira su habilidad para entresacar de las obras de los grandes maestros, aquello que le conviene, sin tomar en cuenta lo que pueda serle desfavorable; así como la generalización que hace de su juicios aplicándolos al sexo en general, en vez de hacerlo con aquellos de sus miembros que tengan ese defecto. Solo lamento que usted no dedicara su inteligencia á trabajos más honrados que los que han motivado el que lo encierren aquí.

—Mas honrados?—Pues si los ladrones son los que se pasean y acumulan en sus cajas la parte que á nosotros nos corresponde...

Hicimos un saludo de cortesía y abandonamos aquel calabozo, para encaminarnos á la comisaría de pesquisas.

—Lo ha escuchado usted?—nos dijo nuestro *cicerone*.

Pues bien, ese que es inteligente como pocos han entrado en nuestras cárceles, piensa del mismo modo que la generalidad de los *lanfardos*.

—Es una lástima!

—Y lo peor es que no tienen razón en sus quejas respecto de la mujer.

.. Existen algunos de estos hombres que sienten cariño

hacia sus amantes, especialmente si tienen hijos, pero en general las tratan torpemente, acabando por abandonarlas. Por una aberración, resulta que fácilmente le encuentran reemplazantes.

Es muy infeliz el lunfardo de Buenos Aires que no tiene cuando menos dos mujeres, y es edificante el ver á estas infelices arrastrarse, á veces enfermas, á las comisarias, para llevar á sus amantes ropas, cigarros y comida por ellas codimentada.

—¿Y cómo pueden enamorarse de estos hombres, que así las tratan?

—Es inexplicable. Muchas han sido mucamas ó hijas de algún jornalero honrado que, seducidas por ellos, han acabado por convertirse en sus auxiliares y también en unas ladronas astutas que no dejan tranquilos los bolsillos de las señoras, en el interior de las iglesias.

—Pero habrá algunas que no roban.

—Sí, pero la minoría. Ellos prefieren que tengan aquella condición, y no quieren tampoco á las de vida airada, por aquello que dice una canción que todos ellos conocen y que concluye así:

....Pues si la *mina* es intrigante

Y lo llegan á *encanar*,

No hay *mina* que no se *espiente*.

—¿Y cómo auxilian á sus amantes?

—Muchas de estas mujeres, á más de los robos que hacen,—pues las instruyen en el arte lunfardo, así como á sus hijos, cuando ellos están presos y no tienen recursos con qué socorrerlos, entran de mucamas, y desaparecen al día siguiente, bien llevándose el dinero que le han dado para las compras del mercado, ó alhajas y valores si han encontrado á mano.

Además, en la organización lunfarda, existe una regla para transitar por la vía pública: nunca van dos apareados, sinó uno delante y otro detrás, de modo que si toman preso al uno, el que le sigue ó precede, que vá á una distancia conveniente, tenga tiempo de escapar.

El que hace esto vá enseguida á la casa del preso para darle aviso á su amante (ó amantes cuando son varias), de la comisaría en que está, de modo que sepa á dónde debe llevarle los recursos necesarios.

Por este procedimiento, los lunfardos se ven socorridos en seguida por sus mujeres.

—Y sin embargo, no agradecen esos sacrificios.

—Algunos sí; pero los más las tratan mal.

Cuando ellos tienen dinero, lo prodigan á sus amantes, pues les gusta verlas vestidas con mucho lujo, por más que cualquier día todo eso desaparece vendido por ellas en un montepío, á fin de tener con que llevarles lo que necesitan cuando se encuentran en prisión.

—¿Y les dan joyas de valor?

—No es difícil que cometan la imprudencia de regalarles alhajas de las que han robado á alguna dama; imprudencia que suele servir para que la policía descubra el robo.

Terminada nuestra visita á la comisaría de pesquisas, cuando nos disponíamos á retirarnos, se presentó una criolla de baja estatura, facciones toscas y rudeza en sus ademanes.

—Me permite,—dijo al comisario,—que le dé esta comida á mi marido.

—¿Quién es su marido?

—El *griego chico*.

A poco entra otra rubia con marcado acento francés, y de tipo más agraciado, que dirigiéndose al comisario le dice:

—Tengo esta comida para mi marido ¿me permite que se la entregue?

—¿Quién es su marido?

—El *griego chico*.

Pocos minutos después se presenta una robusta genovesa que se expresa en los mismos términos.

—Pero ¿cómo es esto?—las interroga el comisario, teniéndolas á todas reunidas.

—¿Las tres son mujeres del griego?

Y respondieron todas al mismo tiempo:

—No, señor comisario, yo sola.

Allí se hacía necesario la presencia del griego, y poniéndolo delante de ellas, el comisario le preguntó:

—¿Cual de éstas es su mujer?

—Esposa no es ninguna,—contestó en el acto y sin inmutarse;—pero una de ellas es la que yo quiero. Ella bien sabe cual es, pues que yo ya se lo he dicho.

Es natural, á las tres les había robado la incredulidad (lo que no es poco, tratándose de una mujer), haciendo que creyera cada una de ellas que era su único amor.

Lo cierto es que el *griego chico* estuvo ese día en grande, por lo que respecta á alimentación: con una voracidad que envidiaría cualquier indio mataco ó chiriguano, almuerzo por tres, engulléndose todo lo que le habían traído.

—¡Y pensar que muchos de los que están libres no consiguen más ración que la del convento del Salvador! prorrumió, cuando nos retirábamos, un antiguo ladrón degenerado en atorrante, y que ponía el grito en el cielo tratando de convencer á todos de que lo habían encerrado injustamente por el delito de «no hacer nada», en un calabozo donde están los que *trabajan* con palanquetas y ganzúas.

V.

JUEGO Y ECONOMÍA

—¿Y no podríamos presenciar una partida de juego entre lunfardos?—preguntamos al funcionario policial.

—Hoy es imposible: tendríamos que disfrazarnos, para conseguirlo. Por otra parte, es difícil que jueguen en público.

—Entonces ¿cómo juegan?

—En *encerronas*, generalmente.

—¿Y qué es eso?

—Llaman así á una habitación que existe en los bodegones, en el lugar más oculto y apartado de la calle, y donde se reúnen á jugar al monte criollo.

—¿Dedican á ese vicio grandes sumas?

—Todo lo que poseen, ó, hablando con más propiedad, todo lo que roban.

Generalmente las jugadas se hacen entre lunfardos y algún *otario*, cuando lo consiguen para explotarlo.

—¿Y son apasionados en el juego?

—Hasta el exceso. Cuando empiezan á jugar, el que pierde, no se retira hasta que no deja el último centavo; y aún en esa situación, le consienten que juegue á cuenta del primer trabajo que realice.

—¿Sin que teman el que no pague la deuda?

—Ya se guardará bien de hacerlo.

—¿Por miedo á que lo *batan*?

—No tal: por una *biaba con caldo* (puñalada), con que los acreedores darían por chancelado el crédito.

—¿Vaya un modo de saldar cuentas!

—Entre ellos es el más expeditivo. Muchas veces, cuando los apremian demasiado, pagan con brillantes....

—Como si fueran un Rotschild.

—Más aún, como lo que ellos son: ladrones á quienes no cuesta ningún dinero el adquirir las piedras preciosas.

—¿Y no tienen temor de que los detenga la policía, y por las alhajas que les encuentre, descubra el robo de su procedencia?

—Todo eso está previsto de modo que no se consiga la prueba.

El lunfardo empieza por desmontar las alhajas, escondiendo el metal en que están engarzadas las piedras, y quedándose con estas.

Así eliminan la parte de aquellas cuyos dibujos pue-

den servir de indicio, conservando las piedras que no presentan signo especial que indique la alhaja de que han formado parte.

—Sin embargo, yo he visto lunfardos con anillos, alfileres y otros objetos de oro y plata....

—¡Cómo nó! Ellos tienen un procedimiento que les pone á cubierto de todo peligro: usan las que han sido robadas en otras poblaciones, haciendo el intercambio con los mismos ladrones; y con las que proceden de aquí, realizan esa operación en los montepíos y cambalaches, dando una alhaja robada de mucho mérito por una de un escaso valor; en cuyo caso se hacen dar recibo en que consta que el artículo *ha sido comprado*.

—¿Y con qué objeto exigen ese documento?

—Para comprobar ante la policia, cuando son detenidos, que las alhajas no proceden de robo.

—Pero eso indica solidaridad entre los ladrones y los dueños de montepíos.

—¿Y á V. le sorprende eso?

—Cómo no ha de sorprenderme, cuando se trata de casas autorizadas por la autoridad, que pagan patente....

—Y que roban al prójimo directamente, con los objetos que se *empeñan*, y realizan negocios con los que han sido robados, en la mayor impunidad, como tendré ocasión de demostrarle en el curso de este estudio.

—Y volviendo al principio de nuestra conversación, dígame ¿todos los lunfardos juegan y son derrochadores?

—Existen algunos que son metódicos y guardan el dinero que roban como si fuera el fruto de la labor honrada.

Conozco individuos, antiguos lunfardos, que hoy son propietarios y tienen su casa de negocio, donde trabajan personalmente, aumentando su capital.

—¿Y se ha producido en sus hábitos una regeneración completa?

—Algunos de ellos no han olvidado del todo sus mañas.

Es cierto que ya no intentarán entrar en una casa, ni hacer personalmente una estafa, pero son capaces de *entregar* un *otario* á otro que esté en la vida activa, aunque sin comprometerse en lo más mínimo.

Comprarán también un robo de alhajas, pero exigiendo que vengan desmontadas, y si es posible, el oro fundido.

Otros, muy pocos, han olvidado completamente su vida pasada, llegando hasta negar el saludo á sus antiguos compañeros: por este medio tratan de vincularse con las personas honorables.

—¿Conoce alguno de esos regenerados?

—Hace dos años entramos una tarde en el café de Hansen, en Palermo, donde había varios amigos que discutían sobre cual de los caballos atados en sus carruajes era más trotador, en momentos en que era invitado á sentarse en la misma mesa un comisario de policía.

«Qué opina V., le dijeron á este funcionario, indicándole á uno de los de la rueda, ¿trotará más el caballo de la americana del señor que el mío?

«Usted que conoce á los dos, dénos su opinión sincera.» El comisario contestó, mirando fijamente al dueño de la americana: «Antes no corría sino que volaba; pero ahora está muy cambiado, ya no *camina* (roba).»

El señor á quien el comisario miraba mientras decía estas palabras, se puso colorado y buscando un pretexto saludó y se fué.

Como llamara nuestra atención esta circunstancia, nos acercamos al comisario, con quien teníamos intimidad, y le preguntamos si conocía á ese caballero.

«Sí, nos contestó, lo he visto muchas veces el año de 1875 en el reconocimiento de ladrones del departamento de policía, y su retrato ha figurado en la galería hasta el 78 ó 79 en que empezó su reforma.

«Hoy es un hombre honesto, ha hecho regular fortuna, tiene su casa de comercio establecida, y frecuenta la Bolsa de Comercio.»

—A la verdad que el caso es curioso.

—Vea usted este otro que le demostraré que así como hay algunos que no se reforman nunca y derrochan cuantos pesos caen en sus manos, otros son económicos y tratan de asegurarse un porvenir.

En una casa de inquilinato ocupaban las más humildes habitaciones dos individuos que acostumbraban salir temprano, regresando al medio día.

Almorzaban un cocimiento que ellos mismos se preparaban, y salían nuevamente, para volver á la tarde, acostándose poco después.

La vieja solterona más maliciosa, una de esas que tienen la lengua ocupada todo el día en destruir honras ajenas, para morir después sin la propia, no hubiera tenido el más pequeño motivo para murmurar de aquellos infelices trabajadores.

Un día, sin embargo, fueron tomados presos, y se le encontró en su casa todos los útiles necesarios para la estafa, y á cada uno de ellos una libreta de Banco.

Hacia cuatro meses que estaban en el país, y aquellos documentos asignaban á su favor depósitos de 6 á 7 mil pesos en remesas de 500 y hasta de 1000.

—Y haciendo aquella vida modelo ¿cómo y cuándo estaban?

—Ahora verá usted. Llamadas las personas que habían sido estafadas en el lapso de tiempo que residían en el país, los dos sujetos fueron reconocidos por ocho víctimas.

Confrontadas las fechas de las entregas en el Banco y las sumas depositadas, con el día en que cada estafa se había efectuado y el valor de ellas, resultaban exactas.

No habían dispuesto de un solo peso, ni tampoco demoraron 24 horas en hacer el depósito.

—Vaya unos economistas los tales sujetos!

—Pero vea V. qué contraste forman con estos otros. Hace siete años, á un empleado del ferrocarril del

Sud, le escamotearon del bolsillo, en el Banco de Lón-dres y Río de La Plata, 17.000 nacionales.

Se buscaron los autores, pero fué todo inútil: el ladrón,—decían,—necesariamente ha emigrado del país.

Meses después, en las reuniones de la sociedad lunfarda, se hablaba de este golpe del *Toscano* y del *Pardo* y se recordaba la orgía de tres noches con sus correspondientes días, que, en celebración de golpe tan feliz, habían tenido con varios amigos y sus correspondientes amantes, y en la que se había brindado con champagne á la salud del inglés.

Por último, los ladrones se habían ido al Brasil, después de haber regalado entre sus amigos más de cinco mil pesos.

Un año después regresaban juntos á Buenos Aires, y fueron aprehendidos.

No traían más que unas cuantas alhajas de su uso, pues todo lo demás lo habían gastado.

—¿Y siguen dedicados al robo, cuyos productos tan mal aprovechan?

—No hace mucho tiempo vimos á estos individuos en un reconocimiento de ladrones. Estaban en la miseria, casi convertidos en atorrantes.

Nadie hubiera creído que pocos años atrás hubieran sido poseedores de una suma que para hombres pertenecientes á una clase humilde de la sociedad, era una fortuna. Desgraciadamente para estos desventurados, recién cuando están al término de la vida comprenden que no hay peor oficio que el que han practicado.

—Pero ya es tarde.

—Y tan tarde, que muchas veces ni el confesor se entera de su arrepentimiento.

VI

EL SCRUCHANTE ARTILLERO

—¿No le parece oportuno que antes de seguir ocupándonos de las costumbres de los lunfardos, y sin perjuicio de continuar más adelante, estudiemos algunos de los principales tipos de cada arma?—dijimos al funcionario policial.

—Me parece muy acertada la idea.

—Entonces iniciaremos la labor por aquellos cuyos delitos revisten mayor gravedad.

—Perfectamente; y en ese caso al *scruchante artillero* le corresponde la preferencia, por ser éste el tipo más repelente con que tiene que luchar la policía.

Faltos de instrucción, escasos de astucia, de instintos sanguinarios y afectos á vivir de lo ajeno, no cabe en su cerebro otro medio de vida que la violencia.

—Quizá obedezca á que no le enseñaron en los primeros años un oficio honrado.

—No crea. Es frecuente encontrar entre ellos quienes han sido herreros y carpinteros; conocimientos que utilizan para hacer ganzúas, tomar el molde de una llave, y hacer saltar una cerradura.

Es una regla general respecto á los que se dedican al robo en este país, que el que llega al extremo de matar, como medio de apoderarse de lo ajeno, es siempre un hombre torpe, sin habilidades, y frecuentemente nuevo en el oficio.

Y esta opinión que le comunico no es exclusivamente personal: la he escuchado de labios de antiguos empleados de policía, y también de uno de los ladrones más famosos, un verdadero maestro en el arte lunfardo.

Recuerdo que cuando el bárbaro asesinato seguido de robo, en la calle Reconquista, y de que fué víctima el niño Chaquero, el ladrón á que hacemos refe-

rencia nos decía: «no hay que buscar al autor entre aquellos de mis colegas que son muy conocidos por la policía, sino en los que recién empiezan, ó en aquellos que están totalmente desprovistos de inteligencia y son desconocedores de la astucia. En una población tan descuidada, por hábito, como Buenos Aires, el que mata para robar, es un imbécil.»

—¿Y resultaron ciertas sus predicciones?

—Sí. Poco después, los criminales eran descubiertos, confesando su delito, y yo que tuve ocasión de conocerles, debo declarar que se habrían muerto de hambre en nuestro país, como en cualquier otro, si hubiesen necesitado de la astucia para ganarse el sustento cotidiano.

Verdad es que «los empleos adoban las inteligencias»; por lo que muchas veces el *scruchante artillero* se convierte en *scruchante* que no precisa matar para conseguir su propósito.

Resulta así que hiere únicamente en los casos extremos, cuando es sorprendido y se le corta la retirada, impidiéndole escapar.

—¿No podría ofrecerme algunos datos respecto á la vida de un *scruchante artillero*?

—Con el mayor gusto, y este de que vamos á ocuparnos, es uno de los tipos más famosos.

Allá por el año de 1876 existía en esta ciudad un vasco francés, que á la sazón contaba veinticuatro años.

Una noche se trepó á un farol del alumbrado público, por una reja; de allí saltó á un balcón de la antigua cancha de pelota de la calle Rivadavia, penetrando en la habitación que daba á la calle, y en donde dormía otro vasco cuyo nombre no recuerdo, y al que le asestó una puñalada que le produjo una muerte instantánea. Robó el dinero que aquel guardaba, y volvió á salir por donde había entrado.

La policía al fin dió con el criminal, y éste permaneció muchos años en la cárcel, de la que salió más per-

feccionado en sus prácticas lunfardas, y dispuesto á continuar sus atentados.

—¿De modo que la prisión sólo había servido para acentuar sus instintos salvajes?

—Así sucede frecuentemente: el ócio, dicen que es madre de todos los vicios, y por entonces á los penados poco ó nada se les hacía trabajar.

Por lo que respecta al vasco-francés de que le hablo, siguió cometiendo crímenes y todavía recuerdo una escena que me contaba uno de sus camaradas, y que retrata gráficamente la avaricia y los instintos sanguinarios de este criminal.

Y aquí, dejo que hable el compañero de aventuras:

“Una noche asistía el vasco-francés al teatro Colon, á ver si encontraba *trabajo*, y desde las alturas del paraíso llamó su atención una *gallina* (bailarina), á propósito para que le sacaran un *escracho á la gurda* (retrato de mujer hermosa), pues era una *mina* (mujer) *de rebute*, (admirable.)

«Pero más que su hermosura le sedujo el *amarillo* (oro), y los *brillo* (brillantes), que llevaba encima; por lo que se dispuso á seguirla cuando terminase la función.

«Así lo hizo, y como suponía que en su domicilio había de tener más objetos de la misma clase, la observó, logrando dos noches despues, con el auxilio de un *campana*, dar el golpe.

«Penetró al *bulín grande* (casa), provisto de *camiantes de tela* (alpargatas), y mientras yo vigilaba la *bacana* (patrona), por si despertaba, él, con un *pique* (llave), hizo correr el picaporte, y la *chanclera* (puerta), se *dempaqueto* (abrió).

«La *mina* (mujer) parece que tenía *gana de pulishar* (sueño), y no se movía en la *pulisa* (cama).

«Cuidadosamente registró todos los cajones, guardándose cuanto *pájaro cantador* (oro), *vento* (dinero), y *brillo* encontró, sin que la *mina estrilara* (sintiera).

«Ya se *expiantaba* (retiraba), cuando *atisbó* (descubrió),

que en un dedo de la mano izquierda, que descansaba sobre su abultado seno, tenía un *zarzo con un brillo á la gorda* (un gran solitario), y pensó que los tiempos eran demasiado *mishotes* (pobres), para abandonar la presa.

«En ese momento sintió pasos y cerrando precaucionalmente la puerta del dormitorio, abrió la del balcon, y esperó en éste hasta ver qué sucedía.

«En el primer momento tuvo *chucho* (miedo), pero como nadie entrara, se acercó á la cama donde la *gallina* seguía durmiendo, y empezó á deslizar suavemente el *zarzo* (anillo) del *dátil* (dedo), mientras la mano derecha, armada de un *vaiyen* (cuchillo), la colocó á la altura del pecho.

«Durante la operación movió una *gamba*, (pierna), y creyó que iba á despertar; pero como los ojos no se alteraban, se abstuvo de proceder ligeramente á darle una *biaba con caldo*. Además, allí no había peligro de errarla.

«En seguida *espantó*, satisfecho de haberse ganado la noche con buen rendimiento, á pesar del susto.»

—Que criminal interesado!—interrumpimos al funcionario policial.—Si la infortunada bailarina llega á despertar, seguramente la mata.

—No le quede la menor duda. El mismo vasco-francés contaba al camarada, en su prisión, que «aquel sueño fué el nacimiento de la *mina*;—que si perdió las alhajas en cambio le dejó vida para que pudiera reponerlas.»

—¡Qué lógica!

—Y agregaba el famoso vasco, «más esfuerzo representaba mi trabajo para apoderarme de las joyas, que los saltos que ella dá en el teatro para garnalas».

Y terminaba su raciocinio así: «Para que al fin se las lleve el diablo, yendo á parar á un cambalache....

—Se las llevó él....

—Para que fueran á parar al mismo sitio, como veremos más adelante,

—¿Y cómo se llama este individuo?

—Para llegar á ese punto tendría que contarle antes otras de sus hazañas.

—Entonces....

—Continuaremos mañana con el vasco-francés.

VII

GAZÁN TORRES

Los instintos criminales del vasco-francés,—dijo el funcionario policial, reanudando la conversación del día anterior, lo conducían á no respetar ni á los propios camaradas.

El comisario de una de las secciones de policía más centrales, recibió la denuncia de que á las dos de la mañana del siguiente día, se proponían robar una casa de comercio.

Se estableció la oportuna vigilancia en el interior del edificio, y á la hora indicada se vió que un hombre situado en la azotea, descolgó á otro que se hallaba atado en el extremo de una cuerda.

Un agente policial que se había colocado en observación en aquel sitio, y que no supo guardar el debido silencio, esperando á que los ladrones empezasen á *operar*, se llevó por delante un cajón, lo que produjo el ruido necesario para que aquellos se alarmasen.

Instantáneamente se sintió caer al patio un cuerpo pesado, oyéndose ayes lastimeros: eran del ladrón atado de la cuerda, á quien había dejado caer su cómplice, produciéndole la fractura de una pierna.

En cambio la víctima se vengó después, denunciando al compañero que se había conducido tan mal, y que no era otro que el vasco-francés.

—¡Que crueldad tan grande!

—Y si le relatase otras hazañas de éste y otros perso-

najes, quedaría más de manifiesto los extremos á que llegan los *scruchantes artilleros*.

—Me ha interesado el tipo que se podría saber el nombre de ese vasco-francés.

—Se llama Gazán Torres.

—¿Vive ó ha muerto ya?

—A consecuencia de aquel hecho, fugó del país, y según voces corrientes entre los de su oficio, se estableció en Francia.

—¿Cuáles son las últimas noticias que de él se tienen en la sociedad lunfarda?

—Cuentan que se casó en París con una mujer muy rica, cuyo esposo falleció de una muerte sospechosa, á poco de llegar á Europa.

—¡Lástima que en la época de las hazañas de Gazán Torres no publicaran los retratos de los grandes criminales, pues así algún discípulo de Lombroso habría podido hacer algún estudio de sus rasgos fisonómicos!

—Podría, sin embargo, reconstruirse el pasado.

—¿De qué modo?

—Busque á X. (aquí nos dijo un nombre que reservamos), y pídale el retrato del vasco-francés. El tiene uno en que está en traje de paseo, casi elegante.

—¿Y me lo dará?

—Muéstrelle un billete de Banco, seguro de que ante ese argumento, se persuade y le entrega lo que V. desea.

(Y así sucedió, como verá el público por el retrato que ofrecemos de aquel huésped de nuestras cárceles: de acuerdo con lo que dice Musset, basta en este caso con los ojos: su mirada revela un alma de perversos sentimientos: ¡es el retrato de Gazán Torres!)

—Y dígame ¿qué nacionalidad predomina en la clase de *scruchantes artilleros*?

—En general, y esto confirma lo que le he manifestado respecto á la inmigración de criminales,—puede calcularse que un setenta y cinco por ciento de aquellos

son extranjeros, entre los que sobresalen por su número los italianos y los españoles.

—¿Y no se destacan particularidades respecto á las zonases que proceden?



Gazán Torres

habitantes.

—¿Esto es esencial?

—Esencialísimo. Un hombre que puede robar sin cometer un crimen, es muy raro que apele á este recurso,—al que se ven obligados á recurrir aquellos que desconocen nuestra sociedad y el descuido que es característico de este país, donde son pocos los que se precaven del peligro.

La opinión de un criminal famoso, que le he referido, es exactísima: sólo mata para robar el extranjero

—Entre los italianos abundan los lombardos, genoveses y piamonteses, y en los españoles el número mayor es de catalanes.

—Y en esta capital no abundan los criollos dedicados á *scruchantes* artilleres?

—Son pocos los *scruchantes* criollos que llegan á convertirse en *artilleros*; y esto se explica por el conocimiento que tienen del terreno y de los hábitos y costumbres de los

recién llegado, ó el que es muy torpe ó nuevo en el oficio: los criollos tienen la ventaja de que no andan á tientas, y por eso, excepción hecha del *biabista*, no apelan á los medios extremos.

Voy á demostrarle esto con un hecho práctico:

Hace siete años próximamente, se empezó á notar en Buenos Aires la abundancia de crímenes seguidos de robo, utilizando para ello el procedimiento de amordazar, que es raro entre nosotros.

Primero se realizó uno en una casa de altos de la calle Montevideo al llegar á Cangallo, después otro, y otro, sin que la policía pudiera descubrir á los autores del atentado.

Siempre esos crímenes se realizaban de una á cuatro de la tarde, y las víctimas que aparecían eran del sexo femenino.

El procedimiento empleado era éste: á esas horas, aprovechando la circunstancia de que los hombres están en sus quehaceres, y que en muchas casas quedan solas las señoras, los ladrones romplan el picaporte de la puerta cancel por el lado exterior, y entraban en los domicilios, impidiendo con aquella precaución que aquella pudiera abrirse desde afuera.

Ya en las habitaciones, amordazaban á las mujeres, para que no gritasen, robaban los objetos de valor y volvían á salir dejándolas atadas.

Un día, á la una de la tarde, la propietaria de una casa de compra-venta establecida en la planta baja de una casa de la calle Callao, á la altura de Rivadavia, sintió los movimientos propios de un pugilato entre dos personas que luchan por deshacerse, en seguida un golpe de un cuerpo que cae sobre el pavimento,—que daba la casualidad de que no era de material sino de madera, y á poco quejidos de una mujer.

Suponiendo que algo extraño ocurría en el piso alto, corrió hacia la puerta de calle para dar aviso al vigilante de la esquina inmediata.

En el momento de asomarse la señora, vió que un individuo desconocido iba á cerrar la puerta de la casa, y al preguntarle ella qué ocurría, en vez de dar contestación echó á correr con toda la celeridad que le permitían sus piernas.

La presunción de un crimen se confirmaba, y entonces la señora dió gritos de alarma, que motivaron el que el agente detuviese al que intentaba escapar.

Aquella comunicó al empleado policial todo lo que había sentido en los altos, y reunidos media docena de vigilantes, penetraron al lugar indicado.

Allí encontraron á una mujer desmayada, y cuyos trajes estaban totalmente bañados con la sangre que arrojaba una herida que tenía en la cabeza, en tanto que un ladrón registraba los muebles, guardándose en los bolsillos los objetos de valor.

Sorprendido en su tarea, al notar que la policía lo rodeaba, sacó rápidamente un revólver y se disparó un tiro en la sien: su cadáver fué á caer á pocos pasos del cuerpo de su víctima, que también fallecía algunos momentos después.

En este caso, como la señora no se había asustado, como es general que suceda entre las de su sexo, le dieron un martillazo en la cabeza, cuando intentaba huir dando voces.

Retirados los cadáveres y conducido á la policía el *scruchanté* detenido por ésta, pudo comprobarse que se trataba de dos criminales franceses, autores también de los hechos anteriores, que sin conocer nuestras costumbres, se entregaron al robo y al asesinato.

Por lo demás, vivían sin que nadie pudiera sospechar que tuvieran semejante ocupación. De la casa donde alquilaban una pieza, salían todas las mañanas llevando en la mano un formón y un martillo, como si fuesen carpinteros que se dirigían á su trabajo. Volvían á almorzar, siempre conduciendo sus herramientas, y se retiraban á la oración.

—A la verdad que estas apariencias los hacía insospechables.

—Con la narración de estos hechos he querido darle una idea del tipo, y de lo que es capaz un *scruchante* artillero.

—¿Y cómo son los *scruchantes* no artilleros?

—Quitele usted al personaje la parte sanguinaria, déle un grado mayor de vivacidad y de inteligencia, y tendrá al *scruchante* de segunda categoría: el que para evitar el caso de verse comprometido en un crimen, cuando trabaja, toma sus precauciones de modo que pueda huir si es sorprendido.

—Me gustaría ver á estos *scruchantes* en libertad, y en los parajes donde se reúnen. ¿Quiére usted hacerme conocer algunos de los que componen la célebre gavilla «la ronda negra» de que he oído hablar?

—Bueno. Queda invitado á una excursión que haremos mañana á la noche.

VIII

LAS GUARIDAS

A fin de realizar nuestra anunciada visita á los lugares frecuentados por los que viven de lo ajeno, nos encaminamos en pos de algunos bodegones que existen en los alrededores de la plaza Independencia, y después á otros de la calle Pavon; pero con la mala suerte de encontrarlos poco concurridos.

—Se ha errado el golpe,—dijimos al funcionario policial que nos acompañaba.

—Probablemente la policía ha andado por aquí en busca de algún lunfardo, y como el que más y el que menos tiene deudas pendientes, han buscado lugares más seguros.

—Y entonces ¿que hacemos?

—Seguir hasta la Boca. Allí hay puntos más ocultos, donde es posible que se hayan reconcentrado esta noche.

—Entonces, en marcha.

Y volvimos á caminar.

Dejando atrás las casas flotantes encerradas en los inmensos murallones que forman los diques del Puerto Madero, con su movimiento permanente de los guinches que trasladan las mercaderías desde las bodegas de los depósitos, y vice-versa; sus espesas columnas de humo, arrojadas por cien máquinas que impulsan otras tantas naves, y escuchando el silbato no interrumpido de las que llegan ó abandonan sus fondeaderos, penetramos en la población de la Boca.

La tarde había avanzado y las sombras de la noche empezaban á envolver aquella ciudad marítima, cuyas vías de comunicación presentaban el aspecto animado de un hormiguero humano, por el tránsito continuo á los que retornaban á sus hogares, terminada la faena del día.

Desde el extremo norte de la población se contemplaba el espectáculo de millares de luces colocadas en los mástiles de los buques, y que semejaban constelaciones celestes; mientras que dirigiendo la vista al sud, descubriase, en la penumbra, y á los reflejos de los focos eléctricos de las naves, — pues hasta allí alcanzaba su poder de iluminación, — la silueta semi-borrada de centenares de casillas de madera que sirven de alojamiento á las familias de los trabajadores.

Avanzando por la calle de Necochea, doblamos en la de Brandzen para tomar la de Pedro Mendoza, por ser estas las vías que ofrecen más actividad nocturna, debido á la abundancia de cafetines en ella establecidas, que á esa hora empezaban á poblarse.

Los obreros, después de reponer con una alimentación nutritiva las fuerzas gastadas en la ruda labor, se sentaban en la puerta de calle, con su familia, los más tranquilos; mientras otras iban á buscar esparcimiento del ánimo escuchando en aquellos locales un trozo de «Il Trovatori»

ó de «Cavallería Rusticana», que destrozaba lastimosamente un cantante de esos que ya no tienen cabida en los cafés del centro de la ciudad.

Sin embargo, no son aquellos sitios, donde tan mal parados salen los grandes maestros, los más apropiados para encontrar ladrones: éstos no tienen afición por otro arte que el de los lunfardos, así que no acuden á escuchar música, ni buena ni mala, á menos que la reunión sirva de pretexto para realizar algún *trabajo*.

Por otra parte, les gusta estar solos, entre los suyos, de modo que sus conversaciones no puedan ser escuchadas por personas extrañas al gremio; evitando así que se enteren de los planes que combinan.

—¿Y á donde vamos á encontrarlos? —preguntamos á nuestro *cicerone*, cuando nos hallábamos en la ribera.

—Aquí no más, en la calle de Pedro Mendoza, en la vuelta de Rocha, y en distintos locales.

—¿Habrá muchos?

—Por de pronto estarán los de la «ronda negra», que tienen aquí su cuartel general, y que forman una gaviella de no menos de treinta personas.

—Me interesa conocer esa sociedad, ya famosa.

—La conoceremos detenidamente; pero ahora acerquémonos á aquel titulado «Café y confitería», que es uno de los sitios más favorecidos.

Y algunos segundos después se presentaba á nuestros ojos, á la luz de un modesto pico de gas, el cuadro de un despacho de bebidas, pomposamente denominado «café y confitería».

Al exterior, una puerta de madera que no había conocido desde hace muchos años al contacto de la pintura, y á su izquierda una ventana con reja de fierro, y sin cristales, herméticamente cerrada, y en la que se descubría la cabeza de unos grandes clavos.

Desde el dintel de la puerta se dominaba perfectamente el conjunto.

En el cóstado de la derecha descubríase un mostrador.

al que el uso lo había dejado sin color definido, y á la distancia de un metro, junto á la pared, una pequeña estantería, en la que aparecían unos frascos conteniendo algo que parecía confites.

Completando el *stok* alcohólico veíanse unas botellas que formaban, por su tipo, una variada colección,— por más que el contenido no fuese otro que ginebra, aguar-diente, vermouth y otros licores similares, todos falsificados, á fin de ser consecuentes en todo con el modo de ser de la clientela.

Sobre el mostrador, lleno de mugre,— pués á pesar de la proximidad del río el agua estaba desterrada por allí, veíanse botellas, vasos y un aparato para hacer café con leche.

Las paredes tenían algunos cuadros que representaban personajes ó hechos históricos de la nación italiana, en un estado tal de suciedad y deterioro, que era difícil percibir los grabados; resultado á que concurría también el continuo retoque de las moscas.

Mesas redondas, de mármol, con patas de madera, igualmente sùcias que el pavimento y el mostrador, y unos bancos de pino sin labrar, desvencijados, y con abundancia de remiendos que revelaban su mucho uso, ó el empleo que se había hecho de ellos, quizá descargándolos sobre las costillas de alguno de los concurrentes, en las peleas que el juego ocasiona.

En resúmen: cuatrocientos pesos de capital, en junto, empleados en muebles y bebidas que producen un rendimiento de más de un doscientos por ciento.

En las mesas, distribuidos en pequeños grupos de dos ó cuatro, á lo sumo, veíase una veintena de individuos que por su porte y fisonomía, revelaban ser antiguos pensionistas de nuestras cárceles.

Como si presidiera aquella reunión, detrás del mostrador se destacaba el dueño de la *confitería*; un calabrés viejo, alto, flaco, de barba canosa y mirada viva, y el que debía ser un retirado de la activa del ejército lun-

fardo, que obtuvo su jubilación por sus muchos años, y en mérito de sus grandes servicios profesionales en algún otro país.

La maquina del café y leche se movía tan activamente como el patrón, que se acercaba á las mesas para colocar en ellas las tazas y vasos conteniendo aquel líquido, siempre en proporción menor que las bebidas alcohólicas, que transportaba juntamente, y con que mezclaban aquel.

El patrón, después de haber servido á los parroquianos, volvía á ocupar su sitio, apoyando los codos sobre el mostrador, y oprimiendo los carrillos con sus manos, que no conocían los efectos del jabón.

Entre tanto, fijaba su mirada intranquila en la puerta, para observar las personas que entraban; así como en los concurrentes, á fin servirles con rapidez cuando lo llamaban.

—¿Y cómo pueden tomar ese brebaje, dijimos á nuestro *cicerone*? aludiendo á aquel café con leche color de tierra.

—Como tiene más caña ó ginebra que otra cosa, aunque el café sea de achicoria muy inferior y la leche se halle en estado de descomposición, no notan el mal gusto.

—¡Qué paladar!

—Además, el brebaje es higiénico, porque mata los microbios que tienen en el cuerpo y que han adquirido en los depósitos de contraventores.

Y mientras los concurrentes jugaban al truco, anotando sus ganancias con porotos, que después se cambian por billetes, y se entretenían en matizar sus libaciones con cuentos obscenos, el patrón hacia rayas y cruces en un papel de estraza en que anotaba sus créditos.

—Parece un hombre manso y bondadoso, á pesar de que tiene algunos rasgos criminales, dijimos á nuestro acompañante, aludiendo al patrón.

—Es un hombre que sabe vivir, y que gana mucha plata.

—Ese jueguito por porotos, al parecer inocente, le da buena coima; y además, él no se olvida de cargarle la mano á la clientela, ¡Como sabe que poco les cuesta el ganar el dinero!

—¿De modo que conoce la clase de gente que frecuenta su casa?

—Y no ignora que no vienen á ella sino los lunfardos; que, por otra parte, son los que más convienen para su negocio.

—Entonces es su encubridor?

—Exactamente. Y dentro de un momento se lo haré ver á V.

—¿Cómo?

—Entremos.

Después de habernos preparado para aspirar en la menor cantidad posible la atmósfera impura que allí se sentía, cargada con los vapores que se desprenden de objetos y seres que están en pugna con la higiene, penetramos en el «café y confitería» de la calle de Pedro Mendoza.

Al pisar los umbrales, se produjo en la concurrencia un movimiento de expectativa, mezcla de sorpresa y curiosidad.

El calabrés, desde el mostrador que le servía de tribuna para dirigir la escena, nos clavó su mirada torva, y los concurrentes, volviendo la cabeza, observaron por bajo el ala del sombrero.

Aunque nuestro disfraz era insospechable, pues la indumentaria corría pareja con la de los lunfardos, algo debieron maliciar aquellos: insistentemente nos dirigían furtivas miradas, que nosotros recibíamos con glacial indiferencia, como si nada nos importara.

El patron, cuando vió que nos sentamos en aquellos bancos extraordinariamente súcios, delante de una mesal que no estaba más limpia, se nos acercó para preguntarnos qué tomábamos.

—La puerta,—se nos ocurrió decir al momento, pues el oxígeno empezaba á escasear; pero recordando el pape

que estábamos representando, contestamos con aplomo:

—Lo que toman los demás.

—¿Café y leche, ginebra y caña?—nos interrogó el calabrés.

—Ginebra y caña, y todo. ¿Ha escuchado? Si señor, toda eso, y mucho más, — dijimosle, tosiendo fuerte, á fin de que no dudara de que tenemos buenas agallas y un estómago á prueba, capaz de soportar el café y leche de la maquinita, con sus correspondientes agregados.

Y mientras este pequeño diálogo sucedía, en un grupo que rodeaba una mesa inmediata, nuestra visita era el tema de la conversación.

El funcionario policial que nos acompañaba había sido descubierto, y aunque no tenían seguridad plena de que fuese la persona que sospechaban, se notaba en ellos cierta intranquilidad.

—Que es un *pescao*, (pesquisante), decía uno.

—Que no, te digo. Han de ser lunfardos recién llegados, que andan en busca de compañero que les enseñe el camino.

—Si para que luego nos *batan*, (denuncien á la policía), agregó un tercero.

—Cree el ladrón.....

—Que todos son como vos.

—Orden!—gritó el calabrés, desde su tribuna presidencial, agarrando, por las dudas, un garrote que parecía resto de una lanza de carruaje.

Y descendiendo hasta la mesa donde se había producido el desórden, y colocándose entre los contendientes, exclamó con acento de convicción.

—En esta casa honrada, no permito que se hable de ladrones. Eso está bueno para el bodegon de D. Giovanni; pero aquí.....

—No se debe mentar la soga en casa del ahorcado— interrumpiòle sarcásticamente, mirando fuerte y escupiendo por el colmillo, un individuo de aspecto poco agradable que se había sentado solo en una mesa cercana.

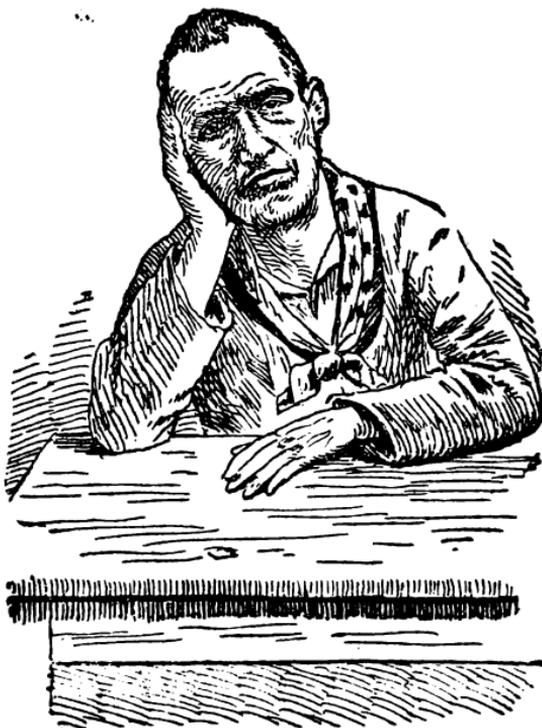
—¿Quién habla?..... Ah! ¿eras tú, Jerónimo?—balbuceó el patron,

—El mismo—le replicó el interpelado.

—Bueno..... pues como si no hubieses dicho nada. Ya sabes que yo he sido alpino, de à pié, y no quiero cuentas con los artilleros. He dicho.

Y siga el truco como si nada hubiese ocurrido, muchachos.

Y mientras el patrón volvía al mostrador, nosotros interrogábamos al funcionario policial respecto á la frase *artillero*, pronunciada con cierto respeto.



—Ah! — nos contestó,—es que se trata de un hombre temible. Ahí donde usted lo vé, descansando la cabeza sobre el brazo, con ese aire de bondad, es uno de los *scruchantes artilleros* de la «ronda negra». Hace poco que ha salido de la Penitenciaría.

—¿Cómo lo conoce?

—Por el pelo. ¿No vé que todavía no le ha salido?

En vista de que alguno de los concurrentes, para sostener su tesis; de que nosotros éramos *pescados*, hiciera notar que no tomábamos lo que se nos había servido, in-

tentamos acercar á los lábios, aunque con toda la repugnancia que debe suponerse, el café y leche de la maquina.

—Pero si esto es intomable,—dijimos al *cicerone*, retirando la taza de la boca rápidamente.

—Echele caña—nos respondió. Y cumplimos su mandato.

—Tampoco ahora, replicámosle, después de intentar probar nuevamente el brebaje.

—Echele más, y agréguele ginebra.

Y vaciamos en la taza unas gotas de ese líquido. Pero aquello ya era un veneno para matar ratones, y exclamamos desesperados:

—Voy á reventar.

—Bueno...échele...

—¿Más caña? interrumpímosle, con sorpresa.

—No, échelo al suelo disimuladamente, sin que aquellos lo noten.

Y así lo hicimos, mientras el funcionario policial, tomando su porción, nos decía:

—Nosotros hemos tenido que acostumbrarnos á estas cosas. Muchas veces el éxito de una pesquisa depende de un detalle de esta clase, que parece insignificante.

—¿Qué importa el estómago cuando se sirve á la humanidad!

Y entre copa y copa, el juego continuaba, y los porotos cambiaban de sitio. Truco!—gritó uno.

—Retruco!—le replicó su contendedor, alzando más la voz.

—Al *pescao*, sí.

—Que no es *pescao*.

—Bueno, será carne.

—Tampoco, ni carne ni *pescao*.

—Es claro! como que es *bacalao*!—interrumpió el *scruchante artillero*, poniendo fin á la discusión.

Y el juego continuó, á la vez que los comentarios respecto á nuestra presencia en aquel sitio.

—¿Y estos no hacen aquí otra cosa que beber y jugar al truco!

—Nada más. Los *negocios* los tratan en las *encerro-nas*, y es allí donde se discuten los planes y se reparten las ganancias.

—Es este el sitio habitual para sus entretenim-
m os?

—Según: eso lo resuelve la policía. La mayor parte de los que usted ve, pertenecen á la «ronda negra», y aunque viven en distintos lugares de la ciudad, generalmente se reúnen en estos sitios, por ser los más ocultos.

Sin embargo, cuando la policía los persigue aquí, se van á otras secciones, estableciendo en ellas su cuartel general. Así, puede considerárseles errantes, de un lado para otro, en busca de una tranquilidad á que no tienen derecho.

Además, es práctica entre los *lunfardos*, no juntarse todos los de una *gavilla*, ni reunirse siempre en el mismo sitio, á fin de no llamar la atención de la policía.

—¿Se fija,—interrumpimos al funcionario policial,— cómo hablan de nosotros?

—Por más que me he disfrazado, tanto me conocen estos ladrones, que al fin me han descubierto.

—Lo siento, porque quizás hubiéramos sorprendido algunas confidencias.

—No crea, se cuidan mucho de eso: apenas si hablan en estas reuniones de otra cosa que de sus conquistas amorosas, reales ó imaginarias.

—Y dígame, si la policía intentase tomarlos presos ¿harían resistencia?

—Solo que estuviesen en la proporción de diez contra uno. En otro caso, escaparían, prefiriendo en toda ocasión propicia este procedimiento.

—Y el patrón ¿qué papel desempeñaría en esa emergencia?

—El de siempre, de encubridor.

—¿Ayudándolos á escapar?

—Eso ya está previsto por la construcción de las casas.

—Entonces....

—Ocultando las armas que aquellos tienen, y que pudieran comprometerles si caen en manos de la policía.

—De modo que....

—Vea, lo mejor es que en vez de explicaciones, le ofrezca la contemplación de una escena real.

Y diciendo esto se levantó del sitio que ocupaba, y asomándose á la puerta, sacó el pito que usan los empleados de policía, y tocó «ronda».

La escena que se sucedió en el interior del «café y confitería», es indescriptible.

Como movida por un resorte, toda la clientela abandonó sus asientos, y dando saltos, uno tras otro, fueron llegando al mostrador, y depositando en su interior, éste un *fogoso*, (revólver); aquel un *vaiven*, (cuchillo); el otro un *corte*, (cortafierro); el de más allá un *pique*, (llave-ganzúa); palanquetas, y cuanto instrumento emplean los lunfardos en sus trabajos.

Mientras el patrón les ayudaba á ocultarlos, afanosamente, los parroquianos iban escapando por la puerta que daba al interior del edificio.

Preferían esta vía para escapar, según comprobamos más tarde, porque, como generalmente los fondos de estas casas no tienen pared, sino cerco, les es más fácil salir y ocultarse, que si lo hicieran por la puerta principal.

Además, los agentes policiales acuden siempre al lugar donde ha sonado el pito, de modo que se expondrían, cuando huían á que los encontraran, si vinieran por el mismo camino.

Antes de producirse el desparramo, llamó nuestra atención un individuo que estaba sentado solo en un banco, mirando á los que jugaban.

—¿Y qué le parece á V. aquel personaje?—le preguntamos al funcionario policial.

—En esa posición en que se encuentra, parecé lo que es: un lunfardo, pero un lunfardo desgraciado.



—No lo crea: ese es un *scruchante*, aunque no de los *artilleros*, á quien lo pone V. en la puerta de la Penitenciaría, le indica el número de un cuadro cualquiera, y se va derecho á él.

Es un viejo parroquiano de la *quinta* (Penitenciaría).

—¿Y como estaba solo y sentado en una posición tan extraña?

—Es que había descubierto debajo de mi disfraz al empleado policial, y se estaba preparando para huir de los primeros.

Efectivamente: recordamos que fué aquel miembro de

la «ronda negra» el que desapareció más prontamente cuando se tocó ronda.

Nuestro *cicerone* sacó el reloj: eran las once de la noche, y en aquel cafetín antes tan bullicioso, no quedaba

más que el patrón, que con su habitual beatitud, esperaba á que nos retirásemos para echarle el cerrojo á la puerta.

Nadie diría que aquel hombre, al parecer tan bueno, era un encubridor de ladrones.

IX

UN ROBO AL NATURAL—COMO VENDEN Y CÓMO GUARDAN LOS OBJETOS ROBADOS

Regresábamos de nuestra excursión á los bodegones de la Boca, y nos disponíamos á interrogar al empleado policial que nos acompañaba sobre la organización y hazañas de la «ronda negra», cuando tropezamos con un comisario que nos invitó á que presenciáramos un robo que le había sido denunciado, y que debía efectuarse esa noche á las dos.

—Oportuna invitación,— le contestamos;— así aprovecharemos bien la noche.

Y nos pusimos en marcha hacia el lugar indicado, donde presenciábamos el hecho que vamos á narrar, y que dá una idea aproximada de la precaución de un *scruchante* antes de entrar á un domicilio.

Desde una casa vecina, en un lugar donde no podíamos ser vistos, y colocados desde temprano para que el campana no se apercibiera, observamos todo, sin perder un detalle de lo que se producía, complementándolo con los antecedentes del hecho que se nos suministraron.

Un individuo regularmente vestido y con el aire más despreocupado que puede imaginarse, penetró al negocio, dos noches antes, y pidió un objeto para averiguar su precio.

Lo examinó, manifestando que volvería por él en otro momento, si es que no lo encontraba más barato en alguna otra parte.

Saludó muy afectuosamente y se retiró.

A esta misma persona se le había visto pasar dos veces, momentos antes de que llegásemos nosotros: era el *campana*.

Había ido á la casa para ver si notaba algo extraño que le hiciera presumir que esperaban su visita, observando á la vez si en la calle había algún empleado de policía.

A las 2 de la mañana, dos individuos que venían con distinta dirección, se juntaron en la esquina, y cambiaron algunas palabras en voz baja: eran los *scrus-chantes*.

En seguida se separaron y uno de ellos le dice al otro, en alta voz:

—No faltes mañana al *trabajo*: mira que tenemos mucho que hacer.

Este era un medio de disimular su presencia, pues notaron que venían en dirección á ellos dos transeuntes, y se alejaban para hacerle creer que eran dos personas honestas.

Diez minutos después volvieron á encontrarse en la misma esquina.

Uno se aproximó á la ventana del negocio, donde sabía que dormía el dueño, y el otro sacó de la cintura una palanca, y oprimiendo una hoja de la puerta, la introdujo entre los dos batientes.

A poco dió un golpe, y la puerta abrióse: colocó en seguida la palanca en el albañal de la vereda, y se alejó.

El otro siguió escuchando en la ventana, para saber si el dueño de casa había sentido algo; pues de suceder así, debía levantarse, y como la cama estaba al lado de la ventana, tenía que oírlo forzosamente.

Trascurrieron cuatro minutos, y nada; todo estaba en silencio, y así lo hizo comprender al compañero, dejándose estar tranquilo, parado en la esquina.

El *campana*, en la cuadra próxima, observaba.

Los dos *scruchantes* entraron, y entornando la puerta, encendieron un fósforo, y luego una vela.

El *campana*, en ese momento, fué detenido por un empleado de policía que salió apresuradamente del interior de una casa.

Sin embargo, no fué tanta su sorpresa que no le permitiera discutir á gritos, para que se apercibieran los compañeros de su detención.

Era ya tarde: cuando salían huyendo, fueron tomados en la misma puerta, por la policía.

No llevaban armas, porque eran de la clase de los *scruschantes* que nunca las cargan, porque jamás piensan en matar.

Los ladrones fueron conducidos á la comisaría y nosotros entramos á la casa que intentaron robar. Es admirable la rapidez con que hablan procedido: en solo dos minutos que permanecieron dentro, habian revuelto media tienda.

En este caso, el *campana* dió fiasco, pues no habla cumplido con su deber delictuoso.

Si hubiera sido más experto, dedicando más tiempo á su vigilancia, habría visto los agentes que se estaban ocultando en la casa vecina y que sorprendieron á los ladrones.

Haciendo comentarios sobre el hecho que habíamos presenciado, continuamos nuestra marcha hacia el centro de la ciudad.

—Y díganos,—preguntamos á nuestro acompañante:—¿los lunfardos roban de todo lo que encuentran al paso ó se van directamente á donde saben que hay dinero?

—El *scruchante* prefiere siempre la moneda, pero falta de ese elemento; toma alhajas y objetos de oro y plata que representan valor, y en último caso, mercaderías ú objetos varios.

La preferencia por los billetes se explica razonablemente, por ser la adquisición de éstos el objeto primordial: además, una vez conseguidos y efectuado el repar-

to en la forma convenida, la operación queda ya terminada.

—¿Y cuando se trata de alhajas ú objetos, cómo hacen el reparto?

—Entonces la operación es más complicada.

La primera dificultad que se presenta es el sacarlos de la casa. Sabido es que una disposición policial prohíbe andar con bultos despues de las doce de la noche, sin prévio aviso; de modo que pueden ser detenidos por cualquier vigilante que encuentren en su camino.

Es necesario, entonces, esperar el dia adentro de la casa ó valerse de un carruaje para trasportarlos.

Para esto tienen que valerse de alguno de los cocheros que han pertenecido al oficio, y que desgraciadamente no faltan entre los que trabajan de *nocheros*.

La segunda dificultad estriba en buscarse comprador, mientras los tienen escondidos en lugar seguro.

Esta guarda es siempre un peligro, pues si se realizase el secuestro por la policía, no solo perderian lo que les ha costado robar, y que creen ya suyo, sinó ofrecerian una prueba irrecusable de culpabilidad.

—Y entonces ¿cómo se arreglan?

—La mayor parte de estos ladrones tienen sus conocidos, á quienes negocian los objetos robados.

Son estos un número de individuos de conciencia tan negra, que no les vá en zaga á la de los mismos ladrones, y pueden reputarse tan *lunfardos* como ellos, ó más, puesto que tienen la habilidad de robarles comprándales las alhajas por una quinta parte de lo que valen.

Tienen generalmente su pequeño crisol donde inmediatamente que han sido desmontadas las piedras, funden el metal; luego venden en plaza, por justo precio, el oro, y la plata al peso; y negocian las piedras preciosas por quilates.

—¿Y hay quien hace el negocio en gran escala?

—Existen entre estos compradores algunos que viajan al Brasil y á Europa, y otros que tienen su casa de co-

mercio en Buenos Aires con sucursal en el Rosario, Montevideo y el Brasil.

Estos no desmontan las alhajas, sino que emplean este otro procedimiento: lo que compran aquí lo venden en el Rosario ó el Brasil; así como en esta ciudad lo que se ha robado en aquellos puntos.

Esta clase de compradores, que poseen grandes capitales, solo adquieren robos de alhajas y de importancia, y dejan para la cantidad de casas de compra-venta que existen en la ciudad, los objetos y alhajas de poco valor.

—¿Y cómo se entienden para sus negocios?

—Estos individuos, que están relacionados con los ladrones de importancia, saben á veces con anticipación el día que van á traerle alhajas robadas, y esperan á los ladrones á la madrugada, de manera que de la casa saqueada van ya directamente al sitio donde deben guardarlas.

Entre esta clase de compradores hay algunos que fueron *scruschantes*, aquí ó en otra parte, y que retirados con algún capital, siguen sus malas inclinaciones en un terreno que les ofrece menos peligro.

Puede asegurarse que ellos ganan más del doble, en cada robo, de lo que queda á los mismos *scruschantes*.

Recuerdo que no hace mucho tiempo un collar de perlas avaluado en 7.000 nacionales, habia sido comprado en 300 pesos.

—Antes me habia dicho V. que las mujeres tenían su misión en estas compraventas ¿en que forma?

—Cuando el *scruschante* no está en relación directa con estos compradores, y tiene que llevar los objetos á ofrecerlos á las casas de compra-venta, le prestan las mujeres con quienes viven, importantes servicios.

Como ellos tienen muy especial cuidado de no andar con carga tan peligrosa, sus amantes son las encargadas de conducir los objetos robados,

—Y á propósito ¿qué medios emplean los lunfardos para esconder los objetos robados?

—Nada más curioso que la actividad que despliegan para guardar el dinero ó las alhajas en su cuerpo, ó en las ropas que llevan encima.

Registrar un ladrón es una de las operaciones más difíciles, y de que no cualquiera es capaz. Se necesita ser muy práctico y entendido.

Se toma un ladrón que se sabe que tiene dinero consigo, se le registra, y no se le encuentra nada.

Es mas, le consta al empleado policial que tiene encima un anillo de brillantes, pero no se le halla.

Y es que buscan ellos tantos sitios donde esconder, que cada dia los empleados de policia les encuentran uno nuevo.

Si nos pusiéramos á detallarlos uno por uno, tendríamos conversación para largo rato.

—Aunque la hora es algo avanzada, ¿quiere indicarme lo principal?

—Baste decir que para estar seguro de que un detenido no tiene ningún dinero ú objeto consigo, sería necesario descoser completamente todas sus ropas y el calzado; peinar el pelo; escarbar las muelas careadas y los mas pequeños pliegues de la carne, y luego suministrarle un purgante: son muhísimos los casos en que, habiéndose visto apurado un ladrón, se ha tragado un brillante ó un billete.

Y voy á contarle un caso de época reciente.

Un hábil *scruchante*, *schacador de otario* y *punguista*: es decir, de las tres armas, el inglés W.... había mandado construir un par de botines con los tacos huecos, y en ellos escondía el dinero.

Inútil era registrarlo, no se le encontraba nada consigo.

Sin embargo, al ponérsele en libertad, se le observaba viéndosele entrar á una tienda y comprar una camisa, y luego á un hotel, donde comía y pagaba.

Se le volvía á detener y á registrar, pero todo era inútil: el dinero no se le encontraba.

Por fin, una vez se le descubrieron los tacos huecos, y tenía allí unos brillantes de mucho valor y 500 nacionales en billetes grandes.

Otro caso curioso:

Hace tres años próximamente, un célebre vizconde en la actualidad, hoy establecido con montepío en la calle de Santa-Fé, cuando fué detenido y acusado de falsificación de barras de oro, se le registró y solo tenía 20 pesos y dos paquetes de cigarrillos, uno empezado y el otro intacto.

Se le quitó el dinero, dejándole los cigarros.

Una hora después le había dado á otro preso cuarenta nacionales para que los llevara á su destino, juntamente con una carta, así que saliera en libertad.

Conocido este hecho por los guardianes, se le registró nuevamente, ¿y donde supone usted que tenía 700 pesos?

En el paquete de cigarrillos, cada uno de los cuales contenía un billete, en vez de tabaco.

X

ROBANDO Á LOS LADRONES

El empleado policial que nos había acompañado en la excursión de esa noche por los lugares en que se reúnen los lufardos, presentándonos la oportunidad de que presenciáramos la realización de un robo, continuó sus consideraciones respecto á los hábitos de los delincuentes que habíamos observado.

—El lufardo,—nos dijo,—viviendo siempre en una atmósfera corrompida, pierde completamente todo principio de sana moral y concluye por persuadirse de que no está deshonrado.

Para ellos todos son ladrones y se creen mucho más dignos que la aristocracia del dinero, que se arrastra en

carruaje por Palermo, como ellos dicen aprovechando el juicio social respecto á determinadas personas.

Nosotros, dicen, nos exponemos á recibir un tiro; ellos, sin peligro ninguno, saquean los Bancos ó le roban el sudor al pobre.

—¿Y de esto se ocupan en sus reuniones?

—En las conversaciones íntimas, se cuentan sus robos como la cosa mas natural del mundo, y condenan la conducta de un compañero porque es haragán y perezoso para emprender campañas de latrocinio.

Esto lo dicen con tanta sinceridad, al parecer, y lástima, como podia hacerlo un buen padre, al quejarse de la falta de voluntad en un hijo para el estudio.

—¿Y son leales entre sí?

—Una sola cosa, para ellos, es digna de vergüenza: El ser *alcausil*, (agente de policia).

Lo dicen con arrogancia y orgullo: —«Soy ladrón, pero *alcausil* de policia, nunca».

—¿Y tratan mal á los delatores?

—Una vez presenciarnos esta escena.

Un comisario de policia habia tratado con mucha bondad á un *scruschante*, permitiéndole que se sentase á su lado en el despacho, deseoso de averiguar algo de su vida.

El *scruschante*, que habia interpretado las amabilidades del comisario como una prueba de simpatia y cariño hacia él, le dijo al retirarse con mucha lástima:

—«Deje el empleo que tiene, señor; la policia no es para una persona de sus buenas condiciones.»

—Indudablemente, él hubiera creído darle un puesto de más honor, convirtiéndolo en su jefe de gavilla.

—No tienen palabras, con que elogiar al compañero audaz, emprendedor y sin escrúpulos para cualquier empresa.

—¿Y ocultan á la policia sus antecedentes?

—Cuando un empleado de policia los interroga sobre sus medios de vida, si bien confiesan que han sido ladro-

nes,—pues las anotaciones de los libros policiales lo nrueban—agregan que ya han dejado de serlo, y que ahora viven de lo que le dan sus amantes.

—Es decir, compensan un deshonor con otro.

—Efectivamente, pero ese es su criterio.

Existe un número muy reducido,—la excepción que tiene siempre toda regla, deseosos de poderlo pasar bien con la policía, y cuando llegan á caer presos, denuncian al autor de un robo efectuado ó á efectuarse, para que se le tenga en cuenta este servicio y lo pongan en libertad.

De estos lunfardos *batidores* (delatores), han existido alguno ejemplares curiosos.

El conocido por Pastorini tenía fama de ser *batidor* de sus compañeros, al extremo de que estos frecuentemente lo abofeteaban.

Sin embargo, siempre continuaba lo mismo, hasta que una noche el ladrón conocido por el Entrerriano, lo asesinó.

—¿Acostumbran robarse entre sí los del gremio?

—Es casi general que los ladrones se roben entre ellos mismos, no tan solo despues del robo, al hacerse el reparto, sinó tambien hasta en el mismo momento en que están robando.

Sucede que tres de ellos han entrado al interior de una casa, y mientras uno revisa los muebles de una pieza, los otros lo hacen en las demás.

Si el que está solo encuentra una suma de dinero importante, se la esconde y no dice nada á sus compañeros, *rostreándolos*,—pues ellos llaman *rostrear* á esta acción.

Así es que generalmente, mientras están robando, unos vigilan á los otros.

Al día siguiente leen en los diarios las crónicas policiales, á lo que son muy afectos, y allí buscan la noticia para saber si el importe del robo de que ha dado cuenta el damnificado á la policía, consiste en lo mismo que ellos

han sacado. Cuando llega á haber diferencias importantes, se producen entre ellos reyertas que suelen terminar con alguna puñalada.

Si la policia encuentra al herido, jamás éste dice quien ha sido el heridor, por aquello de que la ropa sucia se debe lavar en casa.

Cuando nos ocupemos de la «ronda negra», le citaré un caso que confirma este juicio, y en el que aparece el que se considera jefe de esa gavilla.

XI

«LA RONDA NEGRA»

—Le había manifestado, prosiguió el funcionario policial, que la gavilla de «la ronda negra», que se compone de unas veinticinco á treinta personas, es la que mas trabaja en la actualidad.

—Tendrá una buena organizaci3n.

—Es realmente una de las más perfectas y temibles.

Aunque sus estatutos no están redactados, y menos impresos, se trata de una sociedad de protecci3n mútua con su jefe respectivo, y cuyos miembros emplean sus habilidades de acuerdo con los que tienen la direcci3n.

—¿Y en ningun caso se apartan de las instrucciones recibidas?

—Solo en aquellos no previstos, como son los trabajos que se originan por una circunstancia del momento.

—Entonces celebrarán reuniones frecuentes.

—Si: aunque viven en distintos lugares de la ciudad, acostumbran reunirse en los cafetines de la Boca, que hemos visitado; bien para entregarse á sus libaciones en honor de Baco, ó para jugar lo que han robado.

Y es claro, entre copa y copa, y truco y retruco, reciben informes de los *campanas*, y combinan los pla-

nes que deben realizarse; dando para ello las debidas instrucciones, según el papel que á cada uno se asigna en el trabajo.

—¿De modo que tendrán variedad de conocimientos los que forman en «la ronda negra»?

—Es decir, en esta gavilla figuran *scruschantes artilleros*, *scruschantes de cajas de fierro*, *scruschantes de descuido* y todos sus complementos, como tambien algunas *biabistas*; así que cuentan con todas las especialidades para el *scrucho*, de cualquier importancia que sea.

—¿Y cómo ejercitan sus planes?

—Reunidos los que deben tomar parte en un *trabajo* —nunca todos los de la gavilla, ni siempre en el mismo paraje, para no llamar la atención de la policía,—se distribuyen las funciones que cada uno tiene que desempeñar.

Generalmente los *biabistas* y *scruschantes* de descuido y de madrugada, que emplean sus habilidades en circunstancias imprevistas, proceden con cierta independencia; correspondiendo á los *scruschantes* de orden superior la ejecución de los planes de mayor importancia y que exigen procedimientos mas metódicos y cautelosos.

Así, en las primeras horas de la mañana, se ve que aquellos, los *biabistas* y los de *descuido*, abandonan los cafetines, en grupos de dos ó tres, dirigiéndose al centro de la ciudad ó á los muelles, donde llevan á cabo sus atentados.

Se ocupan de raterias, se conforman con poco, y se exponen lo menos posible.

Aprovechan el que las sirvientas salgan de mañana para ir al mercado, á fin de dar sus golpes con eficacia.

Como aquellas tienen costumbre de salir dejando la puerta abierta, ó cerrada solamente con el picaporte, los ladrones aprovechan estas circunstancias para introducirse en las casas y llevarse los objetos que encuentran á mano.

Rara vez producen fractura para conseguir esto, y prefieren abandonar la campaña, si por casualidad se despierta alguno de la casa, á exponerse á cualquier peligro, por insignificante que sea.

Estos *scruchantes*, llamados por esta razón *de descuido y de madrugada*, se van tambien de mañana á los mercados, que es el teatro donde despliegan generalmente sus habilidades de tenorios, más que por el amor que la mujer inspira al sexo fuerte, por el amor al arte lunfardo.

Allí, armonizando sus sensuales amatorias con los intereses de que le conviene apoderarse, adquieren los datos que le son necesarios respecto á las casas en que aquellas están, las facilidades que ofrecería un robo, los recursos de la familia, etc., etc.

Como generalmente acaban por convertir á las sirvientas en sus amantes, excuso decirle que por este medio los ladrones se hallan al corriente de lo que ocurre en gran parte de las casas de Buenos Aires; y cuando han conseguido datos para un robo de importancia, de una *burra* (caja de fierro), por ejemplo, lo avisan á aquellos de la gavilla que son capaces de realizarlo.

—Y los *scruschantes* de orden superior ¿cómo trabajan?

—Estos, cuando el *campana* ó el *entregador* les avisa que todo está listo para dar el golpe, se ponen de acuerdo en el día y hora que han de penetrar á la casa, y se reúnen en ella con una exactitud admirable.

Generalmente van de á uno para no despertar sospechas á la policia, ni á los transeuntes que pudiera llamarles la atención el ver entrar á una casa á un grupo de individuos á altas horas de la noche.

—¿Y en «la ronda negra» existen personajes famosos en el mundo lunfardo?

—Los hay que tienen nombre, dentro y fuera del país.

Vea, no más,—dijo leyéndonos una carta, la correspondencia de uno de los de la sociedad.

Es una hermana quien le escribe, y le dice:

«Dices que dentro de cuatro ó cinco meses estarás en Génova; puedes imaginarte nuestra alegría; pero has de saber que aquí en Génova han mandado á todos á la isla. El blanco, el vecino de la casa á quien conoces, fué á Nervi á ver al hermano de aquel que estaba contigo; pero no lo encontró porque, ya lo habían expedido. Mira, pues, bien, hermano carísimo, lo que haces; por que si vienes á Génova, *te mandanno subito*. Haz como mejor te parezca. Estaríamos contentos de verte; pero el tiempo pasa y si quedas allí algunos años, podrás volver y estar libre.»

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no se ha hecho aquí ladron el destinatario de la epístola, sino que ya vino con la enseñanza. Esa isla á que alude la carta, es la prisión; y todos los datos que facilita, se relacionan con atentados criminales.

—Por eso es que le aconseja que no vaya ahora á Génova.

—Es claro, dejando pasar mucho tiempo, es fácil que no se acuerden de él, mientras que en estos momentos caería en manos de la policia.

Esto prueba lo que le tengo manifestado respecto al gran número de criminales que nos envian los paises europeos.

Por lo demás, la «ronda negra» tiene actualmente en calidad de pensionistas de la Penitenciaría á Alberto Costa, Clemente Ferrazzio, Rizzi, Ayaflin y otros que no recuerdo; mientras que despliegan afuera sus habilidades el *Abisinio*, el *Vara*, el *Boyo*, *Asparicio*, el *Velo*, *Parravecino* y tantos otros que llevan en abundancia los nombres que sacan de su original almanaque, y con que figuran en las galerias policiales.

—Asi que es gente que sabe aprovechar el tiempo.

—Más de lo que conviene á la propiedad.

—¿No le seria fácil contarme alguna de las fechorias de «la ronda negra?»

—Lo haré en seguida.

Muchos de los miembros de esta gavilla —continuó el funcionario policial,—se distinguen generalmente, porque llevan un sombrero muy parecido á los que se conocen por el nombre de calañés, con las alas vueltas hácia arriba.

Circulan por toda la ciudad, juegan en los bodegones de la Boca, ó por otros parajes, según las persecuciones de la policia, y tienen por teatro de sus diversiones, — que son unas bacanalas escandalosas, las islas que rodean la entrada del puerto, y el cuartel 7º de Barracas al Sud, limítrofe con el Riachuelo.

Allí se reunen cuando andan con *vento* (dinero), hombres y mujeres, que se pasan los días en bailes y borracheras, que terminan frecuentemente en peleas.

—¿Por efecto del alcohol simplemente, ó recelosos de la fidelidad de sus amantes?

—Por lo uno y por lo otro, aunque principalmente por el *rostrazo*.

—¿Y que es eso?

—*Rostrear* llaman en el caló lunfardo el hecho de ocultar á los socios ó cómplices una parte del dinero ú objetos robados; de modo que al hacer el reparto proporcional entre los que han actuado en el hecho, se haga práctico aquello de que

«El que parte y reparte
y al repartir tiene tino,
siempre deja de *contino*
para sí la mejor parte.»

Así, cuando á alguno, que suele ser siempre un novicio, *le dan el rostro*, se defiende con el puñal.

Si es de los que saben manejar esa arma, por su coraje y pericia se impone al adversario, sin que se produzca derramamiento de sangre; pero en caso contrario, hay que anotar un herido por lo menos, cuando no un muerto.

Así, en esos sitios, donde los lunfardos acostumbran á

repartir el producto de sus hazañas, y se roban á su vez entre sí, es frecuente que la policia tenga que intervenir en sus reuniones, deteniendo á los que no han tenido la habilidad suficiente para ocultarse á tiempo.

—¿Por supuesto, que serán los directores quienes dan el *rostrazo*?

—No siempre: algunas veces lo da el más infeliz de la gavilla, y otras el jefe. Ejemplo: el *Tuerto Pessano*, á quien se da como jefe de la «ronda negra», fué encontrado herido en el bosque de Palermo, y por más que se le exigió que declarase quien lo había atacado, negóse á hacerlo, alegando que no conocía á su victimario.

Esto, tratándose de un hombre de sus condiciones, es increíble; y sin embargo, jamás hizo una acusación contra nadie.

En el mundo lunfardo, donde este hecho fué objeto de variados comentarios, se decía que él no era ajeno á un *rostrazo*, aunque ninguno indicó quien pudiera ser el autor de las heridas.

—De modo que tiene sus límites la armonía entre los ladrones.

—Y bien limitada que es. Usted verá:

Poco despues de producido aquel hecho, *Pessano* fué acusado de haber dado muerte al *Gena*, un miembro de su gavilla, á quien anteriormente dieran el *rostro*.

Los lunfardos, en sus conversaciones íntimas, relacionaban un crimen con otro, pero, encerrado aquel en la Penitenciaría, no logró, sin embargo, probarsele el hecho.

Los llamados á declarar no le inculparon, probablemente porque conocen las agallas del hombre, y saben que el cuero peligraría cuando abandonase la prisión.

Esto le probará que los ladrones se ocultan los daños que se causan entre ellos, al extremo de no declarar quien ha atentado contra su vida.

—Es la solidaridad de intereses.

—Y también el miedo á la justicia, que encontraría

frecuentemente el hilo para esclarecer sus fechorías, en los crímenes que se desarrollan entre ellos mismos.

—¿Y los objetos robados por la «ronda negra», qué destino tienen después de hecho el reparto?

—Según la clase: en los que pueden servir de indicio para descubrir el hecho, desmontan las piedras y funden el oro cuando no exportan las alhajas á Montevideo ó al Brasil.

—¿Y los demás?

—Generalmente los llevan á un conventillo de la calle 129, donde vive una vieja escuálida, sucia y repugnante, conocida entre ellos por el nombre de la *Lastrasera*.

Esta mujer, que vive miserablemente, y á quien al verla nadie la juzgaría poseedora ni de cincuenta centavos, hace, sin embargo, negocios por valor de seis y siete mil pesos.

En los cambalaches ó casas de compra-venta, se esconden también muchos robos.

—¿Y la justicia no los persigue?

—Hace todo lo que puede, pero resulta impotente.

Las casas de empeño ó cambalaches,—muchas de las cuales no son otra cosa que agencias de robo donde se explota al público y se encubre el producto de los atentados á la propiedad ajena,—están favorecidas por las leyes; son casas de comercio que pagan patente y funcionan legalmente, y los empleados de policía no pueden penetrar en ellas sin exponerse á que un juez ó una Cámara de justicia les imponga un correctivo.

—Recuerdo que algo de esto ha dicho la prensa.

—Sí; pero sus reclamos se han perdido en el vacío, como se han esterilizado otras iniciativas tendentes á combatir estos hechos y las que han tenido origen en la misma repartición policial.

—¿Y á qué obedece que la «ronda negra» se reconcentra generalmente en la Boca? ¿Es que allí no se les persigue como en el resto de la ciudad?

—Nada de eso: es que en esos lugares pueden operar

más impunemente, debido á que no existe policia marítima, y á que hay una confusión tal de jurisdicciones, que todos temen ultrapasarse la suya.

Allí hay policia de la capital, de la provincia de Buenos Aires, marítima y aduanera, y precisamente por esa abundancia es que los ladrones maniobran con más garantías.

Están en el cuartel 7º de Barracas y cuando allí los persiguen, pasan de aquellas islas á la Boca, atraviesan nuevamente el riacho cuando la policia va á tomarlos, ó viajan en canoas por entre las islas: en una palabra, yendo y viniendo, pasan de una á otra jurisdicción, y escapan de la acción de la justicia.

Los empleados de estas reparticiones temen que si penetran en territorio cuya vigilancia está encomendada á otra policia, se produzcan reclamaciones y protestas,—como ya ha sucedido, y por eso es que los de la «ronda negra», aprovechando la anarquía que produce entre los empleados esa abundancia de jurisdicciones en aquellos lugares, los toman para teatro de sus hazañas.

Además, muchos de los que componen «la ronda negra» han sido antes estivadores; de modo que conocen perfectamente el mecanismo interno de los buques, la vigilancia que se ejerce en ellos, adentro y desde tierra, y hasta los momentos más oportunos para *trabajar* sin peligro.

—Entonces ¿son ellos los autores de los asaltos á las naves, denunciados en diversas épocas, y en muchos de los cuales no se ha podido comprobar quiénes los llevaron á cabo?

—Los mismos. A la vez que unos roban en tierra, los «lobos de mar», hacen presa en las embarcaciones fondeadas en el Riachuelo y sus inmediaciones.

—De modo que son unos verdaderos piratas?

—Con la ventaja para ellos, sobre los de otras épocas, de que se exponen menos y sacan el mismo provecho.

Aquí ni hay buques que persigan á los piratas, ni siquiera policía marítima que defienda eficazmente de sus piraterías á las naves fondeadas en el puerto.

—¿Y los ladrones penetran en ellas?

—Sí señor.

—Pero se necesita que sean muy audaces para que se atrevan á realizar esos atentados.

—Ahora los conocerá V. por la relación que voy á hacerle de algunos de los asaltos que se han producido en los últimos tiempos.

—La «ronda negra», con el conocimiento que tiene su personal marítimo de lo que es nuestro puerto,— prosiguió nuestro *cicerone*, realiza atentados lo mismo en tierra que á bordo de las naves.

Cuando alguno de sus tripulantes regresa á bordo, á una hora avanzada de la noche, los *biabistas* lo asaltan, robándole el dinero que lleva.

Emplean para ello el puñal, bien como medio de intimidar al asaltado, ó produciéndole heridas ó la muerte, si las circunstancias lo exigen.

—Y en el agua ¿cómo se manejan?

—Se van deslizano suavemente hasta que llegan á donde están los botes; desamarran estos, y penetran en grupo en los buques que guardan mercaderías. Ya en ellos son varios los procedimientos que emplean; habiendo llegado al extremo de robarse todo un cargamento.

—Pero cómo es posible eso?

—Ahora verá Vd. El pailebot «La Argentina» se hallaba fondeado cerca de la Vuelta de Rocha, cuando de pronto el vigia notó que se acercaba un bote tripulado por seis hombres.

Tan prácticos eran los que lo dirigían que antes de que el guardian pudiera dar aviso á la tripulación, se encontró amordazado.

Los asaltantes lo ataron al palo trinquete, descendieron á la cámara, y después de aprisionar á los que allí

se encontraban, se entregaron al saqueo del buque, que realizaron por completo, y sin que nadie les molestara.

—¿Y no fueron reducidos á prisión?

—Pertenece este hecho al número de los asaltos marítimos que no han sido descubiertos.

—De modo que los piratas se llevaron tranquilamente las mercaderías, sin que nunca fueran molestados?

—Y los tripulantes se quedaron allí atados á los palos, viendo cómo se alejaban las mercaderías que tenían á su custodia.

—Bonita situación!

—Pero hay otros hechos de la «ronda negra» que revelan más audacia y habilidad.

A las diez de la mañana,—á fin de demostrar que no precisan de las sombras de la noche para envolver sus asaltos, tres hombres penetraron en la barca «Orión», fondeada en la Boca del Riachuelo, substrajeron los objetos de valor que en el buque encontraron, y acabaron por llevarse sesenta bolsas de trigo.

—¿Y cómo es que no fueron sorprendidos?

—Es que los *campanas* de la «ronda negra», habían averiguado que á esa hora la tripulación almorzaba en tierra, de modo que la oportunidad no podía ser mejor.

—¿Y no fueron tampoco tomados esos ladrones?

—No señor; ni tampoco lo han sido los que robaron el petróleo que tenía la barca «Fulminante», fondeada en puerto Campana; ni los que se llevaron hasta la ropa de los tripulantes de la barca «Isabelita» en el riacho de San Fernando; ni.....

—Pero supongo que esos hechos ya no se producirán.

—Así debía ser; pero sucede lo contrario.

No hace todavía dos meses, «la ronda negra» hizo presa una noche en el ponton «Pascual Caesío», fondeado en el Riachuelo, hiriendo por la espalda al vigía

y desapareciendo después, para no ser descubiertos hasta ahora.

—¿Y la justicia no toma parte en estos atentados?

—Si, pero llega tarde: si no existieran las causas que ya he apuntado, su acción sería eficaz.

Es la policia marítima la que debe prevenir y estorbar la realización de esos asaltos.

—En verdad, así se explica el desarrollo que ha tomado «la ronda negra».

—Como cuenta con la impunidad, no se detiene en sus avances, y cada día se ve como aumenta sus filas con nuevos elementos.

—Así que en el agua todos sus *trabajos* son de piratería, asaltos á mano armada.

—También roban sin emplear la violencia, pues para eso la sociedad tiene en su seno elementos apropiados para todo.

Quando los buques de ultramar se disponen á salir, los de «la ronda», se embarcan, pretextando que van á despedir á los viajeros, é introduciéndose en los camarotes, se apoderan de los objetos que en ellos encuentran.

—Y la policia, ¿qué hace?

—Vigila mucho esos lugares, pero como cada día se incorporan á esta gavilla miembros desconocidos, le es difícil impedir que los lunfardos se acerquen á los buques.

—Alarma, en verdad, la situación en que se encuentra Buenos Aires con tanta abundancia de ladrones.

—Y tan expertos que son estos, y tan deficientes nuestras leyes para combatirlos.

Realizan un atentado, cumplen su condena, y despues se les pone en libertad, á fin de que vuelvan á su antigua ocupación.

En la cárcel, lejos de morigerarse, generalmente se hacen más bandidos que lo que eran: la compañía de

los malos convierte muchas veces á los que aún no habían avanzado mucho en la carrera del crimen.

—¿Y qué medio habría para combatir con éxito esta plaga?

—Eso está fuera de nuestro programa de excursión por el mundo lunfardo; pero creo que sería oportuno el aumento de la policía marítima para combatir las piraterías, deslindando debidamente las atribuciones de los empleados que vigilan el puerto y sus cercanías.

Se impone como medio eficaz para que «la ronda negra» no haga tantos estragos.

—¿Y para los ladrones en general?

—Una reforma de los códigos, por la que la pena de destierro venga aparejada con la que actualmente se impone á los que atentan contra la propiedad ajena.

—No me disgusta el programa.

—Y usted verá en las observaciones que haremos en lo sucesivo, como se confirma la bondad de este procedimiento.

XIV

EL CAMPANA

—¿Y qué opinión tiene usted formada sobre la importancia del *campana* en la realización de los robos?

—Bien puede decirse que él es la válvula de seguridad del *scruschante*: desempeña un papel de primer orden en la sociedad lunfarda.

El *campana* tiene que ser un hombre despierto, activo y no escaso de inteligencia.

Debe conocer mucho los empleados de policía, y no ser á su vez conocido.

—En todos los robos interviene este elemento?

—Puede asegurarse que no se lleva á cabo un hecho de esa naturaleza en que no haya sido necesario *cam-*

panear, sin exceptuarse ni los casos en que está de por medio un *entregador* (el que entrega los secretos de una casa).

—¿Y como se desempeña aquél?

—El *campana* debe darse maña para saber á que hora salen y entran los dueños de una casa; si la puerta se cierra con pasadores ó únicamente con llave; si queda sola y á qué hora; si duerme ó no gente adentro, etc. etc. En este caso, si son hombres ó mujeres, el momento en que se recogen, y en qué habitación.

Es necesario tambien observar el movimiento exterior: donde hace su parada el vigilante, si es posible distraerlo, y sobre todo si se nota aumento de vigilancia que dé á sospechar que la autoridad tiene noticia del golpe que se prepara, para en ese caso abandonar la empresa y no caer tontamente en una *ratonera*. (Llámase así el paraje de que se apodera con anticipación la policia, sabiendo que van á concurrir ladrones, á fin de aprehenderlos así que se presenten.)

En los robos, una vez que aquellos están en el interior de la casa, el papel del *campana* es más necesario: ha de tener el mayor cuidado en su espionaje, pues una imprudencia de su parte puede conducir á sus compañeros á la *quinta*, (Penitenciaria).

Un *esparo* (señal convenida) del *campana*, debe advertir á sus cómplices si entra alguna persona, ó si hay *estrilo* (desconfianza por parte de la policia); como tambien cuando sea el momento de salir á la calle.

Sería una imprudencia peligrosísima hacerlo en el mismo momento en que el oficial de servicio estuviera en la esquina ó pasase el vigilante por la puerta.

Este es el rol de ese personaje lunfardo, el menos expuesto de todos, pues casi siempre está á las maduras y raras veces á las duras.

Al *campana* es frecuente verlo en compañía de individuos de antecedentes poco honorables, frecuentando los parajes donde se reunen *scruschantes*.

Viste unas veces elegantemente y otras de jornalero, y sus medios de vida son siempre un misterio: rara vez se le conoce ocupación.

No es difícil encontrar algunos que mantienen relaciones con mujeres de vida airada, á quienes enseñan á que diga que ellas los mantienen; tratando de justificar así sus medios de vida ante la justicia.

—¿Y es cierto que hay menores que se desempeñan como *campanas*?

—Los *scruschantes* suelen aprovechar con frecuencia para *campana* á muchachos de 14 á 17 años, de esos vagos que la policía recoge de las calles, sin padres ni guardadores, y que el defensor de menores remite después á la Penitenciaría por no haber otro paraje donde tenerlos.

Es allí, en aquella promiscuidad, en que los zonzos se avivan y los vivos se hacen pillos, donde aprenden lo necesario para desempeñar ese rol, vinculándose con ladrones que más tarde los aprovechan.

Se encuentran entre estos menores algunos tan astutos y tan impasibles delante de la justicia, que solo el pensar lo que pueden llegar á hacer más tarde, atemoriza á los mismos funcionarios que están acostumbrados á tratar con grandes delincentes.

—¿Recuerda de algunos de estos tipos?

—No hace mucho tiempo vimos en una comisaría á *Pevete*, muchacho que, aunque de 14 años, no los representaba, y á quien le secuestraron una carta de recomendación dirigida por un ladrón á otro, á fin de que le diera *trabajo*.

En ella le decía más ó menos, lo siguiente:

«Te lo recomiendo porque lo he tenido á prueba: es «chico, pero vale más que un grande. No sabe lo que es «tener *tata* y es de los que no *cantan*».

No saber lo que es tener *tata*, dá á entender que no era de los que se corren con la rienda, como dicen los paisanos; y lo de que no *canta*, en el caló lunfardo

significa que no es capaz de descubrir á sus cómplices.

—Supongo que se persiguirá activamente á esos menores entregados al vicio.

—Con todo empeño por parte de la policía; pero con poca eficacia en los resultados.

La legislación es muy deficiente, y los menores no tienen de parte del Estado una ley sabia y protectora que los ponga á cubierto de toda influencia perniciosa.

En su origen es cuando el mal debe combatirse; después ya se hace más difícil.

—Tienè razón.

—Volviendo al *campana*, le diré que cuando se trata de grandes robos, aquel sigue á la victima por donde quiera que va, en tanto que el hecho se realiza.

Como en estos casos él viste con una elegancia insospechable, jamás se descubre esa vigilancia á que están sometidas las personas.

—¿Y qué objeto tiene el seguirlas?

—Cuando ciertos ladrones han penetrado en una casa, es porque están seguros de que el dueño ha salido; pero como pudiera ser que volviese antes de la hora que acostumbra, el *campana* le sigue.

El rol del *campaua* es tan necesario, que aún existiendo *entregador* del robo, él tiene funciones importantes que desempeñar.

—Y en el caso de que observe que el patrón regresa, ¿escapa?

—Escapa, si, pero en dirección de la casa robada, á fin de dar aviso á los camaradas que están dentro, evitando así que los tomen *infraganti*.

Por eso es que en los grandes robos, rara vez son tomados los autores en el lugar del suceso. Más tarde es cuando se descubre todo.

—¿Y crèe V. que aquel á quien sigue un *campana* no puede darse cuenta de esto?

—Solo aquellos que conocen la táctica que siguen los

principales pesquisantes europeos cuando hacen el espionaje de una persona.

—¿Y en qué consiste?

—En proceder contrariamente á lo que hace el vulgo.

Marchan delante de la víctima, volviendo la cabeza á cada rato para ver si continúa su camino. Así difícilmente puede sospechar aquella de la vigilancia á que está sometida.

—¿Y estos trabajos de los *campanas* suelen ocasionar dificultades en que pongan en peligro su existencia?

—Nada de eso: á lo sumo, los toman presos; pero como ellos no entran á las casas, ni usan tampoco herramientas sospechosas, no tardan en ser puestos en libertad.

Más que á la tragedia dan origen á que se produzcan escenas de un carácter verdaderamente cómico.

Sucede frecuentemente que el *campana* colocado en una esquina para observar el movimiento de la casa que debe ser robada, vé que otra persona se pasea por esa cuadra, ó se coloca en la esquina inmediata.

Algunas veces da la coincidencia de que dirige sus miradas al mismo edificio, llegando en otras á hacer señas cuando cruza por delante de la puerta ó la ventana.

Todo esto intriga al *campana*, llevándole á formar el juicio de que la policía está en conocimiento del robo que vá á realizarse y prepara una *ratonera*, á fin de tomar presos á los lunfardos.

Aquel otro que se pasea y vigila, pasa á ser, en el concepto del *campana*, un pesquisante de policía, y lo mejor es poner tierra de por medio.

Y abandonando entonces su guardia, el espía lunfardo se traslada á donde están los compañeros que deben tomar parte en el robo, y les dá aviso de lo que sucede.

La idea de que han sido *batidos* (delatados á la policía), se forma enseguida en los camaradas, y resuelven abandonar una campaña que ofrece el peligro de que los tomen presos.

Sin embargo, el *campana*, que por la misión que tiene llega á adquirir cierta suspicacia, no se resigna á creer en la denuncia, y menos á renunciar así á su trabajo de inspección durante algunos días.

—¿Y qué hace entónces?

—Mientras los *scruchantes* se quedan haciendo cálculos sobre el lunfardo que pueda haberlos delatado, y preparándose á hacer venganza contra aquel de cuya fidelidad tienen dudas, el *campana* se vuelve por la calle donde está el edificio que antes vigilara.

Disimuladamente avanza hasta la esquina inmediata, para de allí observar el movimiento que hay en esa cuadra, siendo común que encuentre parado al mismo individuo que antes se dejara.

Pero el *campana* es atrevido y como no lleva encima ninguna prueba de su delito, avanza en dirección al sitio en que está el pesquisante policial.

—¿Y no teme que éste lo tome preso?

—¡Qué va á ponerlo preso! El individuo á quien se había tomado por pesquisante, no era otra cosa que un enamorado galán que «pelaba la pava» con la dueña de casa,—una señora de fidelidad poco recomendable, ó una niña que no se recomienda por sus escrúpulos amatorios.

—De modo que...

—Estaban cambiados los papeles: el *campana* que debió actuar en un robo, había sido defraudado en sus esperanzas y en su trabajo; resultando así, lo que parece anómalo: un ladrón robado.

—En cambio el dueño de casa se había salvado de que lo robaran, debido á aquellos amoríos.

—Hasta por ahí: el *campana* es ave de mal agüero.

—¿Y en este caso?

—También. Solamente que se modifica el objetivo del atentado á la propiedad ajena; pero la víctima es siempre la misma.

—¿De qué modo?

—El galán, creyendo habérselas con un rival en el

campana, apresura sus soluciones, para asegurarse de que no le quitarán la presa.

Y entonces el dueño de casa se queda con su dinero y alhajas, pero es afectado en su honor, cuando no acaban por robarle las personas que son objeto de su cariño.

Y así el robo queda consumado y se confirmase como el *campana* es ave de mal agüero.

XV

LOS ENTREGADORES DE ROBO

—En nuestras conversaciones ha hablado usted,—dijimos á nuestro *cicerone*, de los entregadores de robo que tienen los *scruschantes*, dándoles un papel de importancia en los trabajos de los lunfardos.

—Efectivamente, su acción es efficacísima para el éxito de aquellos.

El entregador del *scruschante* es un tipo que generalmente se inicia en el oficio, y muchas veces el actual ó ex-mucamo de una casa á quien la fatalidad, tal vez, lo ha puesto en relaciones con un ladrón.

Sus vinculaciones no son conocidas de la policía, y goza de completa libertad para transitar, sin ser molestado y puede rozarse con la gente honrada.

El sabe que en la casa del señor X existe una caja de fierro que guarda valores; que aquella se encuentra en la pieza que determina, y que inmediata á ella no duerme ninguna persona.

Conoce la puerta que está en mejores condiciones para ser violentada, por ésta ó aquella razón; las habitaciones por donde hay que cruzar, etc, etc.

El entregador sabe estas cosas porque, como decimos está ó estuvo colocado en la casa, es el novio de una de las sirvientas, ó ha escuchado las conversaciones de éstas desde la trastienda del almacén de la esquina.

Generalmente el entregador desempeña más tarde el

papel de *campana*, y concluye por convertirse en *scruschante*.

Sucede con muchísima frecuencia, que cuadrillas que vienen ya organizadas del extranjero, tienen entre ellos un individuo ó matrimonio que se desempeña como mucamos á las mil maravillas.

Estos individuos tratan de conocer las casas cuyos propietarios tienen fortuna, y se colocan quince días en cada una, hasta haber conocido perfectamente las costumbres de los moradores de un número de aquellas.

Después eligen las que mejor les convenga robar, si no tienen la suerte de encontrar una de esas familias esencialmente confiadas que se ausentan de la casa dejándola al cuidado de esos nuevos sirvientes.

En ese caso aprovechan la oportunidad y desaparecen luego que se han llevado los objetos de mayor valor y más de su agrado.

Cuántas veces una familia está encantada del mucamo por sus buenos servicios y sus modales humildísimos, sin imaginarse ni remotamente que más que mucamo, es un hábil constructor de llaves ganzúas, para las que ha tomado ya el molde de todas las de la casa, incluso la de la caja de hierro.

Pasado un mes del día en que se retira por estar enfermo, — con todo sentimiento por parte de sus patrones, vuelve una noche acompañado de los demás de la cuadrilla, y da el golpe que había preparado.

Un caso análogo á este, y para referirnos á hechos recientes, tenemos en lo ocurrido á la familia de Martínez de Hoz.

Uno de sus mejores sirvientes, aún cuando solo permaneció en la casa un mes, fué el *entregador* de la cuadrilla de los hermanos Silvani, que efectuó el robo, y la que se encuentra hoy en la Penitenciaría cumpliendo seis años de condena.

Lo más curioso que ocurre en estos casos es que cuando la policía se presenta en la casa robada y pide infor-

mes sobre los sirvientes que han estado en la casa, de todos se acuerdan menos del verdadero culpable.

Esta gente acostumbra portarse tan bien, que generalmente se lamenta su ausencia, y es que son tan hábiles que nunca dejan traslucir ni la más mínima sospecha.

—De modo que los patrones son los últimos que se dan cuenta de que sus sirvientes son los que preparan los robos?

—Efectivamente. Y esto llega á tal punto, que muchas veces un sirviente es reducido á prisión por que ha herido en pelea á otra persona, y mientras el patrón gestiona su libertad, aquel dirige el robo de su casa desde la carcel.

Otros, que son verdaderos mucamos, se convierten en las prisiones, cuando son llevados á consecuencia de algún incidente personal, en *entregadores* de robo.

Los ladrones de profesión con quienes hacen vida común, empiezan á averiguarle sobre su vida pasada; y cuando saben que ha servido en una casa, exploran sobre las condiciones de la familia, adquiriendo cuanto dato les conviene conocer, á fin de realizar el robo sin peligro.

Y unas veces inconscientemente, y otras porque les hacen entrar en el negocio, dándole una participación en las ganancias, las personas que tenemos á nuestro servicio suelen ser las que nos entregan á los ladrones.

Cuando se trata de *entregadores* de profesión, aquellos respetan los compromisos establecidos sobre el reparto de las ganancias; pero si son individuos que sirven por primera vez y por ocasión, á los lunfardos, lo común es que le den *el rostro*; esto es, que no le entreguen la parte del robo que le han prometido.

Y como sucede que el sirviente tiene cierta afección por la familia que vendió, dominado generalmente por sus ambiciones, y teme además la persecución de ésta, no da paso alguno en el sentido de que le cumplan las promesas, y queda burlado después de convertirse en delinciente.

—¿Y aparte de estos individuos de poca educación, no existen otros *entregadores*?

—En general el que desempeña este papel conoce un oficio que le habilita para introducirse en las casas, ya sean particulares ó de comercio; pero sucede que hay también *entregadores* de ocasión, sin oficio conocido, ó que hacen una vida que no da lugar á que se sospeche de su conducta.

Estos son los *entregadores* de *schacador* de *otarios* y de *punguistas*.

Personas que tienen amistad con individuos tontos, se aprovechan de aquella para hacerlos robar; recibiendo de los *lunfardos* el premio de la entrega.

Ellos mismos le aconsejan que saque el dinero que tiene en un Banco, á pretexto de que va á quebrar, por ejemplo, y como saben el día y la hora en que ha de realizarlo, dan aviso á los *schacadores de otario*, que se acercan á la víctima para hacerle el cuento, cuando saben que lleva el dinero, resultando estafado por uno de los tantos procedimientos que aquellos emplean.

Otros, también *entregadores* de ocasión, están empleados en casas de comercio, y hacen la entrega de ellas para que sean robadas, recibiendo una parte igual á la que se asignan los que realizan el atentado.

—Por supuesto que estos serán insospechables para la policía?

—Tan insospechables como son ciertas personas que recibimos de visita en nuestra casa, y á quien tratamos con mucha consideración, sin que se nos ocurra que puedan estar observando lo que en ella se hace á fin de suministrar datos á los *lunfardos*.

XVI

EL TRABAJO DEL SCRUSCHANTE

—¿Y los *scruschantes* precisan mucho tiempo para preparar sus robos?—preguntamos á nuestro *cicerone*?

—Según el caso. Cuando ha de ser bien ejecutado, con buen número de probabilidades de éxito á su favor, la obra suele ser lenta y laboriosa.

Es necesario estudiar la casa, desde la puerta de calle hasta el fondo.

¿Por dónde es más fácil la entrada?—He ahí la primera dificultad que es necesario vencer.

¿Existe al lado una casa en construcción?—Es ésta una oportunidad que les favorece, y que debe aprovecharse.

En este caso, munidos de una sogá para descolgarse, en previsión de no encontrar escalera, se introducen en la obra poco después que los albañiles se han retirado.

¿Linda la casa con algún conventillo?—La suerte también aquí los favorece.

Sabido es que en esta clase de casas no cierran nunca la puerta de calle, y la ordenanza municipal que obliga á tener portero, es casi letra muerta.

Entonces, á cualquier hora de la noche, tienen franqueado el paso á las azoteas.

—Y si nada de esto es posible, y la entrada por la puerta de calle de la misma casa es indispensable?

—Se construye la llave *falsa* ó *ganzúa*.

El más perito es encargado de la operación, que ya le explicaré cómo se hace, al ocuparnos del constructor de ganzúas.

Este trabajo dura muchas veces dos y tres días, pues ocurre que la llave no gira por algún pequeño defecto,

que es necesario subsanar con suaves golpes de lima.

—Y salvado esto, ¿siempre queda la entrada franca?

—Ocurre que si duerme gente en el interior de la casa, á más de la llave echan los pasadores. La ganzúa entonces no basta: hay que sacar el tablero inferior de la puerta, valiéndose al efecto de un cortante formon.

Antes ponen en práctica un recurso muy sencillo. Consiste en pasar durante el día y colocar una piedrita en el agujero del marco donde entra el pasador.

Cuando el mucamo va á cerrar, aquel queda echado en falso, y munidos entonces de la ganzúa, la entrada queda asegurada.

—Existen muchísimas puertas de batientes débiles que solo quedan cerradas con llave ¿Qué hacen en este caso?

—Aquí la operación es mucho más sencilla: basta una palanca que introducen un poco más abajo de la cerradura, y que la hace saltar de un solo golpe.

—¿Y cuando la entrada no es posible de ninguna manera por la puerta de calle y azoteas?

—Tienen el recurso de buscar una habitación en la casa inmediata, que alquila alguno de los lunfardos, con nombre supuesto, y hacen una perforación en la pared.

La empiezan en el día, favorecidos por el bullicio, y la terminan en la noche.

—¿Y cómo evitan ó reglamentan los ruidos?

—El *scruschante* rehusa siempre hacer el ruido continuo y despacio; prefiere abrir de un solo golpe fuerte y guardar luego silencio por un rato.

La causa se explica. Si en el primer caso el que duerme llega á despertar, escucha sorprendido, y al apercibirse de que el ruido continúa, se pone en guardia.

En el segundo caso, despierta, escucha, y al notar todo en silencio, supone que el ruido era en la calle ó en la vecindad, y vuelve luego á dormirse.

—¿Y cuando están dentro de las casas toman algunas precauciones?

—Una vez en el interior de las habitaciones, cuando les consta que allí duerme gente, tienen siempre el cuidado de cerrar una de las puertas que comunica con la que duerme la persona, para no ser sorprendidos y tener tiempo así de fugar por otra puerta que dá al patio, y que han abierto con anterioridad.

—Es, pues, una estrategia de estos combatientes el cuidar siempre el frente ó punto de ataque, dejando bien preparada de antemano la retirada.

—Ciertamente.

—¿Y cómo manejan los objetos?

—En muchísimos casos se vé que los ladrones han abierto únicamente un mueble, el único en que se guardaba todo el dinero y alhajas de valor que existían en la casa. Entonces puede asegurarse que existe la mano de un *entregador*.

En otras sucede todo lo contrario: no hay mueble que no haya sido violentado.

—¿Y cómo es posible que habiendo gente en el interior se produzcan esos ruidos sin que se despierten? ¿Qué dicen de esto los interesados?

—Quien haya tenido oportunidad de ver ^{en} casas que han sido visitadas por aquellos, habrá podido observar muchísimas veces la manera atroz con que han sido rotos los muebles.

Se vé evidentemente que se ha hecho gala en destruir y hacer ruido, algunas veces hasta en la misma habitación en que dormía el dueño de casa.

Sin embargo, el damnificado dice al comisario, que inicia el procedimiento policial, que no ha sentido nada absolutamente.

De ahí nace la creencia que tiene el vulgo de que los *scruschantes* usan el cloroformo.

Y ésto no tan solo es incierto, sino que ni siquiera posible.

El cloroformo, si se aplica á una persona dormida, la despierta forzosamente.

—¿Y qué es lo que sucede?

—Le explicaré lo que pasa en estos casos, refiriendo lo que he oído á los mismos *scruschantes*.

Ocurre que cuando los inesperados y nocturnos visitantes están en el interior de una habitación, se siente un ruido que despierta al dueño de casa.

Uno de los *scruschantes* ha visto que el tal señor ha abierto los ojos y vuelto en seguida á cerrarlos, pálido y trémulo de miedo.

Entonces ya nada temen: son ellos los dueños absolutos.

Aquel lo avisa en seguida á sus compañeros, y queda de guardia á los piés de la cama para continuar inspirando temor, mientras los otros continúan empeñados en su tarea destructora y de rapiña.

Ya no tienen apuro en peligros inmediatos de sorpresa, y concluido el trabajo, se encaminan al comedor en busca de algunos fiambres y botellas de vino que lleve á sus estómagos algún ligero alimento para recuperar las fuerzas perdidas.

Una hora despues que se han retirado, cuando el dueño de casa está bien seguro de que ya por esta noche no volverá á ver en sus habitaciones ninguna de aquellas caras que le han parecido tan feas y patibularias, se levanta y llama á la policía.

Cuenta entonces lo que le ha pasado, agregando que al sentir los ladrones, los corrió hasta la calle, sin poderles dar alcance, pues que huían como unos condenados.

Recordamos que una vez, en uno de estos casos, un comisario le decía al damnificado:

«Es imposible, señor, que V. no haya sentido antes. Para romper estos muebles, y de tal manera, han debido producir mucho ruido durante un largo lapso de tiempo.»

—«Le diré la verdad, —le repuso: —los he sentido, pero no quise tirar unos tiros de miedo.... á que fuera á despertarse la señora.»

Por acostumbrado que esté un *scruchante* á esta clase de campañas, no deja de sufrir una agitación nerviosa mientras opera; y á la verdad que hay motivo para ello.

El temor de ser sentidos y que la policía caiga sobre ellos, por una parte, y por la otra el resultado más ó ménos lucrativo de la empresa, les produce descomposturas; y en éstos casos, que suelen ser muy comunes, los damnificados se empeñan en decirle al comisario que los ladrones deben ser enemigos personales, pues atribuyen lo que dejan en el patio ó zaguán como una burla intencional y premeditada.

—Nos había dicho usted, interrogamos al funcionario policial, que según las categorías de los *scruschantes*, así son los medios de robo que emplean.

—Efectivamente. Entre los *scruschantes* en general, ó sea deducidos los *artilleros*,—de que hemos hablado extensamente,—pueden distinguirse tres categorías: los á *la gurda*, los *mishotes*, y los rateros ó atorrantes.

Los primeros son aquellos á quienes la experiencia y *las canas* (prisiones), con los reveses del *oficio*, el mal pago de los *compañeros*, etc., etc., han hecho cautos y económicos.

Cuando realizan algún *trabajo*, que casi siempre es muy productivo, hacen sus depósitos en el Banco, capitalizan, y siempre tienen dispuesto dinero y *prendas* para cualquiera enfermedad ó revés de fortuna.

Los *mishotes* son la verdadera carne de caballo del gremio.

Forman esta falange, los *scruchantes* recién salidos de la *cana* (cárcel), y por consiguiente pobres; y los derrochadores que gastan en una noche ó pocas más, de orgía en orgía, el producto de cualquier *trabajo*, por importante que sea, y los que pronto se encuentran tan pobres como ántes, buscando un nuevo *trabajo*, que si les sale mal y hay *cana*, les toma sin dinero y caen *mishos* (pobres).

El primer núcleo, lo forman en general los lunfardos *scruschantes*, de 30 años para arriba.

Tienen su mujer, sus hijos, y muchas veces su hogar regularmente constituido.

Se reúnen y discuten, proyectan y premeditan el plan de un robo, en casa de uno de ellos, de sobremesa y como hombres de negocios.

Festejan santos, natalicios, etc., en cuyas ocasiones procuran hacerlo dignamente, con esplendidez, y se hacen servir los *buffets* y comidas por confiterías y restaurantes de ellos conocidos.

Como tienen su capital de reserva y no obran como los *scrushantes mishotes*, instigados por la falta de dinero, solo ejecutan sus *trabajos* bien meditados, discutidos, entregados y *campaneados*.

Estos son los autores casi siempre de todos los grandes robos, cuya ejecución premeditan y estudian con gran anticipación.

Como buenos militares, llevan preparada la retirada para el caso de un fracaso, y ya convenidos en las declaraciones que cada uno debe prestar, según las circunstancias y los que caigan, si hay *mancada* (celada policial).

La mayoría de los *trabajos* de los *scruschantes* de esta categoría, son *entregados* por personas con quienes se relacionan.

Estas, aunque tienen pocos escrúpulos de conciencia, no quieren ser directamente los ladrones, — sea por falta de valor, porque puedan quedar comprometidos, ó porque no están en condiciones de verificarlo.

Conocen el domicilio de los *scruschantes*, sus puntos de reunión, sus paseos, etc., para verlos y entregarles *un trabajo* en cualquier momento.

Solo *entregan* generalmente, robos de alguna importancia, pues los *scruschantes* á *la gurda* (de primera clase), así se lo advierten, y solo también así conviene al *entregador*.

Los *scruschantes* á *la gurda*, para verificar sus *tra-*

bajos, forman una en asociación de dos ó tres: uno mecánico, cerrajero; otro decidido emprendedor y de inteligencia generalmente muy limitada, y que en caso necesario llega á ser *artillero*, y el otro, por fin, el *campaña*.

Una vez concertado y premeditado el plan de un robo, se entra á su ejecución.

Ordinariamente, los grandes robos se verifican de noche, de dos á cinco de la mañana.

Los *scruschantes* salen de sus casas entre diez y once de la noche, para reunirse en un sitio convenido, donde hacen tiempo hasta la hora oportuna para dar el golpe.

Como van á cosa hecha, sabiendo generalmente de antemano hasta la cantidad fija de dinero y alhajas que van á extraer, llevan consigo pocas herramientas.

—¿Y cuales son las que conducen?

—En primer término las llaves que han preparado, tomando los moldes con cera que aplican sobre la cerradura; la máquina perforadora de cajas de fierro, (véase el modelo), si es necesario; y el *corta fierro*, instrumento indispensable para el *scruschante*, y que viene á ser el distintivo del gremio como para el militar la espada: en el caló lufardo, lo llaman *santo*.

Si necesitan perforar algún vidrio de puerta ó ventana para entrar en alguna habitación, de la cual no pudieron conseguir la llave, van provistos de un buen pedazo de cera virgen, convenientemente preparada y dura, y la que aplican al centro del vidrio que quieren perforar, trazan alrededor de ella con un buen diamante, una circunferencia que cortado el vidrio, hace que por una tracción de la cera se desprenda con ella el pedazo circuido, dejando espacio para que penetre la mano, y poder descorrer la falleba y pasadores que dejen la puerta franca.

Llevan por último, una linterna sorda de diminuto tamaño, pero de poderosa lente, para que, convergiendo

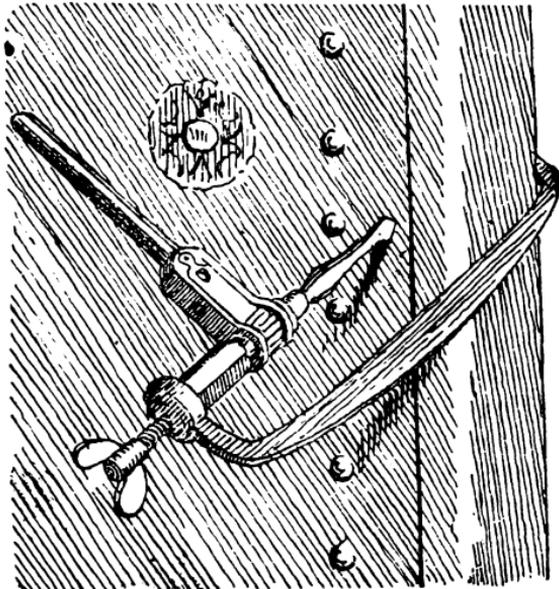
la luz solo en el punto del *trabajo*, quede lo demás de la habitación en la penumbra y no pueda verse la luz desde el exterior, por rendijas ni ventanas.

Después hacen la requisa de dinero y alhajas en los muebles ya señalados de antemano como guardadores de ellos.

Los *scruschantes* de esta categoría hacen poco destrozo, ordinariamente, en el menaje y mobiliario de la casa; limitándose al puramente indispensable para lograr lo que van buscando.

No cargan como los otros *scruschantes* de quienes más adelante le hablaré, con ropas ni objetos de arte y fantasía, pues las consideran como de compromiso.

Solo suelen llevar, además del dinero, las alhajas y vajillas de oro y plata, que pronto reducen á dinero, pues en las primeras horas de la misma mañana del robo ya lo venden á compradores muchas veces particulares, ó á algunos joyeros que de antemano conocen, y que mutuamente se tienen confianza.



Como ya le he dicho, los compradores desmontan y funden las alhajas para que ni rastro quede de su existencia.

Como tipos de *scruschantes á la guarda* se pueden señalar los autores del robo al señor Martínez de Hoz,

actualmente en la Penitenciaría, y que presentan los tipos ó personajes de los apuntados.

El *entregador* es el mucamo; los autores, uno de los hermanos Silvany, con el otro compañero; y el *campana*, el otro hermano.

Los *scruschantes* de esta clase, son, entre todos los lunfardos de diferentes especies, los más difíciles de tomar y de secuestrarles lo robado.

Por desgracia, son los autores de los robos más considerables, no solo porque toman todo género de precauciones, sino porque generalmente son los menos conocidos de la policía.

Solo por una circunstancia fortuita puede tomárseles *in fraganti*, y despues del hecho es preciso que medie una delación.

Aun ésta, es en la categoría que más escasean, pues los compañeros de *trabajo*, como suelen serlo ya de largo tiempo, no acostumbran á *rostrearse*; portándose con mútua honradez; y sabido es que generalmente de un *rostro* ó de un reparto poco equitativo, proceden las *chivatadas* (delaciones).

—Estos son los *scruschantes* de primera clase y los otros ¿cómo trabajan?

—El *scruschante mishote*,—continuó nuestro acompañante,—es el tipo más vulgar de la familia lunfarda.

Pensionista asiduo de la Penitenciaría, escasamente goza de uno ó dos meses de libertad sin volver á estar *encanado*; siendo lo más frecuente que caiga antes de la primera quincena.

Es, por lo comun, hombre jóven, de 18 á 30 años, derrochador, vicioso en sumo grado, y desprovisto de toda previsión y todo cálculo. Nunca piensa en el mañana.

Gasta en una ó dos noches, en las casas públicas, en borracheras y en el juego, el fruto de sus latrocinios.

Mientras el dinero les dura, es raro que verifiquen un nuevo *trabajo*, y como generalmente caen presos en *infraganti* delito, sucede que los toma en un estado mi-

serable, sin que puedan pagar un abogado y sin más ropa que la puesta.

Sin embargo, van á la Penitenciaría, por la fuerza de la costumbre, con la misma naturalidad que á veranear en una quinta.

Allí pronto ganan para tabaco y sus escasas necesidades, trabajando en los objetos que habitualmente hacen los presos y en los que ya son prácticos, debido á la experiencia de las prisiones anteriores.

Carecen de familia, de hogar, y de relación alguna; se encuentran individualmente aislados, no solo de la sociedad en general, sino dentro de la misma familia lunfarda.

Estò se debe al poco tiempo que gozan de libertad y al género de vida vicioso y errante que observan cuando la poseen.

No tienen compañero fijo de trabajo, y todos los son entre la categoría de los *scruschantes mishotes*.

Cuando salen en libertad, sabiendo donde frecuentan sus congéneres, se ven, y al encontrarse, se producen diálogos como éste:

— «¿Cómo te vá *Teatrista*?

— ¿Bièn y vos? ¿Parece que andas *misho Gallego*?

— Sí, hoy recién salí de *La Nueva* ¿Con quien *caminas*? (con quien andas de compañero de trabajo).

— Con nadie, ò con fulano (el que sea compañero de aquellos días).

— Venía á verte porque ando *misho* y no tengo para la posada; á ver si me *reflus* (regalas), algo.

— Ché, yo tambien ando *misho*, pero ahí tenés dos *mangos* (pesos), para que te remedies por esta noche. Y á ver si sabes por ahí de un trabajito y me avisas.»

Y despues de una contestación afirmativa del *pechador*, y de tomar *algo* (bebida), se despiden.

El *scruschante mishote*, por su escasez de relaciones, rara vez tiene *entregador*, como no sea conseguido en la

Penitenciaria durante su prisión y para determinado trabajo, solamente.

De ordinario su método de robar es el siguiente: salen de 8 á 9 de la noche, á lo que ellos llaman *caminar*, y empiezan á recorrer calles y plazas en busca de una casa de negocio ó particular que vean cerrar desde afuera, y de la que se retire la persona que hace esta operación.

De esto deducen que queda solo su interior.

Si los compañeros van juntos, á los pocos minutos ó á la primera ocasión propicia en que no los vea un *boton* (vigilante) ó transeunte, ponen mano á la obra.

—¿Y cómo se introducen en la casa?

—Ahora verá V.: como van provistos de ganzúas, piques ó llaves maestras de las que ya le he mostrado, intentan con ellas abrir la puerta.

Con estas herramientas consiguen frecuentemente su objeto, pero si la cerradura no cede, entonces aplican el último recurso del *santo* (su arma inseparable), con el que haciendo palanca por la parte de la cerradura y con un vigoroso esfuerzo, consiguen que salte aquella, produciendo un ruido no de mucha intensidad, pues saben ensordecerlo.

—¿Y qué hacen dentro de la casa?

- Una vez en el interior, producen una verdadera devastación, pues para buscar dinero y valores, como carecen de llaves para abrir muebles, etc., y temen que ellos puedan estar escondidos hasta en los rincones más ocultos, con el cortafierro ó *santo*, rompen y destrozan escritorios, roperos, cajones, en fin, todo cuanto hallan á su paso, dejándolo en un estado de destrucción lamentable.

No solo se llevan dinero y alhajas, sino objetos de arte, de fantasía, ropa y cuanto hallan de algún valor formando con ellos atados considerables, que más tarde vuelven á recoger.

Sin embargo, precaucionalmente llevan consigo lo de poco bulto.

Cuando dejan hechos esos atados, salen en busca de un coche que los transporte.

Para ello ya tienen cocheros conocidos que los encubren, siendo ordinariamente su parada en una plaza del norte.

Le pagan espléndidamente la hora ú horas que los ocupan, sea con dinero ó con cualquier alhaja.

—¿Y no podría suceder que en el intervalo que dejan los atados y regresan en su busca, llegara á la casa alguno de sus habitantes?

—El caso está previsto. Para conocerlo y no ser sorprendidos en una emboscada, dejan colocado, al tiempo de salir de la casa, lo que ellos llaman *un correo*.

Consiste este en un papelito blanco, doblado, que colocan próximo á la cerradura y que queda sujeto por la juntura de las dos hojas de la puerta.

Si mientras dura la ausencia, alguna persona entra en la casa, es natural que se aperciba del robó y al ver los bultos preparados, comprenderá que los ladrones volverán en su busca, creyendo la casa en el mismo estado de abandono por parte de sus dueños.

Se propondrían entonces esperar á tomarlos *infraganti*; pero como al abrir la puerta el correo cae, los *scruschantes* al volver y no encontrarlo en su sitio, comprenden qué algo anormal ha sucedido, que alguien abrió la puerta en ese intervalo, y prudentemente se retiran, dando la mitad *del golpe* como fracasado, pues en su primera entrada ya se llevaron lo más *positivo* y de menos volumen.

Si por el contrario hallan *el correo* donde ellos lo dejaron, entran con toda seguridad en la casa, para llevarse lo preparado, porque indudablemente ninguna persona ha entrado durante la ausencia, y por consiguiente nada se descubrió todavía.

Es muy difícil que nadie se aperciba del *correo*: primero porque lo colocan de tamaño y posición solo perceptibles para ellos, y despues porque cualquier persona de

los habitantes de la casa, ajena completamente á lo que pueda haber ocurrido en su interior, penetra sin la menor desconfianza, y no es natural que pueda fijarse en dicho detalle.

Algunas veces ocurre que recorriendo las calles algun *scruschante* que va solo y sin *herramienta*, halla un domicilio ó casa de comercio que ve cerrar, quedando en las condiciones apuntadas, de *trabajo hecho*. Entonces coloca un *correo y marcha* en busca de un compañero y de los útiles del oficio.

El *scruschante mishote* no tiene comprador fijo para el fruto de sus rapiñas: lo son generalmente los cambalaches ó montepios, que compran por la décima parte de su valor, y que tanto abundan en Buenos Aires.

Entre esta categoría, y debido al cambio continuo de compañeros, son frecuentes los *rostreos*, las denuncias, etc.

De ahí que los hechos cometidos por esta parte de la *sociedad lunfarda*, sean los más conocidos de la policía; siendo frecuentes los secuestros.

Al los *mishotes* forman el principal contingente de los procesados por robo entre los encausados criminales.

Tienen el sistema de la negativa completa y absoluta, aunque se les presenten mil pruebas; creyendo en su limitada inteligencia é instrucción de la mayoría, que en esto consiste toda su defensa.

Y no pocas veces les sale bien, más que por sus declaraciones, por las deficiencias de averiguación en los trámites del sumario.

XVII

LAS ARMAS DEL SCRUSCHANTE

—En sus explicaciones, dijimos al funcionario policial,—nos ha hablado V. de palanquetas, formones, cortafierros, *piques* y otros instrumentos que emplean

los lunfardos en sus aventuras. ¿No podría V. mostrarnos algunos ejemplares?

—No hay inconveniente en satisfacer su curiosidad, en la medida que es posible.

Para ello lo invito á que me acompañe á donde podremos encontrar armas de las que V. desea conocer, en gran abundancia y de tipos variados.

Algunos empleados se han cuidado de formar pequeños museos y tienen sus colecciones particulares.

Yo estoy en ese número, y pongo á su disposición los instrumentos que poseo, y cada uno de los cuales representa uno ó muchos atentados contra la vida ó la propiedad.

Y, diciendo esto, corrió la cortina colocada en las columnas divisorias del gabinete en que nos encontrábamos, presentándonos un verdadero museo criminal.

Pendientes de las paredes se encontraban agrupadas una especie de panoplias formadas con las armas de los lunfardos.

En el centro, la máquina de perforar cajas de fierro se destacaba en la galería, representando el elemento más poderoso, y cuya aplicación indica un rendimiento mayor.

A los costados, una colección de más de trescientas llaves ganzúas, algunas de ellas verdaderas obras de arte, y con las que se abren puertas de calle, de habitaciones, muebles, camarotes, y todo aquello que la mecánica trata de asegurar con sus cerraduras. La más perfecta de estas no resiste á la acción de algunos de esos ingeniosos instrumentos.

En las paredes laterales de la habitación, veíanse distribuidas las demás armas: palanquetas, formones, cortafierros, *piques*, etc., unos procedentes de los talleres de los obreros honrados, y otros hechos expresamente por los lunfardos ó para su uso.

La palanqueta número 1, que tiene una curva en una de sus extremidades, sirve también para desclavar, y en

eso se diferencia de las ordinarias. La emplean para abrir cajones, generalmente.

El número 2, es un cortafierro, (*santo ó arzobispo* en el caló lunfardo), que utilizan unas veces para abrir objetos, y otras, en último recurso, cuando no tienen ganzúas, para hacer saltar las cerraduras de las puertas. Es el instrumento más usado en el gremio, y raro es el ladrón que no lleva uno consigo.

La número 3, es una palánqueta doble, que sirve á la vez para desclavar y para que, haciendo fuerza en una extremidad, ceda la puerta, la número 4; se emplea también como cortafierro, aplicación que suelen dar también á la número 10, que es curva en una de sus extremidades.

La palanqueta número 7, la menos recta de las que acostumbran usar los lunfardos, es de una gran eficacia cuando se trata de hacer saltar una puerta que ofrezca mucha resietencia.

Los ladrones emplean estos instrumentos, cuando no tienen llaves ganzúas;—las que les ofrece más facilidades, y tienen la conveniencia de que no produce ruido alguno.

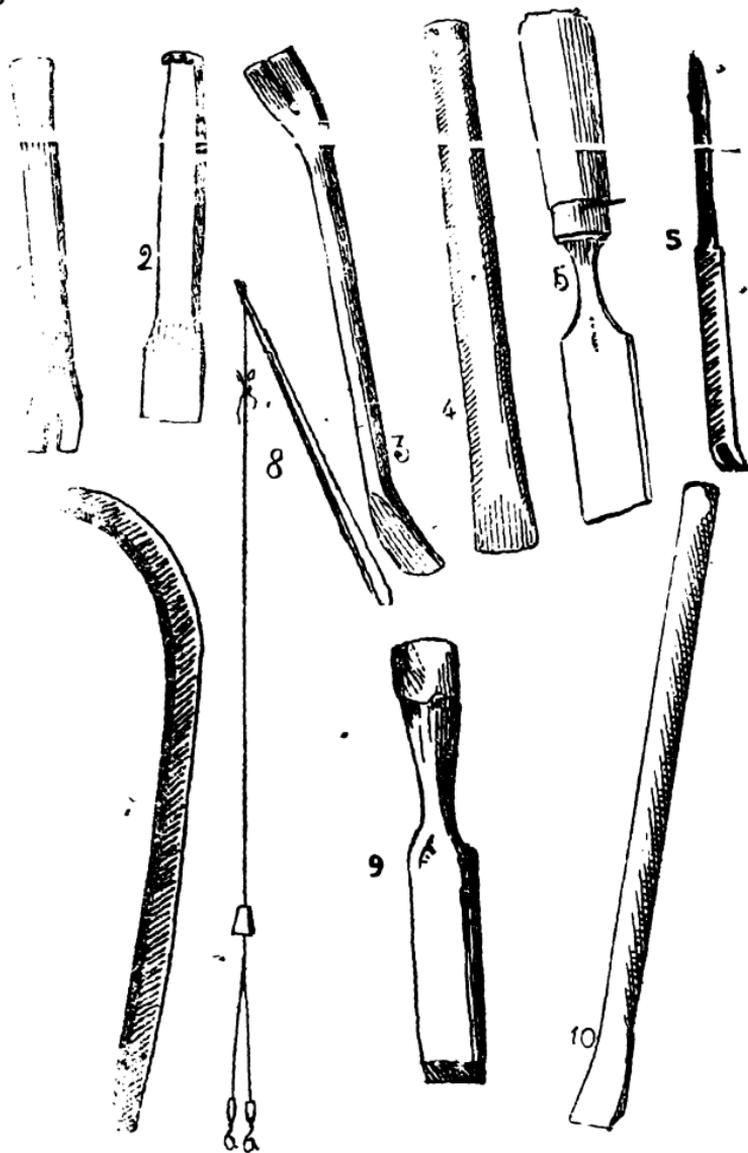
Por último le llamo la atención sobre la palanqueta número 6: la emplean para destornillar y á la vez para extraer los clavos, cuando la operación exige que se apele á este recurso.

Dando frente á la colección de que hablamos, se hallaban otras panoplias criminales conteniendo instrumentos diversos.

—Y aquellos formones, que están allí,—preguntamos, señalando un grupo,—¿no son los que usan los carpinteros.

—Sí, pero tienen su diferencia.

Fijese usted en los que llevan los número 5 y 9: no tienen en la extremidad superior el aro que llevan los que usan en los talleres. El número 5, tiene rota la punta porque, probablemente, el *scruschante*, en un



momento de apuro, la quiso hacer servir de palanqueta.

—¿Y á qué obedece la supresión del aro?

—Tiene por objeto evitar que se produzca ruido. Además para conseguir esto, ponen un pañuelo, al hacer uso del formón, en la extremidad que debía ocupar el aro que tienen los que emplean los obreros.

—¿Y cómo ha podido conseguir un número tan considerable de instrumentos?

—Es muy común que los ladrones, cuando temen ser sorprendidos por la policía, los abandonen. Por esto existe una gran cantidad de aquellos.

Cerca de un lugar destinado á los billetes falsificados, *pacos*, *balurños*, rollos (de papeles que aparenta una gran suma de dinero, y que los estafadores utilizan en el cuento del legado del tío), llamó nuestra atención un curioso aparato, con un pequeño mango de madera, del que pende una cinta que cae con una plomada y que lleva en su extremidad dos anzuelos (núm. 8.)

—¿Es esa una caña de pescar?

—Sí, pero de pescar pantalones y chalecos.

—¿En qué forma?

—Voy á explicárselo. Sucede que los departamentos de la generalidad de las casas de baños, tienen divisiones de una altura de dos metros, que no alcanzan al techo.

Los lunfardos se colocan en la habitación inmediata, dispuestos á apoderarse del reloj y los billetes que lleva la persona que se está bañando; pero como por mucho que estiren el brazo no podrían alcanzar á la percha en que está colgado el traje, dejan caer los anzuelos, suspendiendo aquel hasta la altura de la mano.

Entonces extraen lo que hay en los bolsillos, y dejan caer suavemente la ropa, que vuelve al mismo sitio en que la colocara su dueño.

Cuando éste, que lo menos que se le ocurre es mirar al techo, sale del baño, se encuentra con los bolsillos vacíos.

Pero, ya es tarde. El ladrón ha desaparecido, dejando el recuerdo de su paso por la casa de baños.

XIII

FABRICACIÓN DE PIQUES Y GANZÚAS

Acabó hace ya mucho tiempo la época del célebre *jo-robado*, en que con una llave ganzúa se habrían todas las puertas de las casas de Buenos Aires.

Hoy, propiamente hablando, no hay llave ganzúa que valga.

Los adelantos de la mecánica aplicados á la cerrajería, nos confeccionan cerraduras tan complicadas y precisas, que los industriales nocturnos, ó *scruschantes*, se ven precisados casi en todos los casos á tomar el molde de la llave para fabricar una igual.

El *scruschante* no siempre sabe hacer una llave, pero á la verdad tampoco es imprescindible que lo sepa, para dedicarse al oficio; pues existen individuos que se ocupan con especialidad de esta clase de trabajos, para recibir más tarde la *guita* ó remuneración.

Algunos de ellos han adquirido celebridad en el *munds lunfardo*: Maironi (a) Venecia, y Richi por ejemplo: el primero ha poco salido de la Penitenciaría y el segundo actual huésped de ese espacioso establecimiento, la tienen bien adquirida.

De la habilidad de estos cerrajeros en su honrada juventud se habla tanto, que indudablemente se llega á la exageración, pues hay quienes afirman que les basta mirar la boca-llave de la cerradura para confeccionarla en seguida.

—¿Cómo se saca el molde de una *llua*, es decir, de una llave?

—Ya avanzada la noche, el *scruschante* provisto de un pedazo de cera virgen que ha mezclado con un poco de aceite y jabón ordinario, espera la distracción del gendarme de facción en la esquina inmediata, y aproximán-

dose á la puerta destinada á ser abierta, aplica la cera sobre la boca-llave y oprime suavemente con la palma de la mano.

Esa noche ha conseguido ya lo que el lector puede ver en la figura número 1.

A la noche siguiente vuelve con el aparato número 2, cuya extremidad ha cubierto con cera en la forma del molde de la boca-llave (figura número 1) y toma entónces el molde interior.

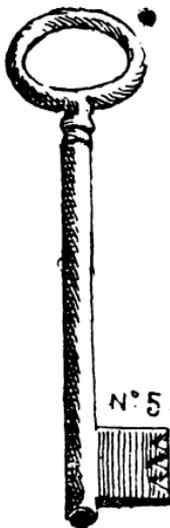
Quando la llave es muy vulgar, como la llamada forma 5, la segunda operación es innecesaria, pues bastaría para abrirla darle unos pases de lima á las *paletas*, figura número 3 y 4, y dejarla convertida como se vé en la figura número 5.

Los *scruschantes* son siempre grandes coleccionistas de llaves y muchas veces con el molde por delante, buscan entre ellas alguna que, si bien no es igual, se le asemeja, y la arreglan en seguida con la lima, de las que también tienen siempre buena provisión y de primera clase, como por ejemplo: las que representan las figuras números 6 y 7.

Con los moldes tomados en la forma que dejamos mencionada, no siempre la llave anda bien y tienen necesidad entonces de cubrirla de cera y probarla una, dos y hasta tres veces, según el grado de habilidad del operador. En la cera queda marcado siempre el punto donde la llave tropieza.

Rara es la vez que al detener en las horas de la noche á un *scruschante*, no se le encuentre en su poder algún pique ó ganzúa de las que dejamos dibujadas; pues si bien con ellas no pueden correr los cerrojos de cualquier llave, sirve para un *pique* como ellos llaman, esto es, para hacer girar el picaporte.

Es sabido que en muchísimas casas al cerrar la puerta de calle le dan un *portazo* quedando cerrada ésta únicamente con el picaporte, pues no hay la costumbre de dar las dos vueltas á la llave.



Armados entonces de un *pique* ó llave ganzúa, ó *llua* como la llaman en caló, consiguen abrir la puerta.

Las llaves modernas que estas ratas bipedas llaman de *escalinota*, son muy difíciles de construir; pero para levantar el picaporte hacen los piques en la forma de la figura número 8.

Para esta clase de cerraduras es para las que los ladrones se han ido perfeccionando, á fin de poder hacer el molde y abrirlas.

Pueden verse dos ejemplares de ganzúa muy curiosas é ingeniosas, representadas en las figuras números 9 y 10.

El eje A B corre por dentro del tubo C D, pudiendo ensancharse ó angostarse el espacio entre D B, que es el lugar donde han de ponerse las guardas, como puede verse en la figura número 9. Estas guardas son postizas y en el momento de utilizarlas, van probándolas hasta encontrar la más apropiada. El espacio señalado por la letra E es donde se encajan las guardas.

Cuando el *scruschante* tiene lo que se llama un *entregador*, es decir, una persona que pueda tomar el molde, no ya de la cerradura, sinó directamente de la llave, el trabajo es mucho más sencillo.

Se provée al *entregador* de un pedazo de cera, y éste en un descuido del dueño de la casa, toma la llave y la oprime una vez de lado y otra de punta, y sale entónces lo que puede verse en la figura número 11.

Si se trata de una llave de caja de fierro, la operación es la misma, como puede verse en la figura número 12.

Hace poco tiempo la comisaría de pesquisas detuvo á unos individuos que valiéndose de la mujer de ellos conseguían sacar los moldes de las llaves de las cajas de fierro, por un procedimiento muy ingenioso.

La mujer, con una balija en la mano, se presentaba en una joyería ó agencia, y pedía objetos en compra. Cuando llegaba el momento de pagar iba á abrir la balija y se encontraba con que había olvidado la llave.

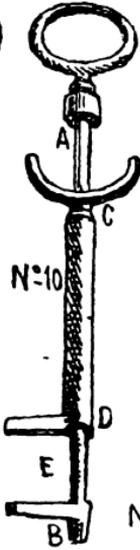
LOS QUE VIVEN DE LO AJENO



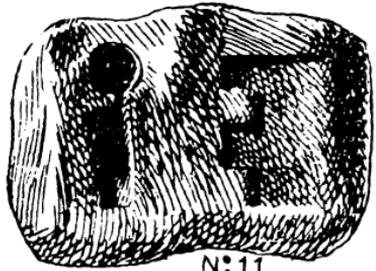
Nº 8



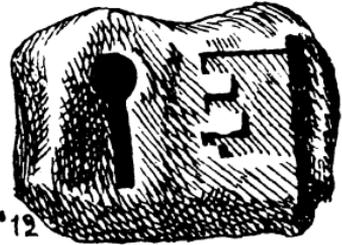
Nº 9



Nº 10



Nº 11



Nº 12



Nº 16



Nº 14



Nº 15



Nº 17



Nº 18

Si el comerciante, en el deseo de no perder la venta, facilitaba su llavero, la dama en cuestión tomaba el molde en el acto. Quince días despues, el comerciante se encontraba con que su caja de fierro había sido abierta con una llave igual á la suya, y ni remotamente sospechaba el medio de que se habían valido.

Los moldes como las llaves que aquí dibujamos, han sido tomadas á ladrones, y forman parte de la colección que ha formado el comisario de pesquisas don Belisario Otamendi.



Nº 13

Esta colección consta de más de 200 ejemplares.

Construida la llave de la caja de fierro, se trasladan á la casa la noche destinada para el robo, y entre otros utensilios

llevan un pequeño torniquete (figura número 13) para poder subsanar allí cualquier defecto que tenga la llave.

Estos torniquetes son iguales á los que usan los relojeros y pueden llevarse en el bolsillo del chaleco.

Cuando una caja de fierro ha quedado cerrada únicamente con picaporte, es decir, sin echarle las dos vueltas, los ladrones se sirven de un *pique* (figura número 14) pero en honor de la verdad, hay que convenir en que las cajas de fierro que

tan fácilmente pueden abrirse, son de construcción muy antigua y de cerradura muy sencilla.

Cuando el *scruschante* no ha podido conseguir una llave para abrir la caja y la perfora con taladros sobre la cerradura, hace entonces girar los resortes, que quedan al descubierto, y para ello se vale de un *pique*, como los representados en las figuras números 15 y 16.

Como puede verse, á la número 15 se le ha roto la punta al ser utilizada. Los *scruschantes*, cuando viajan en los vapores, no pierden su tiempo y llevan sus piques ó ganzúas para los camarotes. Estas llaves son de bronce y de ellas puede verse un modelo en la figura núm. 17.

Aún cuando al lector le parezca increíble, los presos en la Penitenciaría, cuando pueden burlar la vigilancia de sus guardianes, se ocupan en hacer llaves de los moldes que les traen los días de visita sus camaradas que están en libertad y que no poseen la habilidad de hacerlas.

La que presentamos bajo el número 18, ha sido confeccionada allí y se ha construido con un pedazo de bronce, lo que da más mérito al trabajo.

Con todo lo que dejamos dicho, nada enseñamos á los ladrones que ellos no sepan al dedillo, y en cambio las personas honradas sabrán ponerse en guardia, para no ser víctimas de la habilidad de esos industriales. Aparte que la cuestión no consiste en poseer los instrumentos, sino en saber manejarlos.

Figura num. 1.—Molde ó planilla de una bocallave, conocida por *forma número 5*.

Figura num. 2.—Instrumento que sirve para tomar el molde interior de una cerradura; el extremo A es cubierto de cera.

Figuras núms. 3 y 4.—Paletas hembras para preparar un pique ó ganzúa.

Figura num. 5.—Paleta hembra que ha sido limada y convertida en pique ó ganzúa (*forma escalinata*).

Figuras núms. 6 y 7.—Limas, una de forma cónica y la otra plana, que sirvieron para limar la llave falsa con que se abrió la caja del Banco Nacional en el Rosario, en el robo de 400.000.

Figura num. 8.—Ganzúa macho para cerradura de las conocidas por *de escalinata*.

Figura num. 9.—Ganzúa graduadora.

- Figura núm. 10.—Ganzúa graduadora para guardas postizas.
 Figura num. 11.—Molde tomado en cera de llave de puerta de calle.
 Figura núm. 12.—Molde tomado en cera de llave de caja de fierro.
 Figura núm. 13.—Torniquete de mano para limar llaves.
 Figura núm. 14.—Pique para cajas de fierro.
 Figuras núms. 15 y 16.—Pique para hacer jirar los muelles de la cerradura de una caja de fierro después de que ha sido horadada.
 Figura num. 17.—Ganzúa para camarote de buque.
 Figura núm. 18.—Llave ganzúa construida en la penitenciaría.

XIX

EL SCRUCHANTE RATERO—VINCLARÉT

Terminado el exámen de las armas que emplean los lunfardos, reanudamos nuestra conversación sobre los *scruschantes*.

—He dicho á usted anteriormente,—continuó el funcionario policial,—que en el arma del *scrusche* había tres categorías, deducido el *artillero*, y que se denominan: *á la gurda, mishotes y atorrantes rateros*.

Hemos hablado de todos ellos, menos del último, de quien nos ocuparemos hoy.

El *scruchante*, en el curso de su carrera en el mundo lunfardo, toma dos caminos: ó se perfecciona y se eleva á la categoría de los *á la gurda*, ó se esteriliza, convirtiéndose en atorrante ratero.

Conocidísimos estos de la policía, son huéspedes obligados del *manyamiento*,—como ellos llaman al cuadro tercero del «Depósito 24 de Noviembre», donde han comido más *tumba* (carne cocida) policial, que el importe de todas sus raterías.

Repudiados del seno de la sociedad lunfarda, último peldaño de la escalera que conduce al abismo de la degradación del hombre, no tienen ni perro hambriento que los siga, no obstante que salen de los calabozos impregnados del tufo á puchero, el que comen con la mano y á tirones, como bestias.

Con las ropas destruidas, llenas de los caprichosos di-

bujos que forman los lamparones mugrientos, y con la bolsa de trapos al hombro,—signo característico del atorrantismo,—con más aspecto de carro de basura que de hombre, vagan por los alrededores de la ciudad, con la mirada vaga y el paso lento, pues han perdido ya esa vivacidad de los ojos que adquirieran antes, en su vida delictuosa.

Así van, espiando un dueño de negocio descuidado, una puerta abierta, ó las paredes bajas de una casa, para hurtar, ya sea la muestra de un género, una lata de aceite, el farol y alfombra de un vestibulo ó las gallinas de un corral, que convierten luego á moneda corriente, y con lo que hacen provisión para saciar el hambre de ese día y pagar en la noche la posada.

Vinclarét, *Rosi*, *Capitán*, *El pardo cuchillero*, etc., son de los tantos desgraciados á que me estoy refiriendo, y en cuyo espejo deberán mirarse los miembros de esa sociedad, para apartarse de ella y no continuar un camino tan doloroso, en cuyo final encuentran siempre el martirio del cuerpo y del alma.

Sus desventuras han llegado á tal extremo, que se creen dichosos cuando se les conduce presos, pues entreveen una noche más llevadera, durmiendo bajo techo en el húmedo piso de aquellos calabozos saturados de olor á estiva de carne humana.

Existen en ese depósito algunos colchones que jamás salen de allí.

Propiedad de tres ó cuatro de ellos, cuando uno sale en libertad lo deja al otro, á quien volverá á encontrar, de seguro, dos ó tres días después, que es el máximum del tiempo que durará su ausencia.

Así se explica que una noche de invierno, verdaderamente siberiana, Vinclarét, que había pasado 24 horas sin comer, y que no contaba con ningún local dónde dormir, recordando que en el *manyamiento* estaba su colchón, empezó á pasearse en una esquina por frente al gendarme de servicio.

Como éste no parase en él su atención, imaginándolo un colono de la «Ciudad de los caños», se le aproximó y, empujándolo, le dijo:

—Usted no sabe cumplir con su deber. El ladrón Vinclarét se está cruzando por su nariz, y no lo lleva á la comisaria. No comprende usted que puede estar *campañeando* para dar un golpe?

El vigilante en cuestión era uno de los pocos que no lo conocían, pues recién ingresaba á la policía.

Por lo demás, Vinclarét, en esa noche, había conseguido su felicidad en la mayor de las desgracias: ser conducido preso por ladrón.

Es un colmo que se presta á muy tristes reflexiones!

—¿Y quién era Vinclarét?



—Allá por el año de 1871, se paseaba por las calles de Buenos Aires una pareja alemana: él alto, rubio, elegantemente vestido, simpático y de modales cultos, revelaba ser un hombre acostumbrado á una vida desahogada: en vez de las callosidades que presentan las manos del obrero, las suyas ofrecían á la codicia de las gentes solitarios de gran valor.

Ella, no menos elegante que su compañero, si no era un tipo acabado de belleza, tenía el arte de enamorar; y sus negros ojos, de una mirada insinuante, sus estudiados ademanes, provocativos aunque aparentemente cultos, la

coquetería hábilmente desplegada, y una amena conversación, añadidas á sus formas correctas, hacían de Emma, que este era el nombre de la dama, un tipo sobre el que se fijaban las miradas de todos, al presentarse en cualquier sitio público.

La vida de estas gentes era misteriosa: se les veía en todas partes, siempre correctamente vestidos y no economizando en sus gastos, pero nadie sabía la procedencia de sus fortunas.

Alguien, no sabemos con qué fundamento, dijo por entonces, que se trataba de un caballero perteneciente á una familia noble de Ale-



mania, que había fugado de su país en compañía de una mujer de mundo, y que ocultaba su verdadero nombre, haciéndose llamar José Vinclarét.

Años después, en 1875, y cuando aquel contaba treinta y siete de edad, la incógnita quedó despejada. Un día Vinclarét era detenido por la policía, comprobándosele ser autor de un robo de consideración.

Entre tanto, la mujer que lo acompañaba, desapareció,

sin que, á pesar de las investigaciones que se hicieron, pudiera darse con su paradero.

Se hacían mil conjeturas, se registraban historias amorosas eslabonadas con estafas, pero á la misteriosa dama parece que se la había tragado la tierra, y hasta ahora la forma en que hizo su desaparición, sigue siendo ignorada: el mismo amante no sabía explicarla.

En 1876, Vinclarét, que había sido puesto en libertad, volvió á entrar preso por robo, cometiendo doce atentados de esa clase hasta 1883 en que empezaron los hurtos.

Los que seguían de cerca la vida del delincuente, observaban que día por día se realizaba un descenso en su ser: el astuto y temible ladrón de los primeros tiempos, que se lanzaba en cualquier aventura, decidido á todo, se hizo más adelante, cauteloso; y aunque no abandonó el oficio nunca, desde 1883 solo fué acusado de raterías de poca importancia.

Tan gastador en la época en que figuró en la galería de ladrones conocidos, como antes cuando hacía vida honesta, al parecer, la plata le entraba por una mano y le salía por la otra.

Siempre estaba pobre, aún al día siguiente de dar un golpe: la orgía de una noche bastaba para dejar exhaustos sus bolsillos.

En 1890, ya Vinclarét quedó incluido, con títulos bien adquiridos, en la categoría de los atorrantes.

Sus atentados á la propiedad consistían en artículos con que atender á su subsistencia, en mercaderías cuyo valor no pasaba de cinco pesos, ó en gallinas que vendía en el mercado.

La policía empezó á descuidarse con Vinclarét, y á la verdad que éste no se aprovechó de esa circunstancia: á medida que avanzaba en años, sus energías criminales desaparecían, acabando por convertirse en un ser casi inofensivo.

No hay en la policía quien no recuerde aquel atorrante

te sin domicilio conocido, aunque concurrente habitual de los caños, que pedía cigarros ó unos centavos para comer, cuando no había encontrado á mano nada de que apoderarse.

Tan conocido se hizo bajo esta faz, tanto se abandonó, que los mismos atormentados lo despreciaban, haciéndole imposible su permanencia en esta capital.

Por otra parte, los que conocían sus antecedentes, no podían considerarlo como mendigo, á pesar de su aspecto repugnante.

En esta situación, Vinclarét abandonó Buenos Aires, teatro de sus grandes hazañas y testigó de su decadencia, y echando al hombro todo su ajuar, que consistía en una bolsa llena de trapos, papeles y alimentos, plantó sus reales en los pueblos de la provincia de Buenos Aires inmediatos á la capital.

Allí vivía de limosna unas veces y otras con el producto de hurtos insignificantes, teniendo su domicilio



legal en las comisarias de campaña, á donde era conducido generalmente, más por lástima,—á fin de que durmiese bajo techo, que por considerarlo delincuente.

Los empleados policiales se entretenían oyéndole contar sus hazañas en la República Argentina; habiéndose observado que jamás reveló sus antecedentes de familia, ni ningún dato de su vida anterior á su arribo á este país.

A este respecto era inquebrantable en su propósito de ocultarlo todo.

En el año de 1894, Vinclarèt estaba detenido en la comisaria de Barracas al Sud. El pueblo habíase convertido en una Constantinopla, y se resolvió acabar con los perros que vagaban sin dueño conocido, poniendo en peligro las pantorrillas de los viandantes.

Para su extinción se adoptó el antiguo procedimiento de la estrignina, y en la comisaria se habían preparado albóndigas conteniendo ese veneno.

Vinclarèt, que era insaciable, pues devoraba cuanto articulo alimenticio se ponía al alcance de su mano,—sin duda para reponerse del hambre atrasada, creyó que las albóndigas que contenía un plato que allí había, formaba parte del *menú* de los empleados de policia, y, una tras otra, empezó á introducir las en el estómago.

Cuando los vigilantes se dieron cuenta de que el número de aquellas había disminuido, pudieron observar á Vinclarète, que se retorcia sobre el pavimento, haciendo todo género de contorsiones, y pocos momentos después dejaba de existir.

Inconscientemente, quien tuvo tantas veces su existencia en peligro, se había dado la muerte, desapareciendo de este mundo envenenado como perro.

—¡Qué fin tan trágico, despues de una vida en que abundan escenas de todo carácter!

—Vinclarèt, durante su permanencia en este país, aparte de diez y siete entradas que tuvo en la policia, acusado de robo y hurtos, contaba más de cien por ratearias, embriaguez y escándalo.

—Así que es de los delincuentes que han dado más trabajo.

—Es cierto, pero no es el único. Como él existen varios ejemplares, y la mayor parte de los atorrantes ancianos que usted vé por las calles, son lunfardos degenerados, sin alientos ya para ejercer el oficio.

De Vinclarét han quedado recuerdos imborrables en el mundo lunfardo: de él se cuenta irónicamente entre los que forman aquel, que el diablo lo ha contratado para robar almas del purgatorio.

Los retratos,—dijo nuestro acompañante, mostrándonos los dos que publicamos, le fueron encontrados en una bolsa que nunca abandonaba: representan á Vinclarét cuando aún no era conocido como lunfardo, y á su amante.

El otro, es de sus últimos tiempos, cuando ya tenía todos los caracteres de un atorrante, y lo sacó un aficionado á la fotografía, obsequiándome con el ejemplar que le ofrezco.

Esas copias de la realidad, reflejan por sí solas, con una elocuencia tan expresiva como desconsoladora, toda la odisea de un lunfardo.

Son páginas vivientes de la degradación humana, que conservan las huellas del crimen en sus diversas etapas, á través de los tiempos, como una enseñanza para aquellos que se lanzan por la pendiente que conduce á la miseria más repugnante y menos propicia para despertar sentimientos de compasión en las almas generosas.

XX

EL TOQUERO

Existe en el mundo lunfardo,—continuó nuestro *cicerone*, un tipo que si bien no puede considerársele criminal, en la acepción científica de la palabra, y menos

schante, vive del producto de los atentados que realiza los que viven de lo ajeno.

toquero,—nombre que tiene en su caló el que anda de los ladrones para que le entreguen una parte de la piña, ó que explota la situación de estos, es un individuo de todos conocido, pues no pasa de ser un *pechador* que actúa en una clase determinada de la sociedad.

En el mundo lunfardo hay algunos que se han hecho ricos por sus diabluras;—del mismo modo que se ve en nuestros salones á individuos que viven de las gracias del amigo, sin tener ocupación alguna con-

tinua general ellos, que son incapaces de cometer un delito, á menos que se le presente con tantas facilidades que no exista peligro de que le exijan responsabilidad alguna, frecuentan los domicilios, bodegones, cafés y confiterías donde los lunfardos se reúnen.

Algunos, estrechando amistad, llegan á hacerse poseedores de los secretos, acabando por conocer á los *campanas* y *entregadores* de cada gavilla, ó que están en sociedad con alguno para trabajar conjuntamente.

Algunos saben donde se reúne cada uno de los que en Buenos Aires viven de lo ajeno, y conocen sus entradas y salidas: son un archivo andante, algo así como un secretario, por más que se guardarán de certificar ni dar fe de lo que han visto, sino en casos muy apremiantes.

Algunos, viviendo al día, sin tener de donde venga dinero, se dedican á los crímenes y holgazanes por naturaleza, se agitan ó se acuestan, según las circunstancias, pensando en el individuo que ha de suministrarle lo necesario para sus necesidades y para alimentar sus vicios.

Algunos empiezan á recorrer las calles, observando á los que pasan y cruzan, á fin de darse cuenta de las casas donde viven los *entregadores*, ó las que estudian los *campanas*. Algunos cuando ven á alguno de aquellos lavando las escaleras de la casa, sacando brillo al llamador de la puerta de la casa, ó quitando el polvo á las persianas ó cristales, se-

guros están de que allí se prepara un robo que debe realizar la persona ó personas que están en sociedad con el *entregador*.

Si un *campana*, parado en la esquina, observa lo que ocurre en una casa, se detiene, al parecer impensadamente delante de la puerta de calle, ó examina la cerradura, no hay duda de que días más ó días menos, dará allí un golpe la gavilla á que pertenece.

Otras veces, por las publicaciones de la prensa, ó los comentarios que se hacen en el seno de la sociedad lufarda, tiene noticia de los robos que se han realizado, y como conoce los medios y parajes en que actúa cada ladrón, se dirige á ellos pidiéndole que le den algunos pesos, pues se encuentra *muy misho*.

Lo general es que se los entreguen, pues ya le he manifestado que estas gentes acostumbran ser generosas con los suyos, (cuando no *dan el rostro*)— pero si por casualidad se los niegan con cualquier pretexto, entablan la cuestión en otro terreno.

El *toquero* le dice que sabe dónde ha robado, y que si no le da lo que le pide, denunciará el atentado á la policía. Como el hecho es cierto, el ladrón no tiene más camino que contentar al poseedor de sus secretos: de lo contrario, se expone á caer en manos de los jueces.

Si el golpe no se ha dado todavía, y el *toquero* tiene conocimiento de los trabajos preparatorios, por haberse encontrado con el *entregador* ó el *campana*, ó haber sorprendido una conversación, entonces le amenaza con prepararle una *encerrona*, por medio de la policía, haciendo que queden presos cuando se dispongan á realizar el asalto.

En cualquier caso, el *toquero*, que es un verdadero pobre porfiado, aunque de malas mañas, saca provecho y se gana lo necesario para el día ó la semana, según la importancia del lufardo y del robo que éste ha verificado.

Y estos individuos,—entre los que hay personas in-

teligentes, y algunos de apariencia insospechable,—viven cómodamente sin que la policía tenga que saldar cuentas con ellos, sino en muy raras ocasiones.

Algunos de estos, muy pocos, son económicos y llegan á hacer fortuna con su *modus vivendi*; los más viven al día, y otros acaban por convertirse en *campañas*, entrando así en la categoría de los componentes de la categoría del *scrusche*.

Muchos *toqueros* dicen á los lunfardos, que ellos también saben robar, pero que tienen la desgracia de chasquearse; pero esto no pasa de ser un pretexto para vincularse á ellos y obtener una parte de sus ganancias.

Cuando aprovechando estas manifestaciones, le encargan alguna comisión, nunca le faltan pretextos para rehuirla, y solo aceptan aquellas de poco trabajo y en que no se exponen á ser acometidos por las víctimas, y menos á caer en manos de la policía.

Hay *toqueros* de todas clases, y que actúan en la sociedad bajo apariencias distintas.

Los que viven de los *scruchantes à la guarda*, son generalmente educados, visten correctamente, visitan familias honorables y se presentan en la sociedad como rentistas, logrando codearse con personas de cierta distinción.

Así muchas veces, sorprenden secretos que conviene conocer á los *scruchantes*, haciendo el papel de *campañas*, aunque esa no sea su misión.

Aquellos que se relacionan más con los *scruchantes artilleros*, tienen mucho de sus cualidades criminales, y son, en general, tipos repugnantes que viven sospechados, aunque su retrato no figure en la galería policial.

Los que tienen su base de operaciones entre los *scruchantes* en general, lo mismo que los *mishotes*, responden en un todo á las condiciones de éstos: acomodados cuando las ganancias de aquellos lo permiten; pobres, miserables, si corren malos tiempos, ó los tiem-

pos ó la policia corren á los lunfardos, con los que tienen mucho parecido, aunque no actúen en la misma forma.

El *toquero* no existe entre los *atorrantes rateros*, porque es casi su tipo: algunos más holgazanes que otros, por más que todos lo son en grado sumo, no se atreven ni á robar gallinas, y entonces participan de los artículos que forman la alimentación de los más audaces, ó de los más necesitados.

Son una especie de punto y coma que se introduce para dividir la ración, como en la escritura sirve aquel signo para señalar la mayor pausa en la primera parte de un período en que hay varios miembros ya *divididos* por comas, ó en este caso, por la miseria, que si no puede representarse por una coma, pues lo general es que no coman los que se hallen en ese estado, es indudable que los carcome la falta de higiene y alimentación.

En resúmen, el *toquero* es el menos criminal de los personajes que actúan en el mundo lunfardo, y el que más se aproxima á la sociedad honorable, encontrándose en ella tipos que se asemejan.

Es el *pechador* que va tras del amigo, inventando cualquier desgracia ó necesidad, en demanda de que le preste unos pesos que le devolverá cuando realice un imaginario negocio que dice tener entre manos.

Le vemos frecuentemente penetrar en nuestros domicilios; detenernos en la vía pública para contarnos sus vicisitudes,—siendo frecuente que se le entregue lo que pide con tal que nos deje tranquilos; ó sentarse á nuestro lado, en la mesa de la confitería, para que le paguemos lo que consume, y hasta lo que se lleva,—cigarillos y fósforos, generalmente, y en algunos casos hasta bombones para los hijos que no tiene, pero que él sabe retratarlos con pinceladas maestras, con su cabecita rubia, sus ojos vivaces diciendo «comedme», y sus labios de una muda expresión ó de una elocuencia ciceroniana, pidiendo golosinas para endulzar su estómago.

Es, en fin, el *toquero*, un *pechador de oficio*, ó un individuo que emplea el *chantage*— como se hace también en la buena sociedad, para seguir viviendo de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, aunque no lo parezca aparentemente, porque no emplea la violencia para conseguirlo.

En la sociedad en que actúa, como en aquella de que viven los de una clase superior, son una adherencia que da muchos dolores de cabeza y quita muchoo pesos.

Verdaderos ladrones de los que roban, zánganos de la colmena lufarda, viven de la miel que otros trabajan; no dejando tranquilo ni el bolsillo ni la conciencia de aquellos á quienes sobran razones para que vivan en continuo sobresalto.

XXI

INSTRUCCIONES PARA EVITAR LOS ROBOS

Nuestras observaciones respecto á los *scruschantes* y sus trabajos, pueden ser muy útiles á las personas que tienen intereses que guardar, pues conocidos ámpliamente sus medios de acción y su modo de operar, fácil es la adopción de todas aquellas medidas que conduzcan á entorpecerlos é imposibilitarlos, aun cuando si hemos de hablar con propiedad, no exista ninguna que pueda impedirlo en absoluto.

Una buena policia, activa y previsora, podrá conseguir que descienda en mucho el termómetro que marca en el cuerpo social el grado de la criminalidad; pero jamás llegará en ninguna parte del mundo á reducirla á cero.

La acción conjunta de la policia, de los gobiernos y la que cada ciudadano debe hacerse, podría entre nosotros disminuir la cifra en la casilla destinada á la delincuencia, que ha pasado ya la respetable suma de cuatro mil al año, según los estadísticas.

«Ayúdate que Dios te ayudará,—es un adagio tan antiguo como verídico, y ésta es una de las razones que nos ha inducido á hacer una publicación que puede reportar ventajas positivas al lector.

Una prueba evidente de los beneficios que reportan esta población, generalmente tan descuidada, observaciones como las que venimos haciendo, es el enojo que han producido entre el mundo lunfardo, donde actualmente hacen toda clase de indagaciones tendentes á saber si en su seno hay alguno que cometa la infidelidad de suministrar informaciones; pues no se cree que el funcionario policial que nos sirve de *cicerone*, haya podido ponernos de tal manera al corriente de todas sus intimidades.

Están abriendo los ojos al público, — fué una frase que llamó grandemente nuestra atención, al escucharla en un grupo de *scruschantes á la gorda*, que comentaban uno de nuestros artículos, al rededor de una mesa en una *botiglieria* de la calle Corrientes, á donde nos había conducido el domingo nuestro *cicerone* para que estudiásemos de *visú* á estos nocturnos caballeros de forma y palanqueta.

Así pues, continuando nuestra tarea, hoy vamos



car, hasta donde nos sea posible, todas aquellas precisiones más notables que conviene adoptar á fin de orpear la acción de los combatientes del arma del *uscho*, y cuyos personajes hemos hecho ya conocer ensadamente,—operación que realizaremos al finalizar el adio de cada arma.

Nunca debe dejarse la casa sola, y cuando, por fuerza yor, haya que hacerlo, deben, al salir, llamar al genme de facción en la esquina inmediata y avisárselo.

Es deber del agente cuidar la casa con especialidad, es así lo establecen sus obligaciones, y no existe el caso una negativa, como tampoco de que casas en aquellas idiciones hubieran sido robadas.

Los *lunfardos* tienen buen cuidado de no dar un golpe que correrían el grave peligro de ser aprehendidos en *fraganti delito*.

Esta precaución deben tomarla con mayor empeño muchos dueños de casa de negocio, que acostumbran á tirarse en la noche, echando la llave por fuera.

Como ha podido ver el que ha seguido nuestra escuron por el mundo *lunfardo*, cualquier *campana* ó *scrusante* que anda *caminando* y que al pasar vé que en se instante cierran la puerta de una casa con llave, -detalle que implica que está solo el negocio,—hace funcionar en seguida su *palanqueta*, pone un *correo*, se retira, y pocos momentos despues vuelve con el compañero y el carruaje para trasportar el robo.

Las casas que quedan en las condiciones que acabamos de referir, las llaman ellos de *trabajo hecho*; lo que hará comprender claramente lo peligroso que es dejarlas así.

Las familias cuando se ausentan á la campaña, principalmente en la estacion del verano, de lo que tienen noticia los *lunfardos* por la crónica social de los diarios, acostumbran á dejar gente de su confianza al cuidado de la casa pero les destinan para que duerman, las últimas habitaciones.

Es este un grave error, que anula la precaución de

que cuida: como los objetos de valor están siempre en la sala, escritorio ú otras habitaciones principales, el ruido que los ladrones pueden producir al penetrar y fracturar los muebles, nunca podrá ser oído, y menos despertará al que duerme en el fondo de la casa.

La puerta de calle debe siempre cerrarse con pasadores, pues de esta manera se anula el efecto de la llave ganzúa y de la palanqueta.

El cuidador debe dormir en el vestíbulo ó en alguna de las habitaciones inmediatas á aquellas en que existen los objetos de valor: de manera que pueda sentir cualquier ruido que se produzca al abrir las puertas ó las persianas de las ventanas de la calle, por donde suelen penetrar con frecuencia.

Esta precaucion no deben olvidarla nunca los dueños de la casa de cómercio donde queda gente á dormir.

Hay familias que tienen la costumbre de salir, dejando al cuidado de la casa á personas que hace poco han tomado á su servicio, y cuyos antecedentes no conocen.

Esto ha sido causa de muchísimos robos de importancia.

Lo mismo diremos de los sirvientes que salen muy de mañana al mercado y que dejan la puerta de calle cerrada únicamente con picaporte. Esto es lo que dá motivo á los robos llamados de *madrugada*.

Deben siempre antes de salir, despertar á otro de los sirvientes.

Las mucamas, á su vez, deben abrir mucho el ojo con aquellos que les hablan de amores en los mercados, y que luego, con mucha sutileza, las interrogan sobre los medios de vida ó costumbres de sus patrones.

Las cajas de fierro no deben guardar valores por mucho tiempo: es preferible hacerlo en los bancos ó en las cajas de seguridad, pues esto no solo garantiza al propietario, sino que tambien evita las molestas visitas de los *scruschantes*.

Las familias no deben tomar á su servicio personas

cuyos antecedentes no ofrezcan garantías: es frecuente que los *entregadores* se coloquen, con el solo objeto de interiorizarse del mecanismo de la casa y sacar el molde de las llaves.

Todo cajero ó persona que tenga á su cargo una caja, no debe nunca, bajo ningún pretexto, facilitar su llave ni dejarla sobre el escritorio mientras trabaja, pues si se aleja de su vista, basta un segundo para que se le tome el molde.

El compañero infiel ó peon que ha tomado este molde, puede, en cualquier momento, hacer un robo cuyas responsabilidades recaerán siempre sobre el cajero, mientras, (lo que es difícil) no se pruebe lo contrario.

La llave debe conservarla siempre en su bolsillo, y si es afecto á divertirse, cuidese mucho de las personas con quien anda, y donde coloca la ropa en que guarda su llavero.

Se ha descubierto últimamente, como ya lo hemos narrado en otros artículos, una gavilla de ladrones que compraba en las fábricas y luego vendía en los remates, cajas de fierro de las cuales previamente sacaba un juego de llaves.

Estos ladrones seguían al comprador y hubo casos en que habiendo ido la caja á una de las provincias, se trasladaron allí para robarla, cuando llegó á su conocimiento que su poseedor guardaba en ella sumas importantes de dinero.

Debe tenerse pues, mucho cuidado, al comprar cajas de segunda mano.

Para evitar el que sean perforadas por los ladrones, se ha inventado ya un modo.

Consiste en una chapa jiratoria que se coloca despues de la tapa, y que cubre la cerradura, de manera que el taladro cuando llega allí, la chapa gira continuamente y á cualquier lado que la impulse aquel, que, no pudiendo entonces morder, interrumpe su tarea perforadora.

¿Qué harán ahora los señores *scruchantes* para sal-

var este inconveniente que les opone la mecánica?—Lo veremos cuando se presente un caso.

No debemos olvidar el advertir al comercio, que observe á las personas de su dependencia que frecuenten los parajes donde se juegue.

Es allí donde se adquieren relaciones peligrosas que, como la serpiente del paraíso, despliegan toda su astucia para hacerlos caer en la tentación.

Los almaceneros y todo dueño de negocio frecuentados por mucha gente, deben siempre, antes de acostarse, hacer un registro á fin de estar seguro de que nadie se ha escondido, como sucede con frecuencia.

La medida de cubrir por dentro con una chapa de fierro la parte del tablero de las puertas que dan á la calle, es eficazísima.

Para salvarse las familias de las raterías de alfombras faroles y bronce colocados en los vestibulos, aconsejamos que la puerta cancel tenga solamente manibela del lado interior; pues cerrada así únicamente con picaporte, no puede ser abierta por el lado exterior.

XXII

EL PUNGUISTA Ó LANCERO

En el mundo lunfardo el *punguisia* ó *lancero* es un tipo menos repulsivo que el *scruschante*.

Más inteligente, más astuto, verdaderamente audaz, sus ataques solo afectan á la propiedad y nunca á la vida de las personas.

Las dos armas mencionadas no se relacionan entre sí, como sucede entre el *punguista* y el *schacador de otario*, que tienen muchos puntos de contacto.

En sus trabajos, como en las condiciones personales de los individuos, hay bastante semejanza; y mientras no se encuentra ningun *punguista* que trabaje como

scruschante, existen muchos que hacen el cuento del tío y otros manejos propios de los *schacadores*.

El *scruschante* es reservado, muy receloso, de pocas palabras cuando se encuentra en presencia de la autoridad, y en general de carácter duro, que se refleja en sus acciones.

En tanto el *punguista*, como el que se ocupa en hacer cuentos para estafar al prójimo, es comunicativo, de modales más educados, y se presenta siempre bajo una faz menos repulsiva.

Se encuentra con frecuencia entre los *punguistas* á personas indiscretas, que hacen gala de sus aventuras contándolas á los extraños y hasta indicando los medios que emplean para apoderarse de lo ajeno. Como son inteligentes, no conciben la existencia de personas que emplean la violencia para robar, poniendo en peligro su vida y la de sus víctimas; y de ahí nace el desprecio y la repulsión que tienen por el *scruschante*, más por su torpeza que por los móviles que le inducen á cometer sus atentados.

En su original razonamiento, dicen los *punguistas* que ellos para obtener dinero ni siquiera ponen en peligro la salud de sus víctimas, limitándose á sacar lo que sobra al prójimo.

Y tratando de confirmar este juicio, dicen: - es lógico suponer que quien lleva 100 pesos en el bolsillo, ha dejado por lo menos 200 en su casa; de modo que el perjuicio que se le ocasiona es relativamente pequeño, y merece sufrirlo con santa resignación.

En esto el *schacador de otario*, no es menos filósofo— á su modo: él cree que la lección que dá al tonto, vale más que el dinero que le saca; por auqello de que mucho vale la experiencia que se adquiere en cabeza propia.

El *punguista* de cierta talla, viste siempre correctamente, es culto en sus ademanes, activísimo, y extraordinariamente locuaz.

Sus manos están bien cuidadas, son suaves, á fin que el tacto, (que tanto necesitan,) no les falle.

Su mirada es viva é inquieta, y solo así se explica como en un grupo de personas, descubren rápidamente el más pequeño brillante, y calculan por el bulto de la ropa, donde se guarda una cartera con billetes.

Ellos, con suma habilidad, y con un activísimo movimiento de los ojos, dominan inmediatamente el escenario en que actúan; y como el minero práctico que adviene a la mina donde están los metales de más valor, ellos observan el sitio en que se encuentran los objetos de que les conviene apoderarse.

Son infaltables en las manifestaciones públicas que se celebran, y á las que acudan aparentando gran entusiasmo por la nacionalidad que se trata de enaltecer, fecha histórica que se conmemora, el partido político que hace la propaganda en esa forma, y los hombres públicos que sirven de bandera para la realización de sus programas.

Ellos no hacen cuestión de principios, ni de nombre, y con el mismo entusiasmo que ayer vivaron á un personaje, hoy asisten á un acto público en que se sostienen intereses contrarios á los que fueron objeto del día anterior de públicas demostraciones.

Así existen entre nuestros *punguistas* algunos que en menos de una semana han proclamado dos ó tres Presidentes de la República, senadores, diputados y hasta concejales en número suficiente para que funcione el Congreso y el Concejo Deliberante en *quorum* legal.

Hay que observarlos en los grandes días de entusiasmo popular, cuando los habitantes de Buenos Aires se agrupan con un objeto determinado: se les vé correr de un lado para otro, abriéndose paso entre la multitud como si fueran encargados de dirigir los grupos, y abriendo á su vez los bolsillos de los manifestantes para traerles los relojes ó las carteras.

Según las circunstancias, no solo ajustan su traje

sus ademanes, sino también su fisonomía: de este modo, por la tarde, en las manifestaciones liberales, se les ve con cara de fariseos, y por la noche, en las iglesias, se presentan compungidos, absortos en la contemplación de las imágenes, pero mirando con un ojo á Cristo, y clavado el otro en el bolsillo de una señora ó en el reloj del devoto que tiene más cerca, y al que simula acompañar en sus oraciones.

Su estratagema en las manifestaciones políticas es curiosa: sucede que un empleado de policía al descubrir la clase de pájaro que por allí revolotea, trata de sacarlos; pero él, si la manifestación es opositora al Gobierno, empieza á dar vivas al jefe del partido y muera á la policía.

Sus correligionarios de pega, lo rodean; creyendo de buena fé que se trata de un abuso de autoridad, y entonces la policía lo abandona para evitar que aquello origine un gran desorden, saliéndose el lunfardo con la suya.

A los entierros de aquellas personas de alta posición social que atraen mucha concurrencia á los cementerios, acuden con ojos llorosos, como si hubiesen sido muy amigos del extinto, y tratan de colocarse cerca de los llorosos, quienes, apesadumbrados por la desgracia, poco se cuidan de sí mismo.

Generalmente se colocan en parejas, y mientras observan al candidato, conversan con todo disimulo, y dicen en voz fuerte:

—¡Podre D. Fulano! Tengo recuerdos de él que no podré olvidar nunca.

—Ya lo creo!— contesta el otro. Y agrega en voz muy baja: como que todavía *conservais la música* (cartera), *que le pinguiste, con tres mil mangos* (pesos).

Y mientras esta conversación se produce, le sacan el reloj (reloj), como recuerdo de la ceremonia fúnebre, á uno de los acompañantes.

En la boletería de los teatros, las noches de moda, de

estreno, ó en los *debut* de compañías, al empezar la función y en la puerta de salida al terminarse, difícilmente no se encuentra uno de ellos, como también en las estaciones de ferrocarriles, en las carreras, en los Bancos, en las iglesias, y por fin, en todo paraje donde exista aglomeración de gente.

Allí están, firmes en su puesto de labor, *lanza* (mano) en ristre, dispuestos á introducirla hasta el corazón de un bolsillo, pues para ciertas gentes las heridas que en éstos reciben son tan mortales como las que se inferen á sus más caros sentimientos.

El *punguear* es un arte para el que se requiere no solo audacia y mucha viveza, sino tambien un aprendizaje que dura tiempo: solo así se adquiere agilidad en los dedos y maestría en la colocación del cuerpo y de los brazos.

Esta clase de lunfardo es como el prestidigitador: necesita posesionarse del estado de la persona elegida y del público, para que la suerte haga su efecto y los escamoteos no sean descubiertos inoportunamente.

Aquí existían *punguistas* notables por su habilidad; pero desde hace algunos años han llegado de Chile otros que los aventajan.

Esta invasión que nos han traído del otro lado de la cordillera, data de la época en que los ferrocarriles se fueron aproximando á ella: así, abandonan las ciudades de Santiago y Valparaíso, se vienen haciendo sus fechorías en los trenes, pasan á la República Argentina, y cuando ya son aquí muy conocidos, se trasladan á Montevideo y al Brasil.

Al principio ganaron mucho dinero, pues antes de que la policía pudiera conocerlos, ya habían adquirido fama en el mundo lunfardo, donde se considera á aquellos importados como modelos de perfección en el arte de *punguear*.

Un *punguista* argentino decía hace poco, elogiando á uno venido de Chile, con quien trabajaba en *par multa*:

«Este es capaz de *punguear* con dos dedos el mojon de San Francisco».

Cuando empezaron á llegar, y hasta hace dos años, establecieron su cuartel general en la esquina de las calles San Martín y Piedra, considerándola estratégica para observar á los que entraban y salían de los Bancos.

Hoy la mayor parte de ellos son conocidos, y están *scrachados* (retratados), por la policía; lo que ha motivado que se ausenten muchos para el Brasil.

Don Mateo es un tipo muy popular entre los *punguistas* llegados de Chile: español de origen, ha residido muchos años allí, donde ha servido á los *lunfardos* y se ha servido de ellos para obtener buenas ganancias.

Cuando se inició la emigración á que hemos aludido, él se vino también, y su casa ha sido el punto de reunión de los *punguistas* procedentes del otro lado de los Andes, y el depósito que han tenido para los objetos robados. El no *punguea*, pero en cambio explota á los que se dedican á ese trabajo, comprándoles por poco valor los objetos de que se apoderan.

Generalmente estos individuos tienen esposas ó amantes que se dedican á la misma ocupación: las *pecheras* (*punguistas* del sexo femenino), son una amenaza constante para las señoras devotas y los propietarios de tiendas y almacenes.

Hoy la *punga* ha disminuido mucho con la ordenanza que reglamenta el número de pasajeros en los *trams*, que no ofrece oportunidad para que en las aglomeraciones que se formaban en las plataformas y en los costados del coche, los ladrones hiciesen sus estragos en los relojes y carteras de los pasajeros.

En cambio aumenta el gremio de los que se dedican á hacer el cuento del legado del tío, al que han ingresado los que abandonaron aquella ocupación, al ver que el negocio no producía en la abundancia de antes.

Esta disminución de *punguistas* ya se había hecho sentir durante la crisis del 90 al 93, pues ellos decían que

el oficio no era tan lucrativo como en los años anteriores, en que los *mangos* (pesos) parecían llovidos del cielo; aunque no ignoraban que provenían de los grandes descuentos de los Bancos, en los que procuraban también sacar su *toco* (parte).

Días pasados, conversando con uno de los *punguistas*, nos decía:

—«Vea señor, el año 88 y 89 y hasta el 90, si conseguimos poner la mano en un bolsillo, sacábamos uno ó dos mil pesos. Hoy trabajamos todo el día, podemos revisar muchos y á duras penas sacamos para los gastos.

«Hay personas de tan buen aspecto que nos parecen hombres de fortuna, y créame: no le encontramos sino lo justo para el tramway.

«Los *bobos* (relojes) buenos, no sabemos qué suerte han corrido: deben estar empeñados.....en no salir á que les dé el sol.

«En cuanto á los *escarbadientes* (prendedores de corbata) con brillantes que no sean carbónicos, no existen. Dicen por ahí que nosotros hemos hecho que desaparezca la moda».

En otra ocasión interrogábase á otro *punguista* respecto á sus negocios. Malos, muy malos nos decía.

—Sin embargo, la Bolsa.....

—Ah! no me hable V. de la Bolsa... porque eso no me interesa.

—Para pulsar el estado de la plaza, leerá V. las crónicas de los diarios sobre las cotizaciones, irá V. á la Bolsa...

—No señor, á nosotros nos basta con irnos á los *cabaletes* (bolsillos): esos son los reguladores de los negocios, y yo puedo asegurarle que están en crisis: algunos de ellos viven gracias á los secretos de la tintorería, pues se han envejecido á fuerza de tenerlos haraganeando.

—Entonces, ustedes no darán sino golpes seguros; cuando les consta que el cliente es hombre de pesos.

—Es verdad, pero así son también los chascos que nos llevamos.

Vea usted no más lo que nos sucedió días pasados.

Salía del Banco de Italia un *sunto-bomba* (hombre grueso), de piernas cortas y vientre muy abultado, llevando en la mano un rollo que parecía de billetes.

Lé seguimos de cerca para ver si podíamos hacer un buen trabajo, y observamos que aquel, después de guardarse el rollo en un *cabalete* del saco, se dispuso á tomar un tramway de los que van á Barracas por la calle Bolívar.

Como aquel señor era tan gordo y tan pesado, le costó mucho subir al tramway, y entonces mi compañero, que es muy ágil, trepó por el otro estribo, dándole la mano para que se apoyara, *poniéndolo en punga*, (colocándolo convenientemente) en tanto que yo le saqué el rollo y se lo pasé al socio.

Diez minutos después nos juntamos en el Paseo de Julio á objeto de repartirnos el producto de la *punga*.

No bien lo divisé preguntéle:

—Que tal, hermano, *¿la guarda el golpe no es verdad?*

—Si, demasiado gordo, me contestó.

—¿Cuánto?

—Un kilo de tocino.

Aquel hombre gordo con aire de administrador de grandes capitales, era el corredor de una gran chanchería de los Corrales.

Ese día fué fatal para nosotros. Pocas horas más tarde, paseando por la calle de Florida, á la altura del Bon Marché, vimos salir de una casa á un joven, al parecer muy pensativo, que lo imaginamos dependiente de una casa mayorista, y el que guardaba cuidadosamente en el *sotola* (bolsillo interior) del jaquet, un rollo de papeles que debía de ser de mucha importancia, pues á cada momento lo tentaba para asegurarse de que no se le había extraviado.

Lo trabajamos más de cuatro horas, en que nos hizo andar por los diques del Puerto Madero y por Palermo, donde se quedaba extasiado contemplando el follaje de los árboles, y absorbido con el murmullo que formaba el movimiento de las olas.

Por fin, á la oración, lo *pungueamos*, sin que hubiera *estrilo* (desconfianza).

—En el rollo tenía cuatro mil quinientos.....

—Pesos fuertes?—le interrumpimos.

—¡Quite usted, señor! cuatro mil versos: ¡era un poeta!

—Por supuesto que negociaste los renglones cortos.

—Sí señor: en la carnicería me compraron los papeles por una cuarta de salchicha. Los destinaron á envolver carne.

Entre los individuos que forman el mundo lunfardo, muchos se dedican á la *punga* por inclinación, y otros por las grandes ventajas que proporciona.

Como ellos cuando operan siempre ocultan la mano, en el caso de ser sorprendidos, faltan los testigos presenciales, y entre uno que acusa y otro que niega, no hay juez que lo conlene; de modo que recuperan pronto su libertad.

En el caso peor, cuando el delito resulta comprobado, la penalidad siempre es leve, correccional; cosa que no sucede en los salteamientos, donde las penas y los peligros son mayores.

No existe lunfardo que no conozca el Código Penal; observándose en algunos que, á pesar de que no saben leer, citan artículos de memoria. Es que lo han aprendido en causa propia, y en la soledad de las largas noches pasadas en las celdas de la Penitenciaría.

Los *punguista*s: no corren otros peligros personales que alguna bofetada que les aplica la víctima al ser sorprendida.

Algunas veces también suelen caer bajo las ruedas de

los trenes ó de los tramways, al tratar de alejarse del sitio donde han cometido alguna fechoría.

En general, la vida de los *punguistas* es alegre y exenta de penalidades: no pasan malas noches, ni sobresaltos como los *scruschantes*, y viven paseando y entregados á las diversiones.

Son andariegos por naturaleza* y por conveniencia: ellos, si hay peregrinaciones, son devotos infaltables; y á las fiestas patrias como á cualquier regocijo público que se celebre en las provincias, en Montevideo ó en el Brasil, acuden presurosos, aprovechándose de las aglomeraciones de gente para sacar buenos rendimientos.

Nunca están tristes ni quietos: incansables para caminar y dispuestos á divertirse, lo hacen unas veces para aprovecharse del buen humor de los demás, y otras, cuando tienen dinero, para entregarse á la orgía en unión de los suyos.

La casi totalidad de los *punguistas* han hecho su carrera desde niños: actualmente existen centenares de estos, comprendidos en la edad de los nueve á los catorce años, dedicados á saquear al prójimo.

Su aprendizaje lo hacen con frecuencia en el paraíso de los teatros, donde sacan los centavos que encuentran en los bolsillos de los espectadores.

Ellos, cuando se reúnen, se dedican á *punguearse* entre sí: es una enseñanza práctica que revela la habilidad del lunfardo precoz, pues si es difícil apoderarse de lo ajeno, sin que el dueño lo sorprenda, lo es mucho más cuando éste es uno que conoce las mañas que se emplean para conseguir ese objeto.

Bacigaluppi—que como él dice, tiene ya tiempo y servicios para ser jubilado,—cuenta lo siguiente del que es hoy su compañero de trabajo:

Una noche de aquellas en que se dirigía á la estación del Ferrocarril del Sud á esperar los pasajeros,—pues acostumbra venir entre estos algunos estancieros con *porta-vento* (tiradores que usan aquellos para llevar la

plata), subió á un tramway, quedándose en la plataforma.

De pronto sintió una mano en el bolsillo del reloj: era la de un muchacho de dieciseis años, que trataba de sacárselo.

Bacigaluppi, sin producir alarma, agarró la mano del *pive* (pillete), y más satisfecho que enojado, le dijo:

—Tu tienes muchas habilidades para la *punga*, pero le falta la práctica que yo poseo. Así, pues, si tu quieres, me servirás de auxiliar, y yo en cambio te instruiré.

El muchacho se mostró sorprendido de lo que le decían, pero Bacigaluppi trató de convencerle, diciéndole:

—Tu debes conocerme, aunque sea de nombre: soy Bacigaluppi, el decano de los *punguistas* criollos.

Y diciendo esto descendió del tramway, llevándose al *pive* á una confitería, donde conversaron largamente.

Desde ese día,—y han trascurrido ya seis años, los dos son inseparables, y Bacigaluppi confiesa que el discípulo aventaja al maestro.

Para probar esto, cuenta el siguiente caso:

Ultimamente, con motivo de las fiestas del Cármen, caminaba con su discípulo, cuando vió aparecer á un joven elegantemente vestido y con el jacquet bien abrochado.

El muchacho manifestó deseo de robarle la cartera,—pues representaba ser hombre de *mangos* (pesos); pero Bacigaluppi creyó el trabajo muy difícil; mejor dicho, imposible.

El discípulo, sin embargo, insistió en aprovechar esa oportunidad, y mostrándose distraído, chocó *casualmente* con el joven, al cruzarse, echándole encima un cigarro de hoja que llevaba en la mano, con el que le llenó de ceniza el jacquet.

Mientras pedía todo género de disculpas por aquel encuentro inconveniente, se apresuraba á limpiarle, á fin de que el traje no sufriera quemaduras, ni quedase súcio.

Como la ceniza podía haberse entrado en el interior del jacquet, se dedicó desde el primer momento á *dempaquetarlo* (desabrocharlo) y aprovechando la circunstancia de que la víctima elegida miraba hacia la izquierda, por haberle indicado el *punguista* que tenia ceniza sobre ese hombro, le extrajo la cartera que llevaba en el bolsillo derecho del interior de aquella prenda, pasándosela Bacigaluppi.

El joven agradecido al ver la atención de aquellos hombres, les dió las gracias y siguió su camino.

También su cartera se alejó, pero en dirección contraria, y para no volver á juntarse ya más con su dueño.

Bacigaluppi al contar estas hazañas de su discípulo, lo hace mostrándose satisfecho y orgulloso de que sus lecciones hayan sido aprovechadas superando á sus cálculos.

XXIII

LAS PECHERAS

Entre los *scruschantes de descuido* y los *punguistas*, pueden incluirse las *lunfardas pecheras*, en general poco conocidas de la policía, á causa de la facilidad con que se libran de ser denunciadas á la comisaria respectiva cuando son tomadas *in fraganti*.

Su sexo y la coquetería que despliegan en estos casos, les favorece mucho.

¿Qué patrón de casa ó de negocio se resiste ante las suplicas y lágrimas de unos ojos bonitos y de una boca agraciada, que en medio de sollozos y compungido acento le cuenta en dos minutos toda una vida de desgracias y miserias, con un hijo ó hijita enferma en su casa; por lo que, privada de recursos, se ha decidido en un momento de extravío á dar ese paso, del cual ya acusa arrepentimiento, sin perjuicio de repetirlo al cuarto de hora, en el primer negocio que le parezca

bueno, y donde contará la misma historia, obteniendo igual resultado si es sorprendida de nuevo?

Comunmente sucede que la presunta víctima perdona después de oír tal cuento, y ver tantas lágrimas, al parecer sinceras, máxime cuando en esa ocasión nada pierde, pues, naturalmente, entregan lo que estaban guardando.

Pero si en vez de proceder de esta manera los dueños de negocio, fuesen menos complacientes, y entregaran á la autoridad las llorosas y compungidas *lunfardas*, el gremio que no es numeroso, sufriría un rudo golpe.

Así serían conocidas de la policía, que no las perdería pisada al verlas por las calles, y no pocas casas de comercio experimentarían los benéficos resultados de esta medida, hallando en los balances de sus negocios menos *déficits*, y la clave del paradero de ciertas mercaderías notadas en falta en los balances anteriores.

Y sin embargo, son una verdadera manga de langosta las tales *lunfardas pecheras*. Siendo pocas las del gremio en relación al gran número de casas de comercio que existen en esta gran capital, no dejan ni un día de *caminar* (robar), y obtienen, por pareja, un beneficio diario que no baja ordinariamente de 100 pesos. Entre varias parejas de *pecheras* que existen puede calcularse los miles de pesos de pérdida que ocasionan al comercio de Buenos Aires.

Las *lunfardas pecheras*, *caminan* ordinariamente y trabajan por parejas, ó sea de á dos, y á veces de á tres; pero nunca lo hace una sola.

Es poco común encontrar entre ellas á mujeres de mucha edad: generalmente son de 15 á 35 ó 40 años, agraciadas; circunstancia á que deben principalmente su salvación en los casos de peligro; de carácter alegre y audaz, visten con lujo inusitado (que poco les cuesta), no solo por la inclinación natural en la mujer á hacerlo así, sino porque de este modo inspiran más confianza á los comerciantes.

Estos, al ver entrar á señoras tan copetudas, se des- hacen en esas ceremonias y contorsiones del comercio al por menor, poco ducho en conocer la verdadera distinción, y que sin sospechar de la *mona*, porque va vestida de seda, se apresura á desocupar los estantes y á poner la mercancía de mayor precio ante la vista de sus compradoras, que provienen generalmente de las clases más humildes de la sociedad y que tienen esa inclinación del robo por herencia de sangre, ó por corrupción y contagio. Es sabido que el ambiente es el principal factor para el camino del bien ó del mal, en los seres racionales.

Las mujeres lunfardas lo son generalmente, porque siguen las huellas de algunos de su padres ó antecesores, ó porque se han unido por amor ú otro vínculo cualquiera á un *lunfardo* que, habiéndole presentado el robo como un medio natural de vida, y acostumbándola á verlo practicar, consigue que se extinga en su alma todo sentimiento de respecto á la propiedad ajena.

Al entrar en este género de vida, adquieren la práctica, ejerciendo el aprendizaje con otras lunfardas ya baqueanas, que son conocidas en la *distinguida sociedad* á que pertenecen sus familias, ó que frecuentan sus esposos ó amantes.

Las lunfardas pecheras son siempre concubinas ó casadas con *punguistas*, y llevan una vida parecida á la de ellos.

Pocas veces se relacionan con *schacadores de otario* y menos aún con *scruschantes*.

La soltera nunca es lunfarda *pechera*, ni *punguista*: cuando menos tiene un amante de esta clase.

El sistema para hacer sus robos en las tiendas es sumamente sencillo.

Impresionando al dependiente de comercio con su lujo y coquetería, penetran en una casa de negocio donde piden varias clases y piezas de género, (sederías principalmente) ó de otros artículos de valor.

Preguntan precios, apartan como convenidas para llevar, las que les parecen bien, con objeto de entusiasmar al comerciante con una gran venta, y éste, con la alegría de tener tan buena compradora, pierde toda desconfianza, si por un momento la tuvo.

Piden toda clase de géneros y artículos de diversos estantes, y en el barullo consiguiente de charla y mercadería amontonadas, son ellas las que hacen el verdadero negocio: en las vueltas, idas y venidas del vendedor, han pasado á su poder varios artículos de los de más alto precio.

No dejan, no obstante, de tener habilidad para sustraer piezas enteras de género, que es para lo que necesitan práctica y costumbre, si es que han de verificarlo con limpieza.

Para que no se aperciban, no solo los dependientes sino también los demás compradores que en la casa pueda haber, al apoderarse, por ejemplo, de una pieza de seda, emplean el siguiente sistema: la hacen resbalar del mostrador con un movimiento rapidísimo, recibéndola y sujetándola entre las dos rodillas.

De allí con destreza suma y habilidad, hacen un movimiento de las mismas piernas, que da por resultado la introducción de las telas en los grandes y disimulados bolsillos que en las polleras llevan, y los que son confeccionados con este objeto, de una manera deliberada.

Puede decirse que son dos polleras sobrepuestas y unidas por la parte superior é inferior, formando una especie de bolsa, cuyas aberturas ó entradas están en la pollera de encima en número de dos, y que de arriba á abajo y de un modo inclinado convenientemente en ella, se encuentra disimulada por tabloncillos y adornos.

Esta bolsa suele tener á veces varios compartimentos y divisiones, con otras tantas entradas; no pudiéndose fijar de un modo preciso el número de ellos, pues cada «pechera» usa su pollera de «trabajo» segun su gusto y

lo que la práctica le aconseja; convergiendo todas en el punto esencial del doble fondo, ó grandes bolsillos.

Como las polleras llevan tantos adornos y encajes y son de mucho vuelo, y los artículos y objetos sustraídos van á parar á la parte inferior del ruedo, poco se nota el bulto que puedan hacer aquellos.



Después que las *pecheras* han sustraído lo que les parece bien, entran á tratar sobre el precio de lo que han apartado.

Siempre ofrecen cantidades imposibles de ser aceptadas por el comerciante, y concluyen por no llevar nada ó comprar cualquier cosa insignificante, marchándose.

El vendedor procede después á acomodar en

los estantes todo lo que á su parecer ha sido inútilmente bajado, y no se apercibe al momento de la falta, ó si la nota, resulta que es ya tarde, pues la rumbosa clienta ha desaparecido en un coche que le espera cerca, y donde descarga su mercancía, continuando la gira emprendida.

En las iglesias como en las tiendas, hacen tambien sus estragos en los bolsillos.

A las primeras acuden siempre que se celebran fiestas que atraigan mucha concurrencia, deslizándose suavemente las manos por entre los devotos, para sacar las carteras y los relojes.

Con una beatitud,—al parecer, muy recomendable, cuando se acercan á la pila de agua bendita, llevando generalmente un negro velo, observan donde se han colocado las señoras de una elevada posición social, y procuran colocársele cerca, á fin de sacarle la cartera ó alguna alhaja si es posible.

En los casamientos de personas acomodadas, á donde los caballeros acuden en traje de etiqueta, llevando generalmente *bobo con traya* (reloj con colgante), saben apoderarse de estos con suma habilidad, pues ningun hombre sospecha que una señora que tiene á su lado pueda ser una ladrona.

Además hay muchas que son bien parecidas, tienen finos modales, y como visten elegantemente, se hacen insospechables para la concurrencia, que cree que son de la amistad de los noyios.

XXIV

EL PUNGUISTA GIMENEZ

En el grupo de los *punguistas* se distingue Gimenez, un oriental que tiene adquirida justa fama como trabajador hábil, y como hombre de empresa.

Formaba parte del ejército de su país, y un día desertó, trasladándose á Buenos Aires.

De presencia simpática, finos modales y conversación amena, fácilmente se abrió camino entre las gentes honradas, que fueron las primeras víctimas de sus manejos.

Elegantemente vestido, concurría á algunas reuniones sociales, invitado por personas con quienes había trabado relación; y de allí salían los candidatos para la *punga*.

En los salones se habla frecuentemente de la fortuna de las personas, de sus ocupaciones y hasta de los detalles de su vida íntima, y esto servía de norma á Gimenez para preparar sus trabajos.

Así, al que opera en la Bolsa se le esperaba cuando iba á depositar los fondos en un Banco: al estanciero que venía del campo, despues de que hubiese realizado una venta importante de ganado: al *dandy* en la noche que acostumbra visitar á su prometida, llevando encima el reloj de más valor y todos los brillantes con que pretende deslumbrar; y en una palabra, á todos los hombres, según sea su posición social y sus costumbres, se les prepara el golpe de modo que no errase.

Los robos se sucedían y de todos se sospechaba menos de Gimenez, que, con sumá habilidad, se hacia en ocasiones el robado; siendo de los que más enérgicamente protestaban de los que viven de lo ajeno.

Al fin un día se enredó en sus propias redes, dando con su cuerpo en uno de los calabozos de la policía, donde cumplió la condena que se le impuso por habersele comprobado la ejecución de un robo de importancia.

La caída había sido demasiado fuerte, y Gimenez comprendió que le era imposible seguir operando en el círculo distinguido que hizo teatro de sus rapiñas, por ser ya conocido como *punguista*.

Echó su mirada en busca de un nuevo escenario, de proporciones más bastas, fijando sus ojos en París, por ser el centro á dónde acuden los hombres de todas las zonas que tienen dinero que gastar, y que desean hacerlo lo más agradablemente posible.

Allí, unas veces eludiendo la acción de la justicia y otras purgando las penas que le imponían, permaneció algunos años, llegando á adquirir fama entre los *punguistas* parisienses, que le consideraban como uno de los mejores ejemplares del gremio.

Pero Gimenez sentía la nostalgia de la tierra americana y resolvió volver á ella.

Como en Europa los *punguistas* han tenido necesidad de perfeccionar sus conocimientos, se encuentran entre ellos, acróbatas, cantantes, músicos y artistas de todos los géneros.

Gimenez, que tenía algunos centenares de francos, reunió una compañía de acróbatas que dió espectáculos en esta capital y en las provincias, obteniendo grandes rendimientos.

Los artistas, lo eran de diversos géneros y lucraban por partida doble: mientras en la sala los unos entretenían al público con saltos, piruetas y chistes, otros extraían las carteras y los relojes de los bolsillos, durante los entreactos; y afuera, en las aglomeraciones de gente que se formaban delante de la boletería ó al agolparse para entrar,—pues deliberadamente se cerraban las puertas hasta momentos antes de comenzar el espectáculo, eran muchos los que perdían los valores que llevaban encima.

El mismo Gimenez, tratando de evitar que la gente se hiciese daño en estas aglomeraciones, se metía entre los grupos, en su calidad de empresario, recomendando orden y moderación; y aprovechaba de esta circunstancia para escamotear todo aquello que representase valor.

Cuando el robo era notado, de todos se sospechaba menos de aquel empresario tan celoso por la comodidad de los espectadores.

Pasado algun tiempo, como se descubriera que entre los acróbatas había *punguistas*, Gimenez resolvió rumbear nuevamente en dirección á Europa, antes de que

se conociese el verdadero papel que desempeñaba en la compañía.

Por entonces Gimenez extrajo del Banco de Londres importantes sumas que tenía allí depositadas y que procedían de diversos robos realizados en Buenos Aires, Montevideo, Rio Janeiro y las principales ciudades de Europa, pues todas las había recorrido, dejando el recuerdo de su paso en los intereses de gran número de víctimas.

Esos fondos estaban depositados á nombre de una mujer con quien mantenía relaciones amorosas, y los retiró con objeto de llevárselos á Europa, á donde se proponía retornar cuando fué detenido por sospecharse que podría ser autor de una estafa que se hizo á la célebre cantante Adelina Patti,—aun que no se consiguió probarle nada.

En aquella ocasión, al manifestar que no tenía participación en ese hecho, declaró que «ya no trabajaba más», y que había venido aquí al sólo objeto de arreglar sus asuntos,—que no eran otros que llevarse el dinero que tenía depositado.

Tomó pasaje en el vapor «Sud América», pero esta vez su suerte no fué tan propicia como anteriormente: al llegar al puerto de Las Palmas, en las Islas Canarias, aquella nave chocó con el vapor «La France», yéndose á pique. Gimenez figuró entre los naufragos que se salvaron de la catástrofe, y al desembarcar en Las Palmas, lo hizo presentándose como capitán del ejército argentino que iba á Europa con una importante comisión.

Aparte de las simpatías que siempre inspiran las víctimas de una desgracia semejante, el carácter de miembro del ejército de una nación amiga, fué un motivo más para que las autoridades le dispensaran todo género de atenciones, entregándole ropa, dinero y cuanto necesitaba.

Pero aun procediendo así, el titulado capitán, que lo

era únicamente por su propia voluntad, no perdonó á sus benefactores el tributo que debían á sus habilidades . *punguistas*.

Después de algunos días de permanencia en Las Palmas, Gimenez siguió viaje á Europa en otro vapor, y los que fueron á acompañarle hasta el embarcadero observaron después que les faltaban relojes y dinero.

Recien cuando se descubrió más tarde que Gimenez no era un oficial argentino sino un ladron viajero, los canarios se dieron cuenta de quien era el que los habia adigerado de la carga que llevaran en sus bolsillos.

Como era ya conocido en Francia, aquel sentó sus reales, en esta ocasión, en Bélgica. Hizo allí algunas *pungas* de importancia, pero sorprendido en una de ellas, lo condenaron á cuatro años de prisión.

Al cumplir la pena, que traía también aparejada la de extrañamiento, un comisario de policia lo condujo hasta la frontera francesa; pero como en ésta descubrieron la clase de huésped que les llegaba, apenas el empleado belga lo dejó de la mano, uno francés se hizo cargo de Gimenez, conduciéndolo al Havre, donde fué embarcado en un vapor que salía para Buenos Aires. El mismo paquete trajo una nota de la policia francesa en que daba aviso del embarque de Gimenez, «un ladron muy peligroso».

—Hace pocos días—nos dijo el funcionario policial que nos relataba esta historia—encontré á Gimenez. Iba elegantemente vestido, de levita y galera de felpa, y ninguna persona que no se halle en posesión de estos antecedentes, seria capaz de suponer que se trataba de un *punguista* conocido y retratado por la policia francesa, belga y argentina.

—¿Y de qué vive?

—El dice que de sus rentas, y que no derrocha ahora como antes, porque la justicia belga, que es poco compasiva con los ladrones, le ha hecho tomar cariño al dinero del bolsillo propio y á la propia libertad.

Sin embargo, no sería extraño que el elegante de ahora se presente cualquier día como el *dandy* de hace algunos años, y la policía tenga que intervenir en los actos de su vida misteriosa.

XXV

EL TRABAJO DEL PUNGUISTA

En el deseo de conocer la forma en que trabaja el *punguista*, pedimos á nuestro *cicerone* que nos pusiera al habla con algunos de ellos, y después de no poco trabajo para suavisar escrúpulos y recelos, que nos manifestaba el famoso personaje con quien teníamos que habérnoslas, conseguimos al fin que nos contara algunas páginas de su accidentada vida delictuosa, y se prestase á servir de modelo para que nuestro dibujante tomara aquellas colocaciones que usan con mayor frecuencia en sus ataques á la propiedad.

—¿Cómo se llama usted y de qué vive?—le preguntamos.

—Yo nunca me llamo, y hace tantos años que oculté mi nombre, que he concluido por olvidarlo.

En la policía y en las cárceles me han dicho de muchos modos, y los compañeros me conocen por *Quijote*.

Los recuerdos de mi vida empiezan hace 30 años, y he tenido por hogar paterno las calles de Buenos Aires.

Estoy *scrachado* (retratado) media docena de veces, de frente y medio perfil, de frente y perfil completo, con los aparatos antiguos é imperfectos que usaba con nosotros el fotógrafo Pozzo, en los patios del antiguo Departamento de la calle de Bolívar, ó en el taller de abajo de la Recoba, y últimamente en la lujosa instalación de la oficina antropométrica, donde el Dr. Drago nos hace la autopsia de los pies á la cabeza, todo gratis y á la moda de París.

(Advertiremos que el sistema de identificación usado actualmente por nuestra policía, fué inventado en París por Mr. Bertillon.)

No sé si se conservan todos mis retratos,—continuó el *pinguista*, que bien pudieran servir para hacer el estudio del arte fotográfico en este país.

Me salieron los primeros pelos del bigote sacando pañuelos de seda en las vidrieras de las tiendas, con un alambrecito en forma de gancho, y se me ha emblanquecido la cabeza tirando la *punga de sotala* á la *yacumina* (bolsillo interior de la levita), ó tirándola de otros al *grillete del camisolín* (bolsillo del chaleco) que es de lo más difícil, cuando en algún tramways



ó reunión pública encuentro un *gaife* (high-life) que me parece de *buten* (mucho dinero), ó me paseo por las calles del centro con aire de muy interesado, leyendo en un diario las novedades del día, para llevarme algunos por delante y *tirar de encuentro*.

—¿Quiére V. explicarme esa operación que acaba de hacer?

—Es muy sencilla. Me coloco como V. me ve, (figura 3), del lado en que está el bolsillo, cruzo los brazos,

poniendo la derecha debajo de la izquierda para no ser vista la mano que opera, y con dos dedos saco la *viuda* (cartera).

Si el *bacan* (dueño) tiene el saco ó jaquet abrochado, lo *desempaquetó* (desprendo) primero, y luego trabajo.)

Para estos casos tengo siempre el *tapia* (compañero), que me lo distrae por el otro lado.



En la *punga de atrás* (figura 5) tengo mucho cuidado en llevar la mano directamente, sin tanteos, al *grillete ael camisulin*, donde está el *bobo* que si tiene *traya colgante* (cadena suelta), lo llevo íntegro, y si la *traya* es prendida, lo *degiello*.

Me basta para esto oprimir la argolla con el dedo índice y pulgar en sentido inverso (figura 6) y salta fácilmente.

En la *punga de encuentro*, cubrimos la mano con el periódico, para operar sin ser visto, y mientras sacamos la alhaja, pedimos mil disculpas por este choque producido tan queriéndolo y al parecer tan sin querer.

—Existen personas que creen que ustedes para robar, necesitan introducir toda la mano en el bolsillo.

—No señor, el que sabe su oficio le bastan tres dedos de la mano como lo vé demostrado en estas figuras, y en otras que le haré más tarde.

Los dos dedos restantes están demás, y bien se los pudiera llevar el diablo; muchas veces nos incomodan.



Lo que sí necesitamos en muchas ocasiones, es el *tapia*, que bien puede ser un aprendiz.

—¿Y V. sigue siempre en esos trabajos?

—Hace tiempo que no tiro *la punga*, sino cuando se me presenta muy buena oportunidad, pues tengo donde sacar dinero.

—¿Cómo así?

—Mire, se lo contaré en secreto, pues no me conviene que se sepa.

En mi larga carrera por el mundo me convencí de que era bueno *acordinarse*, (casarse) y busqué una *mina* (mujer), que fuese á propósito para *choro* (ladrón); porque vea usted, pasamos nosotros una vida tan llena de amarguras, que no nos sufre cualquier mujer; y es necesario asegurarse una que no se *espiente* (escape), cuando *nos baten cana*, (ponen preso), ó nos tome *cleiro* (olor) á *misho* (pobre).

Encontré una *guifula* (extranjera), que no tenía nada de *estasa* (zozca) y con poco que le *lloré la carta* (hacer el amor), y le propuse *acordinarme*, me dió con tantas ganas un *¡¡sí quiero!!* como si hubiera estado jugando al truco y le hubiera echado la falta envido con treinta y tres de mano.

En aquella época no había registro civil, y para casarme por la iglesia me obligaron á confesarme.

Yo, señor, poco creo en los santos, pero respecto á San Dimas, el buen ladrón, á quien siempre me encomiendo, y fué con toda devoción que me puse delante del cura, en el confesionario, á donde tantas veces me había recostado para *tirar la punga* en los días de grandes fiestas.

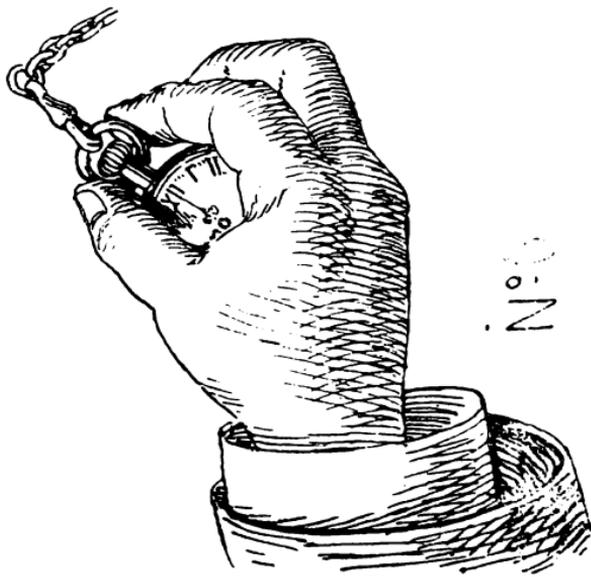
Ni una sola de mis picardías grandes dejé de contarle, y hubiera visto usted, señor, con qué ojos me miraba, y de qué manera se movía dentro de la garita, y se prendía la sotana de miedo que le *pungueara*.

Al final aquello acabó con una larga postdata en la sacristía, donde me pidió le diera una lección de *punga*, pues le había parecido el tema muy curioso.

Nos hicimos muy amigos, y me ofreció orar para

que mi alma fuera al cielo, —lo que poco se me dá, pues, según dicen, allí no van los ricos con cartera ni con reloj, que es lo que yo necesito.

Un día el cura se me presentó en casa y después de pedirme que jurase por San Dimas que le había de guardar secreto, me contó una larga historia, para acabar por pedirme que le prendiera fuego á una gran casa de comercio asegurada en 200,000 pesos, y que estaba en quiebra. Se trataba de salvar el honor de un *honrado* comerciante á trueque de quemar unos cuantos trapos y cajones vacíos.



Todo estaba preparado: yo solamente tenía que pasar durante la noche y arrojar una mecha encendida.

Busqué un compañero y se lo presenté para que llevara adelante la empresa, pues yo no me animaba.

Temía una *mancada* (ser descubierto) y que me *hundiera* (larga condena), pues es mejor jugar con los bolsillos que jugar con fuego.

El incendio tuvo lugar y fué espantoso.

Yo lo vi desde lejos, y cada vez que se desmoronaba un techo y las llamas se elevaban como lamiendo las nubes y alumbrando, de un color rojizo, hasta las torres de las iglesias, temblaba como un *chuchero* (cabarde).

Nada se descubrió. Al compañero le dieron tres mil pesos, y á mi, de cuando en cuando, para que no *bata* (denuncie), me larga un poco de *grafu* (dinero).

--¿Y su compañero dónde está?

—Anda por el Rasario en compañía de un reincidente como yo, que hace poco llegó de la Isla de los Estados, donde estuvo cumpliendo una condena.

Una vez que el fastuoso personaje con quien conversábamos terminó su narración del mal rato que pasara esa noche, temeroso de que la fuerte luz que salía de aquella gran hoguera llegase á iluminar hasta su cerebro y pudiera leer en él algún empleado de policía las criminales impresiones que ha recibido en su vida, continuó narrándonos en su lenguaje lunfardo,—de un colorido tan especial que nos parecía encontrarnos en un corredor de la penitenciaría,—sus diversos modos de operar.

—Son tantos los medios que emplean, decía, que se fatigaría usted en escucharme si fuera á esplicárselos todos.

Ellos varían según el paraje, la hora, el sexo de la persona y el número de los que están presentes.

Para el día, en las calles del centro, tenemos el diario, en las reuniones en que hay que permanecer descubiertos,—las iglesias por ejemplo,—nos servimos del *funshe* (sombbrero), y en invierno del sobretodo en el brazo izquierdo. En los trenes, para las señoras, del diario y del *fazo* (cigarro): y en las grandes aglomeraciones, entre dos ó tres *cumples* (cómplices), empujamos para todos lados á fin de que se produzca el oleaje, y la *cata* (sustracción), se haga crecida y sin ne-

cesidad de ningún auxilio, pues la pared humana que se forma nos sirve para cubrir las manos.

El *chinazo* (tajo), muy poco lo usamos los buenos *dátiles* (escamoteadores hábiles); eso queda para los *estazos chucheros* (ignorantes cobardes).

—¿Y que es el *chinazo*?

—Es un tajo que se dá con una cortapluma en el levita, á la altura donde se guarda la *pápira* (cartera), á fin de que caiga sola al suelo, después de un rato en que se hace necesario seguir á la víctima.

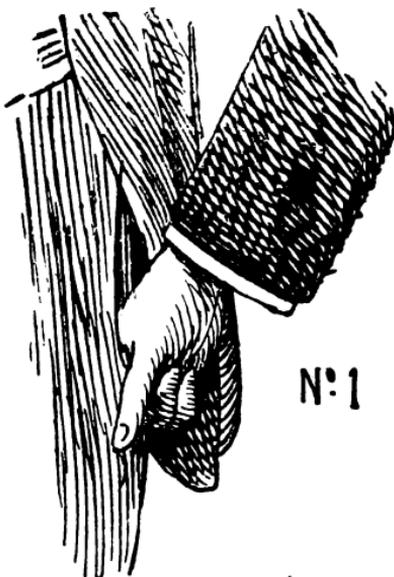
—¿Y cómo saca usted el dinero del bolsillo del pantalón?

—Le contaré como hacemos en la plataforma de un tramway.

Introducimos el dedo índice mayor, y ayudados por el pulgar, que dejamos fuera, hacemos correr el forro del *grillete* (bolsillo), hasta que sentimos la aproximación de los *ferros* (pesos); y entonces, formando cómo una pinza con el dedo mayor é índice, sacamos el rollo.

Si da la fatalidad de que en ese momento el *bacan nos embroque*, (el dueño nos mire), porque ha *estrilado* (desconfiado), *enajo* (escondo) el dinero, pasándoselo al *tapia* (ayudante).

—Y si está usted operando sin el ayudante ¿arroja el dinero al suelo?

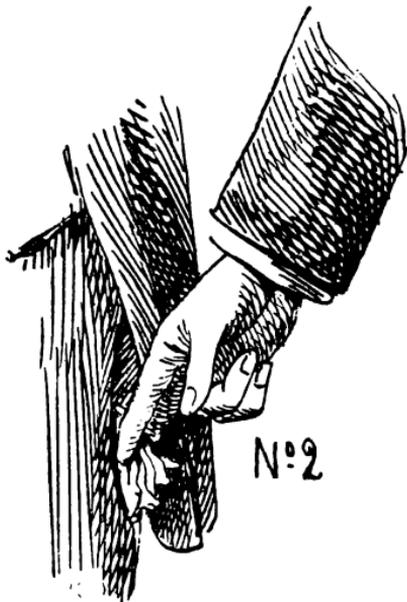


—No señor, pues encontrado el dinero allí, la acusación que nos hiciera el *bacan* tendría algún viso de verdad.

—¿Lo esconde entonces en su bolsillo?

—¡Dios me libre! ¿no vé que entonces me encontrarían encima el cuerpo del delito?

—Pues no me explico que hace usted en trance tan apurado.



—Es muy sencillo: se lo coloco en el bolsillo á cualquiera otra de las personas que estén presentes.

—Lo que quiere decir que roba usted para otros.

— Algunas veces: otras, cuando podemos, lo seguimos hasta sustraérselo nuevamente, si la cosa vale la pena.

—¿Y eso cómo lo sabe usted?

— Veo que usted es muy curioso y lo voy á satisfacer para que no muera de antojo.

Quando no podemos *chamuyar de ganas de morfar* (no poder hablar de hambre), nos precipitamos y metemos la mano en cualquier bolsillo; pero cuando nuestras necesidades no tocan tales extremos, *amendramos* (tardamos), hasta dar el golpe seguro.

Si vamos en el tramway, por ejemplo, observamos, cuando paga el pasaje, de donde saca el dinero y la cantidad que representa más ó menos; y si se trata de reloj, le preguntamos la hora que tiene, y le con-

versamos en seguida del itinerario de trenes, pues me hago que voy muy apurado en viaje á cualquier pueblo próximo.

Si me sigue la conversaci3n, el compañero se pone del lado opuesto y queda pronto convertido en un Cristo entre dos ladrones; y aprovechando los movimientos del coche, el que queda mas favorecido de nosotros, le quita el reloj.

Existen bolsillos que facilitan la operaci3n, y son aquellos cuya boca es grande, y que con el uso se ponen como bolsa.

Le aconsejo  V. que encargue al sastre haga la cartera del bolsillo de manera que quede ajustada al pantal3n; y al reloj, p3ngale una gomita 3 cualquiera de esas cositas que han inventado los joyeros para ponernos tropiezos.

—Muchas gracias por sus consejos.

Digame es verdad que ahora con la disposici3n que limita el número de pasajeros en los tramways han perdido ustedes la plaza principal de su comercio?

—No del todo, porque como siempre pueden ir dos personas en la plataforma de atrás, la ocupamos dos compañeros, y en el momento que va á salir del interior del coche para bajarse, alguna persona, nos colocamos en la puerta como para entrar. El pasajero tropieza con nosotros, que solo le dejamos un pequeño espacio para que pase de lado y  duras penas, y aquel que ha sido favorecido con el frente, hace el escamoteo.

La misma cosa hacemos con las señoras; si es que no hemos podido sentarnos á su lado.

—Y cuales son los parajes por Vdes. preferidos? .

—Los Bancos, los alrededores de la Bolsa, los Hip3dromos y las estaciones de ferrocarriles.

Vea señor, si nos dejaran un par de horas todos los dias, 3 un sábado fin de mes, por el Banco de L3ndres. no necesitaríamos más para pasar buena vida.

Pero existe por all mucha vigilancia y no nos dejan

trabajar á nosotros los *viejos conocidos*; eso lo aprovechan los que recién llegan y no han sido *manyados* (conocidos) por la policía.

En esos grupos de corredores, rentistas y dependientes que van con sus depósitos de prisa y descuidados, á veces pensando en la cantidad de quehacer que se les aglomera en esas últimas horas del día comercial ¡qué lindos golpes, señor! ¡Si solo el pensarlo se me hace agua la boca!

Y efectivamente observamos en la fisonomía de este desgraciado, las emociones de alegría que experimentaba al hacer estos recuerdos.

Era una ausencia completa del sentido moral.

—

—Me ha dicho V. en el curso de nuestra conversación,—continuamos preguntando al punguista de nuestro reportaje,—que para escamotear los prendedores de la cobarta usan los lunfardos el sombrero?

—Si señor, cuando nos hallamos en un paraje en que es obligatorio el permanecer con la cabeza descubierta, en una iglesia ó teatro por ejemplo, el *funshe* (sombrero), es el elemento de que nos valemos.

—¿Quiere V. explicarme en qué forma?—Vea V., es muy sencillo: me coloco á su lado y cruzo los brazos, con mi sombrero en la mano derecha, de manera que la punta del ala se aproxime á su corbata. En uno de aquellos momentos en que V. dé vuelta á la cara porque le ha llamado la atención alguna cosa, ó porque mi ayudante le dirige la palabra del lado opuesto al que me encuentre, con un ligero movimiento, levanto para arriba el afiler y lo saco con toda facilidad.

—¿Y la operación de cigarro, ó *gazo*, como dicen Vds. en caló?

—Es esta una operación á la que algunos se dedican con especialidad, y que nosotros llamamos *trabajadores de minera*.

— ¿Y tiene esto alguna analogía con el trabajo de las minas?

— No señor, *mineros* le decimos porque en caló llamamos *mina* á la mujer: lo que queremos decir es *punquistas* de mujeres.

Prefieren dedicarse á estola mayor parte de los muchachos y hombres timoratos, pues de parte de una señora, en caso de ser sorprendidos, lo que más se puede recibir es un golpe de abanico ó un alfilerazo, acompañado de las palabras de pícaro, sin vergüenza, etc.

El cigarro solo tiene aplicación en los tramways y en los trenes.

El que va á operar, toma asiento al lado de una señora, cuidándose siempre de tomar aquel en que lleva el bolsillo. Enciende luego un cigarro de la paja, lo hace girar del lado en que está la dama, y le arroja el humo hacia la nariz.

La señora, molesta y fastidiada de este sujeto tan mal educado, dá vuelta á la cara para buscar el aire libre de la ventanilla del coche y el *minero* le registra entonces el bolsillo con toda comodidad.

Para que la mano que opera no pueda ser vista de los



demás viajeros, lleva un diario abierto, por debajo del que opera.

—¿Y qué opinión tiene V. de las personas que son escamoteadas?

—Vea señor, á este respecto le aseguro que lo mismo puede ser víctima un tonto como el hombre más despierto. Todo es cuestión de argucia y habilidad.



El funcionario policial que está aquí presente, me conoce desde niño, cuando el desempeñaba las funciones de escribiente en el antiguo Departamento, y podrá á V. contar algunos episodios al respecto, especialmente uno en que yo intervine y del que fué testigo, ocurrido en el año de 1874.

— A cuál se refiere V.?— le preguntó el fun-

cionario policial.

—No recuerda V. una vez que fui llamado por el señor Jefe de Policía para sacarle el reloj á un amigo suyo.

—Si recuerdo, y voy á referirle el hecho á V.—nos dijo nuestro *cicerone*.

En el año que acaba de recordarse, varios amigos

del entonces Jefe de Policía estaban reunidos en el despacho y la conversación recayó sobre los continuos robos de relojes que se estaban efectuando por alguna gavilla de *punguistas* no reconocida en esos momentos.

Uno de los tertulianos, persona instruida y político hábil, que más tarde ocupó puestos importantes en este país, sostenía que la causa de este aumento en los hurtos no era el mayor ó menor número de *punguistas*, sino que los zonzos aumentaban en una porción considerable.

El Jefe dejó que continuara expresándose en su lenguaje humorístico, desarrollando tan inexacta teoría, y llamó á uno de sus empleados á quien le pidió que trajera de los calabozos el escamoteador más hábil que se encontrase detenido.

Pronto apareció el empleado trayendo á un hombre, digo mal, á un muchacho. ¿Sabe V. á quién?—Al sujeto que tiene V. delante, y que le confirmará la verdad de este episodio.

El Jefe le ofreció mejorar su situación si le sacaba el reloj á la persona que le mostraba, y que seguía en la rueda formada en el despacho, riéndose de los tontos.

—Y para cuando me promete robarlo? le preguntó el Jefe.

—Depende, señor, contestó el ladrón, del tiempo que tarde en salir á la calle.

—Bueno, queda V. en libertad.

Diez minutos despues, el amigo del Jefe se retiraba, y al darle la mano éste, le dijo: cuidado mi amigo, no tenga V. hoy que cambiar de opinión, si lo dejáran sin reloj.

—No hay cuidado, lo llevo aquí, bien seguro.

No había aún pisado el dintel de la puerta de la calle cuando fué testigo de una escena desagradable.

Un muchacho entraba corriendo al Departamento gritando ¡viva Mitre!! ¡viva Mitre!! ¡sálveme que me matan! ¡sálveme! y se abrazó del señor, pidiéndole

socorro, mientras unos vigilantes se acercaron y lo desprendieron; tal era la manera como se había asido de quien buscó para protector, y que, la verdad sea dicha, le acogió con simpatía al oír que vivaba al candidato político de su predilección.

La escena, que se desarrolló en breves segundos, había terminado, y el caballero siguió su camino comentando mentalmente lo ocurrido.

Media hora despues volvía á entrar al despacho, cabizbajo, pero convencido: venía á declarar al Jefe de Policía que le habían sustraído el reloj.

Dos días despues se lo devolvían con una inscripción conmemorativa.

Otra vez, un día de fiestas patrias, un comisario que en aquella época adquirió justa reputación por sus campañas contra los que viven de lo ajeno, se colocó en el bolsillo exterior del jacquet un billete de 500 pesos, de los corrientes entonces, y se fué al centro de la Plaza Victoria, deseoso de hacer una pesquisa.

Diez minutos despues el billete había desaparecido. Felizmente era falso.

El progreso que impulsa todas las obras del entendimiento humano, se ha hecho tambien extensivo en el mundo lunfardo, donde todos los días vemos manifestaciones que nos persuaden. Existen hoy punguistas que se rien de hazañas como las que dejamos referidas.

Si á *Narigueta* se le abriera la puerta de la celda que ocupa en la penitenciaría, se comprometería, y no dudariamos del éxito, á robarle los botones del calzoncillo al capellan de la cárcel.

—Disculpe que le interrumpa, —dijimos al funcionario policial, —pero desearia que me indicara que arma prefiere que sigamos estudiando ahora?

—Por el momento no me es posible continuar, por razones que me excuso explicarle, pero lo haremos en otra oportunidad.

